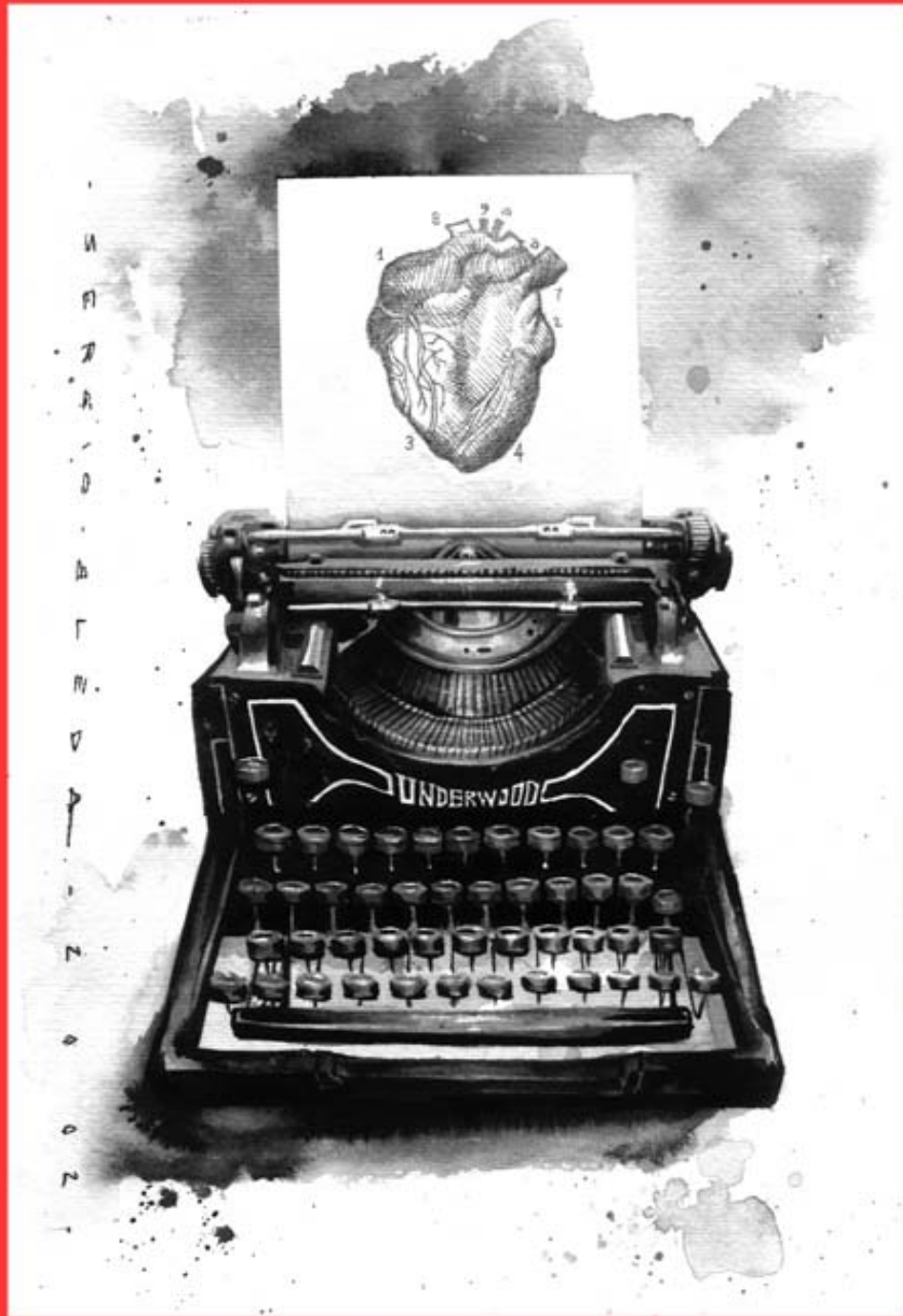


**Rosa Villada**

# **Vidas Imaginadas**



Los Libros de Fábulas Extrañas

# Vidas imaginadas

Rosa Villada

**A José Antonio**

*“Yo escribí para que me quisieran; en parte para sobornar y, también en parte, para ser víctima de un modo interesante; para levantar un monumento a mi dolor y para convertirlo, por medio de la escritura, en un reclamo persuasivo”.*

---

Adolfo Bioy Casares

*“Nadie toleraría la vida sin vidas prestadas, la propia no basta”.*

Elías Canetti

## Capítulo I

Por fin iba a conocer a Andrés. Después de dos meses escribiéndose con él, Sara iba a conocerlo personalmente esa misma tarde. Aún faltaba más de una hora para que se produjera la cita entre ambos. Era él el que había elegido el lugar donde se verían. Se trataba de un café muy conocido, el Comercial, al que ella había acudido muchas veces durante su época de estudiante y, en ocasiones, cuando buscaba cierta tranquilidad para escribir algún relato, años antes de publicar su primera novela. Había llovido mucho desde entonces. También ese día primaveral estaba lloviendo. A ambos les gustaba la lluvia. Así se lo habían confesado en alguna de las muchas cartas que se habían intercambiado a través del correo electrónico. En uno de sus escritos, él le había dicho: “Los meses estivales no me gustan, alteran mi natural existir. El exceso de luz y el calor me desagradan. Prefiero que el día dure poco y prefiero el fresquito. Prefiero las nubes y, de vez en cuando, la lluvia. Me encantan los días grises en los que mi mente se siente inclinada y ayudada a producir y a meditar”. Esa carta era la última que Andrés le había mandado antes de marcharse a la playa con su mujer y sus hijos, para pasar la Semana Santa. “A ver si puedo leer en estas vacaciones” –le había dicho- detrás de cada palabra que lea o escriba estarás tú, sobre todas mis actividades flotarás tú, en todos mis pensamientos y sentires te dibujarás tú, y hasta puede que en algún sueño especial me acompañes tú. No va a ser la primera vez. Estaré cerca de ti, sin duda sentirás mi presencia”.

Sara recordaba perfectamente esa carta, porque en ella Andrés le había anunciado que cuando volviera de la playa se conocerían personalmente. Algo a lo que él no había accedido hasta ese momento. También recordaba todas las otras cartas que él le había escrito, y meditando sobre la influencia que éstas habían tenido en su vida, se acercó andando lentamente al café Comercial. Había pensado coger un taxi, porque Madrid estaba imposible en los días de lluvia y era mejor no sacar el coche. Luego había cambiado de opinión. Coger un taxi no le garantizaba evitar los atascos y poder llegar a tiempo a la cita. La posibilidad de quedarse inmovilizada en algún punto de la ciudad le hizo desistir de su propósito. Finalmente, decidió trasladarse en metro y salió de su casa, ubicada en una urbanización de las afueras, con mucha antelación a la hora de la cita. Eso le permitió bajarse dos estaciones antes de llegar a su destino, y caminar un poco con su paraguas bajo la lluvia. El paseo le podría servir para tranquilizarse. Para qué lo iba a negar: estaba nerviosa. Muy nerviosa. Desde que Andrés había accedido a que se conocieran personalmente, una semana antes, ella había estado muy alterada, y conforme se acercaba el momento de verse su nerviosismo se hacía aún más patente. Llevaba dos noches sin dormir, dando vueltas en la cama, y a su marido no le había pasado desapercibida tanta excitación.

- ¿Qué te pasa?, le había preguntado.

- Nada –respondió ella- lo de siempre, que no me concentro para escribir.

- No te preocupes –dijo él- a todos los escritores les pasa, en algún momento, lo que te está ocurriendo ahora a ti. Cuando ya han publicado varias novelas, y han tenido éxito, siempre tienen miedo de no dar la talla en la siguiente. Pero tú la darás, no tengo ninguna duda. Sólo es cuestión de que tengas un poco de paciencia.

En los últimos meses habían mantenido la misma o similar conversación muchas veces. Era verdad que ella estaba atascada, que llevaba casi un año sin

poder escribir. Era verdad que sentía un miedo atroz cada vez que se sentaba delante del ordenador, y que no había sido capaz de esbozar más que unas pocas ideas para su nueva novela. Todo eso era cierto, pero en aquel momento no era esa la razón de su nerviosismo. Si se encontraba tan alterada era porque iba a conocer al hombre con quien había estado escribiéndose en los últimos meses. Iba a conocer a la persona con la que más había congeniado en mucho tiempo. Alguien desconocido, un admirador suyo, amante de la literatura, que hasta el momento había preferido mantener el contacto con ella sólo a través de las cartas que se cruzaban vía Internet. El sólo le había desvelado su nombre, Andrés Salinas Torres, y que también vivía en Madrid.

Sara levantó la vista hacia el cielo y cerró el paraguas. Aún había luz solar y ya no llovía. Miró su reloj y comprobó que todavía faltaba un buen rato para que se hicieran las ocho, hora a la que se habían citado. Para hacer tiempo se detuvo ante un escaparate de ropa interior. Mientras miraba un provocador body negro de puntillas, se sonrojó al pensar en el tiempo que había tardado esa tarde en elegir la ropa para su cita con Andrés. Recordó cómo se había probado varios conjuntos sacados de su armario, y ninguno le parecía el adecuado. Aunque le costase reconocerlo, quería estar guapa para él, pero no quería ir muy arreglada porque podría dar la falsa impresión de que le importaba demasiado su aspecto externo. Y a ella eso nunca le había importado. Siempre anteponía la sencillez y la comodidad a la moda o a cualquier otra tiranía estética. Pero ese día quería estar guapa. Quería gustarle. Por eso había tardado tanto en decidir su atuendo. Al final, había optado por vestirse como todos los días, con unos pantalones vaqueros azules y una blusa de lino blanca. Sólo se permitió la frivolidad de ponerse debajo de la blusa desabrochada una camiseta negra muy ajustada que, al ir sin sujetador, marcaba el contorno de sus pechos. Sin embargo, al ver ahora su imagen reflejada en el cristal de aquel escaparate, a Sara le pareció que la camiseta le

quedaba demasiado ceñida, y se abotonó la blusa dejando sin abrochar los dos botones de arriba. Con ademán nervioso, volvió a mirar el reloj. No habían pasado ni cinco minutos desde que lo consultara la última vez. A pesar de que aún quedaba tiempo decidió apretar el paso y encaminarse directamente hacia el café Comercial.

Cuando llegó, el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y las piernas le temblaban. Echo una rápida ojeada al local y vio una mesa libre al fondo, junto a un gran espejo, y se dirigió hacia ella. Una vez sentada, respiró profundamente y volvió a mirar el reloj. Aún eran las ocho menos cuarto. Más serena, agradeció ese rato de soledad del que aún disponía antes de que llegara Andrés. Así podría tranquilizarse un poco. Pidió una cerveza y un camarero anciano, vestido con chaquetilla blanca, se la sirvió enseguida. Mientras bebía a pequeños sorbos, repasó mentalmente cómo se había iniciado la correspondencia virtual con Andrés, y cómo habían ido intimando a través de la escritura, hasta sentir la necesidad de conocerse personalmente. Se rió para sus adentros. ¡Quién se lo iba a decir! Ella, que siempre se había burlado de los encuentros virtuales, tan de moda en estos tiempos, y de las citas a ciegas, se encontraba allí esperando al hombre con el que había intimado a través de un ordenador. No podía creérselo. Un hombre al que no había visto nunca. Muchas veces se había preguntado cómo sería físicamente Andrés. ¿Sabría reconocerlo cuando entrase por la puerta? El jugaba con ventaja porque sí sabía cómo era ella. Al ser una escritora relativamente conocida, había aparecido varias veces en los medios de comunicación. Y, además, su foto podía verse en las solapas de sus libros. Desde el comienzo de su comunicación virtual, Sara había mostrado interés en que se conocieran. Después de recibir sus primeras cartas, ella buscó en la guía su número de teléfono para agradecerle un regalo que le había hecho, y al no encontrarlo le propuso una cita. Pero Andrés no quiso aceptar. Podía recordar, hasta



textualmente, lo que él le respondió entonces: “Mi cerebro prefiere contactar con otros cerebros sin la distorsión que producen los filtros corporales. Por eso, si no te importa, deseo seguir en el anonimato. Creo que así se gana en objetividad, frescura y magia”. Cuando en la siguiente carta ella protestó diciéndole que le gustaba ver la cara de las personas con las que se trataba, y que no tenía por costumbre escribirse con desconocidos, además de que estaba en desventaja porque él sí sabía cómo era ella físicamente, Andrés le respondió que no existía esa desventaja. “Tú no me conoces, pero yo a ti tampoco. No nos hemos visto nunca personalmente ni sé nada de ti. Lo único que sé es por tus novelas y por las entrevistas que te han hecho. Como ya te he dicho otras veces, prefiero la comunicación directa de cerebro a cerebro. El resto del cuerpo es un accidente de la persona y por eso no me importa en absoluto. Internet se presta perfectamente a este tipo de intercambios, y a mí me interesa conocer cerebros, no personas físicas”.

Aunque era algo insólito para ella y nada habitual en su comportamiento, Sara accedió a escribirse con Andrés, dado el nivel de sintonía que se instaló entre ambos desde el principio. Sin embargo siempre había deseado conocerlo, y aún más cuando la comunicación fue adquiriendo unos grados de intimidad que no tenía con otras personas. Ni siquiera con su marido. Pero cada vez que ella proponía que se vieran, él rechazaba obstinadamente esa posibilidad. Siempre le decía que una vez descubierta su identidad, se perdería la magia de la relación escrita. En una ocasión, Andrés le dijo: “Tú misma reconoces que con unos cuantos mensajes electrónicos ya sé más de ti que mucha gente que te conoce desde hace años. Ese es el poder de la literatura, que trasmite esencias sin distracciones. En la comunicación directa oral, por el contrario, hay más distracciones que esencias. Por eso ninguna película puede compararse al libro que le dio vida, y ahí es donde radica precisamente el valor del libro. El libro es la esencia de los

conocimientos, sentimientos e imaginación de su autor. El libro es el autor mismo, desnudo de toda falsa apariencia”. En sus distintos escritos, Andrés había ido desvelando, poco a poco, parte de esa identidad que tanto se empeñaba en ocultar. Un día le confesó que era coautor de varios libros, uno de los cuales se utilizaba como texto en varias universidades españolas e hispanoamericanas, y fue en ese momento cuando Sara confirmó sus sospechas. Aunque Andrés le advirtió que no se molestase en investigar, so pena de dar por finalizada la comunicación escrita, ella tuvo entonces la certeza de que él era profesor de literatura. “En mis libros y en mis artículos – le dijo él en otra carta- va parte de mi alma y sigue latiendo mi corazón. Son mis hijos mentales, como supongo que te ocurre a ti con tus libros y tus relatos”. Sara sonrió al recordar cómo en esa misma carta, Andrés había vuelto a elogiar su forma de escribir, como ya había hecho en otras ocasiones; algo que ella necesitaba mucho en esos momentos de parón creativo. “Tu prosa es fluida y tu estilo azoriniano engancha al lector desde las primeras líneas –le había dicho- eres la antítesis del barroquismo...”

Aunque desconocía su aspecto personal, estaba segura de que le reconocería en cuanto lo viera, porque algo sí sabía de él. Sabía su edad: 52 años, que tenía barba y que llevaba gafas. La edad se la dijo él mismo en una de sus cartas: “Sufrió el régimen de Franco siete años más que tú”, y también le comunicó que estaba casado en segundas nupcias y que tenía dos hijos pequeños de tres años, gemelos para más señas, además de una hija ya mayor de su primer matrimonio. Sara recordó, aunque en aquel momento no quiso reconocerlo, cómo había sentido una punzada en el estómago cuando leyó esta referencia a su matrimonio y a sus hijos pequeños. Sin embargo, la confesión de su edad fue un alivio para ella. En algunos momentos llegó a pensar que, a sus 45 años, podía estar cometiendo la ingenuidad de contarle sus más íntimos pensamientos y sentimientos a cualquier jovencito que pudiera ser su hijo. No

sería la primera vez que se daban estos casos en los contactos a través de Internet. En ocasiones, incluso llegó a pensar cosas peores. Como que su interlocutor fuera un periodista sin escrúpulos, y que cualquier día pudiera ver sus confidencias aireadas en algún medio de comunicación. Afortunadamente no fue así, pero podía haber ocurrido. Al principio de su contacto virtual, Sara soñó una noche con Andrés y vio a éste dentro de un coche. Aunque se esforzaba, ella no podía distinguir con claridad su rostro debido al reflejo que la luz solar proyectaba en el cristal delantero del vehículo. Lo único que atinó a ver era la silueta de un hombre que tenía barba y llevaba gafas. Y así era como siempre lo había imaginado en lo sucesivo. Con barba y con gafas.

Ensimismada con estos pensamientos, Sara volvió a la realidad de aquel café y, un poco preocupada por si Andrés había entrado sin que ella se diera cuenta, volvió a mirar su reloj con impaciencia. Eran las ocho en punto de la tarde, y al levantar la vista hacia la puerta giratoria del café lo vio entrar. Allí estaba. Era él sin ninguna duda. Al mismo tiempo que cruzaban sus miradas, Andrés y Sara se sonrieron. Sin que ninguno de los dos quitara la vista de los ojos del otro, él avanzó con paso decidido hacia la mesa donde estaba Sara, y ella se levantó lentamente para recibirle. Cuando se encontraron frente a frente, Sara hizo un gesto para besarle en la mejilla, pero Andrés la atrajo hacia sí y le dijo: “¿No vas a darme un abrazo?”. Y Sara, con el cuerpo rígido, se dejó abrazar.

## Capítulo II

La primera vez que Sara recibió un correo electrónico de Andrés no le hizo mucho caso. Desde la editorial le remitían a diario todas las comunicaciones que recibían para ella, ya fuera por el correo ordinario o a través de Internet. Y aunque se pasaba días enteros sin mirar el correo electrónico, aquella tarde lo hizo. Instalada en la buhardilla de su casa intentaba concentrarse para escribir. Pero como le venía ocurriendo en los últimos meses, no podía. Sentarse diariamente ante su ordenador portátil le producía una especie de pánico. Pero si no se sentaba, si no intentaba ponerse a escribir, aún se sentía más inquieta. Era como si se traicionase a sí misma y la mala conciencia se instalaba en su ánimo, persiguiéndola durante todo el día y la noche, hasta que conseguía dormirse. En cierta ocasión, leyó una frase de José Donoso que decía: “Si escribo me da la sensación de que me estoy matando día a día, y si no escribo la sensación es de muerte absoluta”. Ahora comprendía muy bien esta reflexión. Tenía varias ideas en la cabeza para iniciar una nueva novela, pero no conseguía arrancar. Tomaba notas, escuchaba música, a veces releía algún párrafo de los libros que ocupaban todas las paredes de su estudio, pero no podía escribir. Hacía casi dos años que había concluido su última novela, “Dudosas intenciones”, y varios meses desde que había decidido empezar a escribir otra, sin poder concentrarse en su trabajo. Al principio no le dio mucha importancia. Sabía por experiencia que no era lo mismo escribir un cuento que una novela. El cuento era la expresión breve e intensa de un sentimiento. Cuanto más breve y más intensa, mejor. La

novela era distinta. Escribir una novela llevaba tiempo. El acto creador era más libre, pero mucho más complejo. Había que armar todo un entramado de personajes, y darles vida dentro de un mundo creíble. Y eso es lo que a ella le fallaba. Había pensado mucho en qué era lo que le estaba fallando a la hora de escribir, y había llegado a la conclusión de que a su universo literario le faltaba consistencia, credibilidad.

Cuando era una adolescente, hubo un tiempo en que quiso ser decoradora. Convenció a su madre para que le comprase todos los fascículos de un curso de decoración por correspondencia. Ciento veinticuatro, para ser exactos. Le encantaba organizar espacios. Pensaba que, con poco dinero, pero con cierto buen gusto, se podía hacer más agradable la vida de la gente. Para ella era muy importante el ambiente donde las personas vivían o pasaban la mayor parte de su vida trabajando. Si ese ambiente era acogedor y agradable, sus vidas serían mejores. Muy contenta, empezó a estudiar los fascículos que le habían mandado. Contenían una parte práctica. Se trataba de espacios de papel en blanco, que ella debía rellenar dibujando los muebles y los elementos con los que decoraría una determinada estancia. Y ahí es dónde le vino el problema. No tenía ninguna duda de los elementos que quería poner, pero no sabía dibujarlos. Cuando mandó sus primeros trabajos para que se los corrigieran, se los devolvieron con una nota grapada en la que decía: “¿No sabe que existe algo llamado perspectiva?” Sara sonrió recordando la vergüenza que sintió al ver la nota, y cómo ésta había acabado con su incipiente y prometedora carrera de decoradora. Eso, además de relegar los ciento veinticuatro fascículos al copete de un armario, de donde sólo salieron, varios años después, para ir a parar a un contenedor de papel. Su madre no se lo perdonó nunca. Ahora, recordando aquella frustración, Sara pensó que quizás era su vida la que se estaba desarrollando de forma plana –como aquellos dibujos- y con una absoluta falta de perspectiva. Y eso era lo que le

impedía escribir. Últimamente había estado demasiado encerrada en sí misma. Apenas veía a nadie. Ni siquiera a Carlos. Su marido estaba siempre tan ocupado con la agencia de publicidad, que no tenían tiempo para hablar. Desde que su hijo, Rodrigo, se fue a estudiar a Barcelona había días en los que casi no hablaba con nadie. Sólo un rato las mañanas que venía la asistenta, antes de salir a comprar los periódicos para encerrarse de nuevo en la buhardilla, y sentarse delante del ordenador.

- Es curioso –dijo en voz alta- con lo que a mí me ha gustado siempre hablar.

Con su madre cada vez hablaba menos. La verdad es que era difícil mantener un diálogo con ella. Lo que su madre practicaba a la perfección era el monólogo. Cuando la llamaba por teléfono, Sara se armaba de paciencia para escuchar toda una retahíla de historias sobre enfermedades de gente que, ni conocía, ni tenía el más mínimo interés en conocer. Cualquier intento de cortar la verborrea de su madre era inútil, así que Sara se limitaba a escuchar todo lo que ella quisiera contarle y, de vez en cuando, por cortesía, decía: “sí, mamá, claro que te escucho, mamá”. Pero en realidad no la escuchaba. Con su hermana era aún peor. Carmen y ella siempre se habían llevado mal. Desde pequeñas. Sara era dos años mayor que su hermana y siempre había pensado que ésta le había arrebatado el cariño de sus padres. Ya sabía que a su edad era ridículo pensar así y mantener esos celos infantiles, pero no podía engañarse: esa era la realidad. Estaba convencida de que en el fondo de la mala relación con su hermana, lo que subyacía era la vieja rivalidad entre ambas por disputarse el cariño de sus padres. Y en esa carrera, Sara siempre había llevado las de perder. Quizás porque su hermana era más abierta, más zalamera, y tenía menos dificultad a la hora de agradar a sus progenitores. Carmen siempre les decía a todo que sí, aunque no le gustase. Y ella, por el

contrario, siempre les discutía todo. El resultado era que su hermana quedaba como la heroína, y ella era la oveja negra de la familia.

Volviendo a pensar en su imposibilidad para escribir, concluyó que quizás su problema se centraba en la falta de emociones que había en su vida. Esto nunca había sido un obstáculo. Sara era de las que pensaba que la literatura era una cosa, y la vida otra muy distinta. Y que no hacía falta tener vidas intensas para hacer buenas novelas. Que lo que importaba era la vida interior y la imaginación. Sobre todo la imaginación. ¿Cuántos escritores y escritoras –sobre todo estas últimas- a lo largo de la historia habían tenido vidas mediocres, poco apasionantes, y, sin embargo, habían sido capaces de escribir grandes obras? Precisamente ése era para ella el poder de la literatura. El de trasladar al papel todo un universo poblado de personajes, con vidas intensas, capaces de emocionar al lector. A nadie le interesaba leer una novela en la que no pasase nada. En la que los personajes estuvieran todo el día trabajando y por la noche viendo la televisión. Nadie quería leer historias sobre vidas mediocres. Para eso, cada cual tenía ya la suya propia. Sara pensó que lo que el lector busca es amar, sufrir, dudar, enfadarse, o emocionarse con los personajes de ficción. Identificarse con ellos. O lo que es lo mismo, vivir a través de ellos todo lo que no pueden vivir en su vida cotidiana. Y eso es también lo que busca el escritor. Al menos era lo que ella siempre había buscado. Esa búsqueda no siempre había discurrido a través de la creación literaria. Primero lo experimentó con la lectura, y luego a través del teatro. Pero siempre se trataba de lo mismo. De satisfacer unas ansias de vivir, de experimentar nuevas emociones. De adentrarse en universos ajenos como si fueran propios. De vivir a través de la existencia de otros, todo lo que no se podía vivir en la propia vida. Muchas veces se había preguntado ¿qué es lo que hace la gente que no lee o que no escribe para escapar del aburrimiento y la mediocridad de la existencia humana? ¿Cómo pueden sobrevivir? Ella

siempre había pensado que todos necesitamos una válvula de escape, algo que nos permita huir, aunque sólo sea momentáneamente, de nuestras tediosas vidas cotidianas. Y había llegado a la conclusión de que la gente que no puede leer o escribir, utiliza su imaginación para huir de un mundo que no les satisface. Porque la imaginación está al alcance de todos. Una amiga, que tenía muchos problemas con su marido, le contó en una ocasión que cuando las cosas iban muy mal en su matrimonio, y ella ya no podía resistir más, se sentaba en la cocina y dejaba volar la imaginación. Se decía a sí misma que podía pensar o imaginar lo que quisiera. Que dentro de su imaginación era una mujer libre y que, por mucho que se empeñase su marido, ni él ni nadie eran dueños de sus pensamientos. Podía pensar lo que le diera la gana, sin darle explicaciones a nadie. Y, lo que era más importante, sin que nadie se enterase de lo que estaba pensando. Sus pensamientos eran suyos y de nadie más. Era dueña de ellos. Y esto era lo único que tenía realmente como propio y bajo su exclusivo control.

Sara se levantó de la mesa donde estaba el ordenador, y miró por la ventana. La mañana era soleada y no invitaba al trabajo. Perezosa, se sentó en un pequeño sofá que tenía en el estudio y, dejando volar su propia imaginación, le vino a la cabeza la época en la que terminó el Preuniversitario. Su padre acababa de morir. Y no sólo fue un duro golpe para todos, sino que también supuso un desequilibrio económico para la familia. Su madre le pidió que se pusiera a trabajar, pero ella quería ser actriz. En el instituto ya había formado parte de un grupo amateur, y estaba apasionada por el teatro. Le encantaba dar vida a otras personas. Ponerse en su pellejo. En el teatro, la sangre era ficticia, pero las emociones que se experimentaban eran tan auténticas como en el mundo real. Se podía ser héroe o villano. Se podía reír o llorar, amar o matar, pero con la ventaja de no tener que sufrir luego las consecuencias por ninguno de tus actos. Se podía vivir con total impunidad. Y



se experimentaban situaciones que difícilmente se podrían dar en el mundo cotidiano. Sara pensaba que la existencia de los actores y actrices era mucho más rica que la del resto de los mortales, y ella no quería renunciar a la posibilidad de tener una vida más plena. Por eso pensó buscarse un trabajo que pudiera compaginar con sus estudios de arte dramático. Tuvo suerte y encontró un trabajo provisional, para cubrir una baja por enfermedad del titular, como acomodadora en el Teatro Calderón. Pero no tuvo tanta suerte a la hora de ingresar en la Escuela de Arte Dramático. Eligió para su examen de ingreso un poema de Antonio Machado: “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...” y un monólogo de Medea. El poema lo recitó bien, pero cuando fue a iniciar el monólogo se le olvidó por completo. Y se quedó allí, como una tonta, iluminada sobre el escenario, sin saber qué decir. No se acordaba de nada y allí abajo, en el patio de butacas, sumergido en una inquietante oscuridad, esperaba el tribunal que la examinaba a que ella iniciase su actuación. Fue Sara la que rompió el silencio y, a modo de disculpa, dijo: “Lo siento, pero no me acuerdo”. No le hizo falta volver a recoger su calificación. Era evidente que la habían suspendido y, en consecuencia, había perdido su oportunidad de matricularse en la Escuela oficial. Se dijo a sí misma que no importaba, que se matricularía en una escuela privada. Pero eso no resultaba tan fácil porque eran muy caras, y en su casa necesitaban el dinero que ella ganaba como acomodadora en el teatro. Decidió que lo intentaría al año siguiente, en la próxima convocatoria. Pero nunca llegó a hacerlo porque se le cruzó la literatura por medio. Durante ese año, Sara se dedicó a leer vorazmente. Si no podía estudiar para ser actriz, se dedicaría a leer. Y así lo hizo. Leía toda la mañana y parte de la tarde hasta que se iba a trabajar al teatro. Durante los ocho meses que duró la sustitución como acomodadora, en el Calderón se representaba la obra de Henrik Ibsen, “Casa de Muñecas”. Sara la vio a diario –excepto los lunes, que era el día de

descanso de la compañía- en funciones de tarde y noche, como aún era habitual en aquella época, hasta un total de 416 representaciones. La obra le encantaba, pero al ver repetir a los actores el mismo papel un día y otro, Sara ya no estuvo tan segura de querer ser actriz. La recreación de un papel dramático que antes veía como una novedad apasionante, ahora se le antojaba como simple rutina. Como una mera repetición aprendida de memoria. Aún así, le costaba trabajo confesárselo a sí misma. Sobre todo porque no quería dar la razón a su madre, quien siempre le dijo que su pasión por el teatro era similar a su pasión por la decoración. Y que ahí estaban, en el copete del armario, todos los fascículos que le había hecho comprar cuando quería ser decoradora, más que ninguna otra cosa en el mundo.

Aunque estaba sola en la buhardilla, Sara se rió con una sonora carcajada. Como empujada por un resorte, empezó a buscar por las estanterías el libro de “Casa de Muñecas”. Tras una rápida ojeada lo encontró. Era un ejemplar de la colección Austral con las tapas sucias y manoseadas, que también incluía otra obra del dramaturgo noruego: “Juan Gabriel Borkman”. Lo abrió por una página, al azar, y se encontró con su escena favorita. Era al final de “Casa de Muñecas”, cuando Nora ya le ha comunicado a Helmer, su marido, que va a abandonarles a él y a sus hijos. Paseándose por la buhardilla, Sara interpretó el diálogo entre ambos leyendo en voz alta y cambiando la entonación cada vez que hacía hablar a un personaje distinto. Con tono grave dijo:

-¡Abandonar tu hogar, tu esposo, tus hijos!... ¿No piensas en lo que se dirá?

-No puedo pensar en esas pequeñeces –dijo en su propio tono de voz- Sólo sé que para mí es indispensable.

-¡Es irritante! ¿De modo que faltarás a los deberes más sagrados?, siguió leyendo Sara mientras engolaba la voz imitando a Helmer.

-¿A qué llamas tú mis deberes más sagrados?, continuó, metiéndose cada vez más en el papel de Nora.

-¿Necesitas que te lo diga? ¿No son tus deberes para con tu marido y con tus hijos?, volvió a decir por boca de Helmer.

-Tengo otros no menos sagrados, replicó con énfasis.

- No los tienes. ¿Qué deberes son éstos?, añadió Sara volviendo a cambiar la voz.

-Mis deberes para conmigo misma, concluyó con determinación.

-Antes que nada eres esposa y madre, dijo dando voz al marido.

- No creo ya en eso –respondió Sara identificada con el papel de Nora- Ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú...

Tan absorta estaba Sara en el diálogo, que tardó en darse cuenta de que su teléfono móvil sonaba insistentemente. Con fastidio, interrumpió su representación y aguzó el oído para escuchar de dónde venía el sonido. Una vez localizado el aparato sobre su mesa de trabajo, lo cogió. Era Inés, su agente literario.

-¿Dónde te metes? –dijo- ayer no pude localizarte en todo el día y ahora ya iba a colgar.

-Estoy escribiendo –mintió Sara- y no he oído sonar el teléfono.

-¿En serio, estás escribiendo? Bien, muy bien –se respondió ella misma- Estoy en la editorial y tengo cosas que comentarte. ¿Cuándo nos podemos ver? Hoy imposible, yo no puedo –añadió sin darle tiempo a responder a Sara- Mejor mañana. ¿Comemos juntas mañana?

-Bien –dijo Sara- si quieres te recojo en tu despacho y decidimos a dónde vamos.

-De acuerdo, te espero a las dos. Por cierto, se quejan en la editorial de que te remiten correos electrónicos que nunca contestas. ¿Quieres atenderlos, por favor?

-Vale, no me eches la bronca, los miraré.

-Bien –concluyó Inés- te espero mañana.

Cuando Sara colgó el teléfono se quedó con un agrio sabor de boca. Había mentido a su agente. Le había dicho que estaba escribiendo y era mentira. Cuando se vieran al día siguiente la acosaría a preguntas sobre su nueva novela, y no iba a saber qué decirle. Por teléfono la podía engañar, pero cara a cara no. Inés notaría que le estaba mintiendo. Molesta consigo misma, Sara se sentó al ordenador y comenzó a abrir su correo electrónico. Efectivamente, hacía días que no lo miraba y tenía muchas cosas atrasadas. Ninguna le pareció interesante. La mayoría eran invitaciones para asistir a distintos actos sociales. “No sé qué piensa la gente –reflexionó en voz alta- si los escritores tuviéramos que asistir a tantos saraos, no nos quedaría tiempo para escribir”. Cada vez más malhumorada, siguió viendo el correo electrónico donde no faltaban las cartas de mujeres –todas eran mujeres- de distintas edades, que mostraban admiración por su obra literaria y, a renglón seguido, le contaban que también ellas escribían. Algunas incluso le mandaban algún poema o relato, para que ella evaluase su calidad. Y tampoco faltaban las que le pedían alguna receta para poder desarrollar su vocación de escritoras. Estas últimas molestaban especialmente a Sara, y si abría el correo con tan poca frecuencia era, precisamente, para no tener que leer este tipo de cartas que le ponían de tan mal humor. “Ya estamos con la receta –tronó- como si escribir fuera lo mismo que hacer un soufflé”. De entre todas las invitaciones y cartas destacó una que no tenía nada que ver con las demás. Era de un tal Andrés Salinas Torres y, para variar, estaba muy bien escrita. En ella elogiaba sus novelas y sus relatos, y se interesaba por saber cuándo volvería a publicar. Al terminar de leer esta carta, Sara, sin entender muy bien por qué, la archivó. Esta fue la primera vez que Andrés le escribió. La carta, aunque recogida por ella el 1 de marzo, había sido mandada seis días antes, el 23 de

febrero de 2001. Al ver la fecha, Sara pensó que coincidía con el 20 aniversario del golpe de Estado, que estuvo a punto de acabar con la entonces incipiente democracia española, y eso le llamó la atención. Meses más tarde se preguntaría si lo que se inició con esa carta no estaría marcado por esa fecha. Puesto que, como le sucedió al país en aquel momento, su vida también sufriría una tremenda conmoción.

## Capítulo III

Carlos había escuchado en la radio de su coche que ETA había vuelto a atacar en Barcelona. Lo primero que pensó al oír la noticia es que llamaría a Rodrigo en cuanto llegase a la agencia de publicidad. El tráfico de Madrid estaba imposible a esas horas de la mañana. Como siempre. Antes de que se quisiera dar cuenta se vio metido de lleno en un atasco. Impaciente, miró el reloj. Eran más de las ocho y media y ya estaba claro que no iba a llegar a tiempo a la reunión que tenía prevista con unos clientes para las nueve. Con resignación, se arrellanó en su asiento y se puso a pensar en su mujer mientras la radio seguía dando datos del atentado que se había producido apenas media hora antes. En esta ocasión eran dos los muertos. Los terroristas habían utilizado un coche bomba, y aún no se sabía el número de heridos. Sin prestar mucha atención a las noticias, Carlos volvió a pensar en Sara. Se sentía preocupado porque no alcanzaba a saber qué es lo que le pasaba a su mujer. Cada día la notaba más encerrada en sí misma y sin ganas de nada. Por otra parte, apenas se veían. Sólo por la noche, y aunque él intentaba animarla en la medida de lo posible, contándole chascarrillos de la agencia, se notaba que a ella no le interesaban lo más mínimo. ¿Pero qué era lo que le interesaba a Sara? Aparentemente, nada. La mujer que acababa de dejar dormida en su cama, no era ni la sombra de la chica con la que se casó hacía veinte años. “Pero eso es normal –se dijo en voz alta- ¿quién se parece ahora a lo que fue hace veinte años?”. El problema –pensó- es que Sara ya no se parece tampoco a la del año pasado.

Mientras ponía el coche en marcha para avanzar sólo unos metros y volverse a detener, Carlos hizo memoria para recordar cuándo se había producido el cambio de su mujer. Pero no fue capaz de ponerle fecha. Sólo podía determinar en qué momento se empezó él a dar cuenta de que Sara vivía encerrada en sí misma y que apenas hablaban, a excepción de las típicas conversaciones intrascendentes. Aunque, a decir verdad, fue la propia Sara quien le había llamado la atención, unos meses antes, sobre la falta de comunicación entre ambos. Recordaba el momento con toda precisión, porque esa noche iban a pasar por las distintas cadenas de televisión el anuncio de un nuevo coche que había elaborado su agencia, y del que se sentía especialmente orgulloso. Sara estaba a su lado en el sofá del salón de su casa, contemplando algo ausente cómo él hacía zapping con el mando a distancia del televisor, para comprobar si el spot publicitario se emitía correctamente en todas las cadenas. De pronto, Sara le preguntó:

-¿Qué hacemos aquí, Carlos?

-Estoy comprobando el anuncio –respondió él un poco desconcertado- pero si quieres que salgamos, podemos ir a tomar algo en cuanto termine de controlar esto.

-No me refiero a eso –contestó Sara- lo que te pregunto es qué hacemos aquí tú y yo juntos, cuando hace mucho tiempo que la vida de cada uno discurre al margen de la del otro.

-¿Cómo que qué hacemos juntos? –dijo Carlos sin dejar de mirar al televisor- Estamos casados ¿no?, vivimos juntos, tenemos un hijo y formamos una familia. ¿A qué viene eso, Sara?

-Que estemos casados y vivamos bajo el mismo techo, no quiere decir que estemos juntos. La gente puede vivir junta, y estar a mucha distancia. Y tú y yo estamos a años luz el uno del otro, respondió ella con cierto enojo.

-Lo que te pasa –dijo Carlos dejando el mando, tras comprobar que el anuncio había salido correctamente- es que estás muy alterada porque vas a empezar otra novela y eso te pone muy nerviosa.

-No Carlos –respondió Sara elevando la voz- lo que me pasa es que llevamos mucho tiempo sin mantener una conversación seria, sin que yo sepa qué es lo que te preocupa a ti, y tú sepas qué es lo que me preocupa a mí.

-Pero es que a mí no me preocupa nada, Sara, dijo él desconcertado.

-¡¡Pues a mí sí!!, respondió Sara a punto de llorar mientras se levantaba del sofá y salía corriendo de la habitación.

El sonido de un claxon que alguien tocaba con insistencia hizo volver a Carlos a la realidad. El atasco parecía resuelto y, después de hacer un gesto con la mano al vehículo que tenía detrás, se apresuró a poner su coche en marcha para dirigirse a la agencia. Preocupado por la hora, volvió a mirar el reloj. Eran las nueve menos diez y, definitivamente, iba a llegar tarde a la cita con sus clientes. Mientras conducía lo más rápido que podía, alcanzó el teléfono móvil y llamó a Lola, su secretaria, para decirle que ofreciera café a los clientes y disculpase su tardanza.

Cuando entró en la agencia, comprobó con alivio que sus clientes aún no habían llegado. También ellos estaban inmovilizados en un atasco y habían llamado para decir que se retrasarían. Después de comprobar con su secretaria que los creativos tenían todo listo para la reunión que iba a mantener, Carlos aprovechó los minutos que le quedaban para llamar a su hijo a Barcelona. El móvil de Rodrigo estaba apagado, y Carlos llamó a su casa. Después de insistir varias veces, su hijo descolgó el teléfono.

- En cuanto he oído en la radio que se había producido un atentado, sabía que no iba a pasar mucho tiempo sin que mamá o tú me llamaseis ¿Por qué sois siempre tan malpensados?, preguntó Rodrigo.

- No somos malpensados –respondió Carlos- sólo nos preocupamos por ti.



- Pues no os preocupéis porque estoy estupendamente. ¿Y vosotros, cómo estáis?
- Estamos bien –dijo Carlos con poca convicción- aunque veo a tu madre algo alterada. Supongo que será porque va a empezar a escribir una nueva novela, y eso siempre le preocupa. Pero bueno, ya se le pasará, supongo que es cuestión de tiempo. ¿Cuándo vas a venir a vernos?, preguntó a su hijo.
- No lo sé. De momento no, ahora tengo exámenes. Quizás en un par de semanas, pero ya os avisaré.
- De acuerdo, hijo. Cuídate mucho.
- Vosotros también. Dale un beso a mamá –dijo Rodrigo- suponiendo que no me llame dentro de un rato.

Cuando Carlos colgó el teléfono pensó que quizás Sara, desde que Rodrigo se había ido a estudiar a Barcelona, se sintiera más sola. A muchas mujeres les pasaba eso. Incluso tenía un nombre: “síndrome del nido vacío” o algo así. Pero no, eso les ocurría generalmente a las amas de casa. A las mujeres que habían dedicado todo su tiempo y todo su esfuerzo a atender a su marido y a sus hijos, sin ninguna otra ocupación. Pero, evidentemente, ese no era el caso de Sara. Aunque era ella la que se ocupaba de todo lo concerniente al hogar, su mujer era lo más alejado de lo que se entendía normalmente por un ama de casa. Antes de ser escritora, siempre ejerció algún trabajo, primero de soltera y después de casada. Pertenece a la generación que más luchó por la llamada liberación de la mujer y por no parecerse a sus madres. En muchas cosas fue una pionera. Como cuando se hizo la ligadura de trompas, sin consultarle, tras el nacimiento de Rodrigo. Al recordar este suceso Carlos sintió una punzada de dolor. Sara y él se habían casado cuando ella descubrió que estaba embarazada. Llevaban más de un año viviendo juntos y, en esos momentos, no pensaban casarse. Eso era lo que hacían la mayoría de los jóvenes de la época. Sólo habían transcurrido cinco años desde la muerte de

Franco, y en España se empezaba a saborear la recién recuperada democracia. Por aquel entonces, y ante el gran escándalo de buena parte de la sociedad, todavía anclada en el pasado y en la defensa de los tradicionales valores familiares, el gobierno de la UCD acababa de aprobar el divorcio. Sin embargo, los jóvenes iban por delante del Gobierno y no necesitaban el divorcio, porque convivían juntos sin casarse. Sara y él eran una de esas parejas, pero al quedarse ella embarazada las presiones familiares acabaron por conseguir que hubiera boda. Se casaron por lo civil y, seis meses después, nació Rodrigo. Ambos estaban entusiasmados con el crío. Quizás por eso Carlos nunca entendió la decisión de Sara. Su mujer le anunció una noche que al día siguiente acudiría a una clínica donde le iban a practicar una operación de ligadura de trompas, porque ya no quería tener más hijos. Tuvieron una fuerte discusión. Carlos recordó con amargura los reproches que le hizo a Sara y cómo aquella noche sintió que entre los dos se levantaba un muro. El le echó en cara su egoísmo y le preguntó, una y otra vez, por qué no había consultado con él una decisión tan importante. La respuesta de Sara siempre fue la misma:

-No deseo tener más hijos y, por tanto, voy a poner los medios para no tenerlos.

-¿Pero por qué no lo has hablado conmigo? Soy tu marido –le recordó Carlos– también formo parte de la familia. Si no quieres tener más hijos, lo hablamos y, quizás tenga que ser yo quien se haga una vasectomía. Es mucho más fácil, se puede hacer con anestesia local, y no tienes tú que pasar por el quirófano. ¿No crees que deberías habérmelo consultado?

-Eres tú el que no lo entiende Carlos –le respondió Sara con convicción– Soy yo, y no tú, la que no quiere tener más hijos. Si tú te haces una vasectomía, estarás garantizando que tú no vas a tener más hijos. Pero eso no garantiza que no vaya a tenerlos yo.

-¿Quieres decir que podrías tener hijos con otro?, preguntó Carlos muy dolido.

-Lo que quiero decir es que no deseo tener más hijos. Ni con otro ni contigo.

Y por eso me voy a hacer una ligadura de trompas. No creo que sea tan difícil de entender, ni creo que haya que hacer un drama por eso.

-Pero no me has consultado, Sara, no me has consultado, le reprochaba Carlos.

-¿Por qué habría de consultarte algo que es una decisión mía?, le respondió Sara.

El doloroso recuerdo de aquella conversación quedó interrumpido por los golpes en la puerta de su despacho. Era Lola para anunciarle que acababan de llegar los clientes que esperaba. Con un gesto mecánico, Carlos se arregló el nudo de la corbata y se levantó del sillón. Mientras se acercaba con la mano extendida hacia sus clientes, dibujó en su rostro la mejor de sus sonrisas. Esa que le hacía parecer a los ojos de todo el mundo como un hombre satisfecho y feliz.

## **Capítulo IV**

Sara se despertó sobresaltada. Había vuelto a tener ese sueño que se le repetía con frecuencia. Nunca se acordaba de las circunstancias que lo rodeaban. Cuando se despertaba, no sabía ni dónde ni con quién estaba. Lo único que recordaba era la angustia que sentía ante la imposibilidad de poder ver con claridad. En su sueño, no es que perdiera totalmente la visión, es que, aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, no conseguía abrir totalmente los ojos. Era como si sus párpados estuvieran pegados y sólo le permitieran percibir imágenes borrosas, a través de una pequeña ranura. Este había sido un sueño recurrente a lo largo de su vida, desde que lo tuviera por primera vez en su adolescencia. A veces desaparecía durante una buena temporada. Pero siempre volvía. Y con él regresaba la angustia que Sara experimentaba ante la imposibilidad de poder ver con claridad. Quizás fuera por este sueño por lo que la ceguera era una de las cosas que más la aterrorizaban en la vida. Tanto como perder el control. Como el no saber en qué lugar se encontraba. Desprezándose bajo la sábana y el edredón, donde se conservaba el calor que desprendía su propio cuerpo, Sara recordó lo mal que lo pasaba cuando de pequeña se levantaba sonámbula a media noche. Un escalofrío recorrió su espalda al evocar la sensación de inseguridad que tenía cuando se despertaba a oscuras y, andando vacilante por la habitación, intentaba tocar con las manos algún objeto que le resultara familiar para saber dónde se encontraba. Pocas veces lograba tocar algo. Sólo encontraba el vacío. Y cuando sus manos

conseguían llegar hasta algún objeto, no lograba identificarlo y no podía situarse. Entonces, perdida en aquella inmensa oscuridad, Sara llamaba a su padre a gritos y le pedía: “Ven, que no me encuentro”. Su padre llegaba con una linterna, y los objetos que ella no había conseguido encontrar se hacían visibles a su alrededor, como por arte de magia. Sólo en aquel momento su dormitorio volvía a ser un lugar seguro, y el mundo se mostraba otra vez cercano y previsible. Ahora, a veces Sara tenía la misma sensación que en sus noches de tinieblas infantiles. Tampoco se encontraba. Y su vida se situaba dentro de un mundo de oscuridad, donde ya nada le era familiar ni reconocible. Sólo que ya no era una niña. No podía llamar a su padre para que viniera con una linterna a iluminar la oscuridad.

Fue el sonido del teléfono lo que sacó a Sara de sus sombríos pensamientos. Sobresaltada, se levantó, bajó al salón y miró el identificador de llamadas antes de descolgarlo. Vio que era su madre. Sentándose en un sillón que había junto al aparato, lanzó un profundo suspiro antes de descolgar.

-Dime mamá

-¿Es que estabas durmiendo? ¿No estarás enferma?. ¿Te pasa algo?

-No me pasa nada, mamá, estoy estupendamente, sólo que son las nueve de la mañana y a estas horas...

Sara no pudo terminar la frase porque fue interrumpida por los sollozos de su madre. Desconcertada, se quedó en silencio sin saber qué decir. No recordaba haberla oído llorar nunca. Ni siquiera cuando murió su padre. Su madre consideraba vergonzoso llorar delante de los demás. Aunque “los demás” fueran su propia familia. Siempre decía que nunca se debía mostrar ninguna debilidad delante de nadie. Y para su madre, exteriorizar cualquier tipo de sentimiento era una muestra de debilidad. Por eso a Sara le costó reaccionar al oír ese llanto desconocido. Tardó sólo unos segundos en superar la impresión y le preguntó a su madre, algo preocupada:

-¿Qué es lo que pasa?

-Se trata de tu hermana. Miguel la ha abandonado, respondió su madre sin poder contener el llanto.

-¿Queeee? Sara no podía creer que a Carmen la hubiera abandonado su marido. ¡Si eran la pareja perfecta!

Sintiéndose culpable por este pensamiento, interrogó de nuevo a su madre.

-¿Cuándo ha ocurrido eso?

-Anoche, contestó la mujer sin dejar de llorar

-Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que ha pasado?, insistió Sara.

-Lo que ha pasado –dijo su madre dejando de llorar repentinamente y alzando la voz con rabia- es que el muy cerdo se ha liado con una jovencita y anoche hizo las maletas y se largó, dejando a tu hermana plantada.

-Dios Santo, respondió Sara por decir algo.

Al oír su propia exclamación tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reírse. A ella, su cuñado siempre le había parecido un pedante y un gilipollas. Pensó que su hermana estaría mucho mejor sin él, y así se lo hizo saber a su madre.

-No llores, mamá, a lo mejor tenemos que dar la enhorabuena a Carmen por haber tenido la suerte de quitarse de encima a ese cretino.

-¿Pero qué dices Sara? –tronó la mujer- ¡No te das cuenta de que han abandonado a tu hermana! ¿Qué va a pensar la gente?

Lo había dicho. Ya lo había dicho. Ahora fue Sara la que se enfureció. No podía evitarlo, llevaba oyendo esa frase desde que era pequeña, y siempre provocaba en ella la misma indignación. ¡Eso era lo que más le preocupaba a su madre! Eso era lo que siempre le había preocupado. No era el dolor que pudiera experimentar Carmen al sentirse abandonada. Lo que le preocupaba era lo que pudiera pensar o decir la gente. Conteniéndose para no chillar a su madre, optó por tranquilizarla de mala gana. Con un tono seco le dijo:

-No te preocupes, mamá, tranquilízate. Llamaré a Carmen y veremos qué se puede hacer.

-De acuerdo, hija, de acuerdo, respondió su madre entre sollozos antes de colgar.

Cuando Sara dejó el teléfono, subió de nuevo a su dormitorio y se tumbó en la cama. Allí, respiró profundamente varias veces para contener la indignación. Mentalmente visualizó cómo el aire se introducía por la nariz hasta llegar a sus pulmones, y cómo, tras retenerlo unos segundos, volvía a salir en un soplo por la boca, llevándose con él toda su cólera. Era una técnica que había aprendido tiempo atrás, y siempre le funcionaba. Después de respirar un rato conscientemente, no había enfado que persistiera. Su madre tenía la especialidad de hacerle perder los nervios, pero si lo pensaba fríamente, no tenía ningún objeto enfadarse con ella. ¿Acaso tenía objeto enfadarse con la lluvia o con el sol? No. La lluvia o el amanecer eran cosas inevitables, que no se podían cambiar. También la forma de ser de su madre era inevitable, y tampoco se podía cambiar. O quizás era ella la que no quería. Ana Martín tenía 70 años y siempre había sido una mujer fría, estirada y distante. Eternamente preocupada por el qué dirán. Toda su vida había estado marcada por esa obsesión y por ese afán de vivir de puertas para afuera y de aparentar lo que no era. La vida de su madre era un monumento permanente a la apariencia; algo que chocaba frontalmente con la forma de ser de Sara. Entre sus recuerdos infantiles no figuraba ningún gesto de cariño de su madre hacia ella o hacia su hermana. Aunque por afinidad de caracteres, con Carmen siempre se había entendido mejor. Tampoco se podía decir que no se hubiera ocupado de ellas. Se ocupaba incluso demasiado. Pero lo hacía con una dedicación enfermiza, casi profesional. Como si ser madre hubiera sido una ocupación obligatoria, a la que debía entregarse con la mayor eficacia posible, pero sin ningún entusiasmo. Y sin poner en ello ni una pizca de pasión.

También era así en la relación con su padre. Cuando éste murió repentinamente, la mujer asumió el control de la situación con su acostumbrada frialdad y profesionalidad. En ningún momento sus hijas la oyeron quejarse ni mostrar el más mínimo sentimiento de que echase de menos a su marido. En ocasiones, Sara había intentado imaginarse momentos de intimidad y cariño entre sus padres. Pero no había podido. De hecho, muchas veces llegó a preguntarse cual sería la actitud de su madre cuando su padre le hacía el amor. Daba por hecho que su madre no sabía lo que era un orgasmo. Y suponía que, también en esos casos, su actitud debía ser muy profesional. Sara se echó a reír ante sus propios pensamientos, por las connotaciones que tenía la palabra “profesional” cuando se refería al acto sexual. Evidentemente, no estaba comparando a su madre con una puta –pensó divertida- Nada más lejos de su intención. Más bien se la imaginaba en una actitud rígida, sin participar en el juego amoroso, y resignada a aceptar un papel de esposa, cuyo compromiso ineludible había adquirido por obra y gracia de su sacrosanto contrato matrimonial. Incorporándose de la cama de un salto, Sara se encaminó hacia el cuarto de baño para darse una ducha. Mientras se quitaba el camisón y se metía en la bañera, pensó en cómo debía sentirse su hermana al ser abandonada por su marido. “El muy imbécil”, dijo en voz alta, al tiempo que el agua caliente empezaba a derramarse por su cuerpo. Por unos momentos permaneció quieta bajo la ducha, recreándose y dejando que el agua cayera a presión sobre su piel. Cuando terminó, se sintió especialmente animada y de buen humor. Mientras se secaba el pelo con una toalla y sacaba de su armario la ropa que pensaba ponerse –unos pantalones vaqueros y un suéter azul claro- Sara pensó que tenía que llamar a su hermana o, aún mejor, que debía ir a verla al bufete. Situada frente al espejo, terminó de hacerse la trenza con la que habitualmente se recogía su media melena, y sin bajar a la cocina para desayunar, subió directamente a la buhardilla donde



tenía instalado su estudio. Encendió el ordenador y como no tenía ganas de estropear su buen humor, en lugar de abrir el archivo donde tenía las notas para su nueva novela, se puso a mirar el correo electrónico. Casi de inmediato, el nombre de Andrés Salinas le saltó a la vista. Era la misma persona que unos días antes le había mandado otra carta, elogiando su escritura y preguntándole cuándo volvería a publicar. Al abrir el documento que le vinculaba en esta ocasión, Sara comprobó que en su nuevo escrito incluía toda una serie de apreciaciones personales, sobre su amor por los libros y sobre su afición a la escritura y a la lectura. Además de reconocerse experimentado en ambas, subrayaba que leer y escribir suponían para él “el mayor de los placeres”. “He dejado cuatro dioptrías a lo largo de miles de kilómetros de palabras leídas y escritas –le decía- El mejor amigo del hombre (y de la mujer) es el libro. Tanto me interesan, que de algunos títulos he llegado a comprar tres ejemplares y los guardo en sitio distinto, por aquello de que me los roben o ardan en un incendio. Sería capaz de pagar una millonada por un solo libro si no pudiera conseguirlo de otra manera. Tengo libros por miles y mi ilusión, si me tocara la loto, sería comprarme un piso e instalar en todas las paredes, retrete incluido, estanterías llenas de ellos”.

Aunque a Sara le pareció una exageración lo de comprar los libros por triplicado, se sintió identificada con su comunicante en cuanto a su amor por los libros y su pasión por la lectura. También ella tenía miles de ejemplares en su casa –incluyendo en el retrete- y éstos habían desempeñado en su vida un papel crucial. Para ella, leer y escribir era uno de los pocos actos íntimos y solitarios que podían hacerse sin necesidad de nadie más. A lo largo de su existencia, los libros habían sido sus amigos más fieles y, en muchos momentos, le habían proporcionado orientaciones o respuestas sobre lo que le preocupaba a nivel vital. Estaba convencida de que para cada época de la vida había unos determinados libros. Y también para cada época del año. Ella

siempre reseñaba en las primeras páginas el mes y el año en que habían sido adquiridos. Y, curiosamente, cuando volvía a leer alguno era en la misma época, e incluso en el mismo mes, en que leyó aquel libro por primera vez. Sara había llegado a la conclusión de que los libros también forman parte de los ciclos vitales de las personas que los leen. Y que hay lecturas que se acomodan mejor a una determinada época del año. Lo que se lee con entusiasmo en otoño, no es adecuado para la primavera. Y los libros de invierno, sería un disparate leerlos en verano. Sara leyó con mucho gusto las referencias que aquel hombre le hacía sobre los libros. Y mientras archivaba este escrito de Andrés Salinas, junto al otro que ya tenía guardado en el ordenador, pensó que quizás debería contestarle. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie de libros. En realidad hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie de nada. Este pensamiento le preocupó, pero no quiso detenerse en él. Miró el reloj y se dio cuenta de que no disponía de mucho tiempo antes de ir a recoger a Inés, con quien había quedado para comer. Decidió que después de almorzar con su agente literario iría a ver a Carmen. Mientras sacaba su coche de la cochera, situada en la planta baja de su casa, se oyó canturreando una canción infantil. Por alguna razón que ignoraba tenía ganas de salir y se sintió comunicativa y animada. Gratamente sorprendida, pensó que no iba preguntarse a qué se debía este cambio en su estado de ánimo. Simplemente iba a disfrutarlo. Conduciendo su Opel Astra azul hacia el centro de Madrid, Sara puso en el casete una cinta de música latina. Mientras seguía el ritmo golpeando con los dedos el volante de su coche, empezó a cantar en voz alta y llegó a la conclusión de que quizás fuera la carta de aquel admirador lo que la había puesto de tan buen humor.

## Capítulo V

El tráfico era fluido a aquellas horas, y Sara no tardó en llegar al despacho de Inés, ubicado en la calle San Bernardo. Dejó el coche en un aparcamiento que había en el mismo edificio, y desde allí cogió el ascensor para subir a la sexta planta. Al llegar al despacho de su agente literario, la secretaria de ésta la hizo pasar a una sala. A Sara le gustaba aquella acogedora habitación en la que el sofá y los muebles de color blanco contrastaban con el verde de las plantas, distribuidas estratégicamente por los rincones. Pero lo que más le gustaba eran los cuadros. En ellos se reproducían frases de distintas obras literarias y de conocidos escritores. Sin llegar a sentarse, Sara recorrió con la mirada aquella literatura enmarcada, que tenía la virtud de transportarla a otro mundo. En primer lugar se dirigió a leer un fragmento de la obra de Lewis Carroll, en el que Alicia pregunta a un gato:

- ¿Quisiera usted decirme qué camino he de tomar para salir de aquí?
- Eso depende, en mucho, del lugar a donde quiera ir, respondió el gato.
- No me preocupa mayormente el lugar, dijo Alicia
- En tal caso, poco importa el camino, declaró el gato.
- ... Con tal de llegar a alguna parte, añadió Alicia a modo de explicación.
- ¡Oh!, dijo el gato: puede usted estar segura de llegar, con tal de que camine durante un tiempo bastante largo.

Del cuadro de “Alicia en el país de las maravillas”, Sara se fue a otro, más pequeño, en el que se recogía una frase de Borges: “...Yo que me figuraba el paraíso bajo la especie de una biblioteca...” Después de haberla leído buscó

con la mirada otro cuadro en el que estaba escrito un fragmento de “Los muertos”, el magistral relato de Joyce. Sara se acercó a él y leyó, casi con devoción, aquellas palabras que como una lluvia fina y persistente, siempre conseguían calarle el alma: “El aire del cuarto le helaba la espalda. Se estiró con cuidado bajo las sábanas y se echó al lado de su esposa. Uno a uno se iban convirtiendo ambos en sombras. Mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión que marchitarse consumido funestamente por la vida”. Después de la lectura, Sara se quedó con la mirada perdida. Por unos instantes, la habitación en la que se encontraba desapareció de su vista y se sintió transportada a su propio mundo de sombras. Una extraña sensación le encogía el estómago y sólo la voz de Inés, al principio lejana, consiguió traerla de vuelta al mundo de los vivos.

Las dos mujeres se saludaron afectuosamente y decidieron ir a comer al Vips de Gran Vía, que quedaba cerca del despacho. Así no necesitaban coger el coche para desplazarse. Mientras andaban por la calle, comentando cosas intrascendentes, Sara se dio cuenta de cómo miraban a Inés los hombres con los que se cruzaban. Era difícil no reparar en una mujer tan atractiva. Su agente tenía un cuerpo escultural, que había ido modelando a fuerza de muchas horas de gimnasio, y de algún que otro “arreglillo”, que era como la propia Inés definía su paso por el quirófano. Sabiéndose seductora, aún rentabilizaba más su excelente presencia corporal, vistiendo siempre de una forma elegante y provocativa. Sara se regocijó internamente pensando en la decepción que se llevarían todos aquellos hombres, que miraban a su agente con los ojos del deseo, si supieran que ésta era lesbiana. Inés, que hacía gala de su homosexualidad, le había contado en cierta ocasión el desengaño que se llevaban algunos pretendientes especialmente pesados. Sara recordó lo que le había ocurrido a Inés, hacía algunos años, con un diputado socialista bastante conocido. Este, según la propia definición de su agente literario era un

“pichabrava” que siempre presumía de que ninguna mujer se le resistía. Al finalizar una recepción en la que se celebraba el aniversario de la Constitución, el diputado empezó a insinuarse descaradamente a Inés, y ésta decidió seguirle el juego. Finalmente, se fueron a un hotel y cuando el diputado estaba en el punto más álgido de su deseo, Inés le confesó que a ella le gustaban las mujeres, y se lo dejó desnudo sobre la cama. Mientras abandonaba la habitación, le prometió al político que no se preocupase, que su fama de seductor no correría peligro porque ya se encargaría ella de contar a “todo el mundo” que si no habían hecho el amor, no había sido por culpa del diputado, sino por su culpa. Las palabras de Inés provocaron aún más la irritación del hombre, y éste, desnudo como estaba, salió corriendo tras ella por los pasillos del hotel, hasta que, al tropezarse con una pareja entrada en años, el diputado se tuvo que volver rápidamente a la habitación para que no lo reconociesen, “con el rabo entre las piernas”, como subrayaba Inés divertida, siempre que contaba la anécdota. Cosa que ocurría con bastante frecuencia.

Al llegar al Vips se subieron al primer piso y encontraron una mesa junto a la ventana. Después de encargar la comida, Inés se dirigió a Sara sin rodeos.

- Ayer no decías la verdad cuando me dijiste que estabas escribiendo otra vez, ¿me equivoco?

- No te equivocas –respondió Sara- perdona, pero no fue mi intención engañarte, simplemente me salió así. Te tengo por una persona inteligente y sería insultante por mi parte pretender engañarte. Además, yo sabía que la mentira sólo iba a durar hasta el momento en que te tuviera delante. Ni yo sé mentir de forma convincente, ni tú te lo hubieras creído.

- Sara, no te hablo como tu agente literario, te hablo como amiga. ¿Qué es lo que te pasa? No hay ninguna prisa en que vuelvas a escribir otra novela. Como

si no la escribes nunca. No pasa nada. Quiero decir que puedes hacer lo que quieras, pero el problema no es ese. El problema es que sí quieres escribir, pero no te enfrentas al hecho de qué es lo que te impide hacerlo. Si no quisieras escribir más, yo pensaría que te estás equivocando y trataría de convencerte para que lo hicieras, porque sería un crimen desperdiciar ese don...

-No me digas otra vez que tengo un don, Inés.

-Sí te lo digo. El que tiene la capacidad de escribir, de tocar el piano, de pintar, de cantar... tiene un don. Lo hemos hablado muchas veces y tú has estado de acuerdo. Los que podéis utilizar cualquier actividad artística para crear mundos paralelos al mundo real, sois personas afortunadas. Yo no puedo hacerlo. Yo, para poder sobrellevar mi existencia, tengo que limitarme a leer lo que otros escribís, o a escuchar la música que otros componen...

Aunque su agente seguía hablando, Sara ya no la escuchaba porque su mente sólo prestaba atención a sus propios pensamientos. Inés llevaba razón. Si había conectado siempre tan bien con ella, desde que se conocieron años atrás, era porque ambas coincidían en que la literatura ayuda a vivir, rescatando los sueños de las miserias cotidianas...

-¡¡Saaaara!! –dijo Inés elevando la voz, al tiempo que agitaba su mano extendida por delante de los ojos- no me estás escuchando.

- Perdona –respondió Sara ligeramente sobresaltada- me he distraído.

La camarera colocó los platos sobre la mesa, y ellas empezaron a comer en silencio. Aunque sólo habían transcurrido unos minutos desde que dejaron de hablar, a Sara le pareció una eternidad. Se sentía un poco avergonzada. Inés se preocupaba por ella, y ella ni siquiera la escuchaba. Sin embargo, no sabía qué podía responderle.

- Debes perdonarme, no sé qué es lo que me pasa –dijo Sara con sinceridad- Creo que he perdido las ganas de escribir, porque no tengo ganas de vivir. Es

como si mi vida se hubiera quedado congelada. Me encuentro seca por dentro. No tengo nada que decir, nada que contar. Todo es predecible a mi alrededor. No veo nada por delante. Cuando miro hacia el futuro sólo percibo un largo túnel negro, al que no soy capaz de ver la salida. No es que esté atascada en la creación literaria, es mi vida la que está atascada, y por eso no puedo escribir.

- ¿Pero qué dices? –respondió Inés con gesto de incredulidad- Eres una de las personas más afortunadas que conozco. Tienes un marido inteligente, al que sólo le falta besar por donde tú pasas. Tienes un hijo que te adora. Tienes una situación económica para asegurarte que no te falte de nada. Tienes una carrera de escritora por delante; tus libros se han vendido muy bien, y no hay ninguna razón para pensar que no siga siendo así en el futuro. Y, permíteme que te insista, tienes el don de escribir. La capacidad de sentarte frente al ordenador, e inventarte un mundo a tu medida, que te pueda servir de apoyo para transitar por éste. ¡Ya quisiera mucha gente tener todo lo que tú tienes! En serio, eres una mujer afortunada. ¿No estarás pasando la crisis de los cuarenta?

- Si esta es la crisis de los cuarenta –dijo Sara sonriendo- ha llegado con cinco años de retraso.

- ¿En serio? –preguntó Inés con su mirada más pícaro- ¿Tienes ya 45 años? ¡Estás genial, no los aparentas! Si hasta yo he estado a punto de tirarte los tejos.

Las dos mujeres se rieron, e Inés empezó a contarle, con buen humor, lo difícil que era ligar con chicas.

-Los hombres lo tienen mucho más fácil –dijo- cada día hay más maricones. Como desde sus puestos de poder lo que más les gusta es dar por el culo, creo que terminan aficionándose.

La carcajada que soltaron quedó ahogada por el sonido de un teléfono móvil. Ambas echaron mano a sus bolsos. Era el de Sara. Lo descolgó y al otro lado

escuchó la voz de su marido. Carlos le dijo que había hecho varios intentos para localizarla, pero el teléfono de casa comunicaba, y el móvil estaba desconectado. No quería nada, sólo que no se preocupase por el atentado de Barcelona. El ya había hablado con Rodrigo y su hijo estaba bien. También quería recordarle la cena que tenían por la noche. Carlos quedó en que llegaría a su casa sobre las ocho. La cena para celebrar el décimo aniversario de la creación de su agencia de publicidad, no era hasta las diez. Mientras Sara hablaba por teléfono, Inés aprovechó para pagar la cuenta de la comida. Cuando ella protestó, su agente literario miró el reloj y le dijo que tenía que marcharse ya. Quedaron en hablar la semana siguiente.

- No creas que te vas a deshacer de mí tan fácilmente –le dijo Inés- ¿has pensado en la posibilidad de hacer un viaje tú sola? Quizás te sentase bien airearte un poco. Si quieres, te puedo buscar unas conferencias por algunas ciudades perdidas. Piénsalo y cuando hablemos la semana próxima me lo dices. No habría ningún problema. ¡No olvides que eres toda una celebridad! Tienes el mundo a tus pies, concluyó Inés mientras le hacía una cómica reverencia.

Las dos mujeres se despidieron en la puerta del Vips. Inés volvía a su oficina, y Sara decidió que era mejor dejar el coche en el aparcamiento donde lo tenía, que buscar un nuevo sitio para aparcar. Iría dando un paseo hasta el despacho de Carmen. Aunque hacía frío la tarde era soleada e invitaba a pasear.

Mientras se encaminaba andando al bufete de su hermana, se dio cuenta de cómo le había irritado la breve conversación con su marido. Ella no se había enterado de ningún atentado de ETA en Barcelona, y en el tono de la voz de Carlos le había parecido detectar cierto reproche. Como si la hubiera pillado en falta. Como si su obligación fuera saberlo, y debiera haberse mostrado preocupada por el bienestar de su hijo. Quizás sólo fueran imaginaciones suyas, pero desde que Rodrigo se fue a estudiar a Barcelona, Sara notaba que



la complicidad entre padre e hijo se había hecho aún más intensa. Cuando estaban los tres juntos, ella a veces se sentía de más, como el tercero en discordia. Una especie de intrusa cuya sola presencia alteraba la camaradería y sintonía que existía entre padre e hijo. Embebida en sus pensamientos, continuó caminando sin prestar mucha atención a su alrededor. Cada vez se sentía más enfadada consigo misma por albergar esa especie de celos hacia su marido, por arrebatarle el cariño de su hijo. Fue ella la que insistió cuando Rodrigo terminó el bachillerato, hacía ya más de dos años, para que su hijo se trasladase a estudiar a Barcelona. Podría haber estudiado en la Facultad de Imagen de Madrid, pero Sara deseaba que su hijo empezase cuanto antes a valerse por sí mismo, fuera del hogar de sus padres, y que conociera otras gentes y otra forma de vida. Ahora, al recordar lo que Rodrigo le dijo cuando cogió por primera vez el avión en el Puente Aéreo para irse a Barcelona: “no conozco a ninguna madre que haya puesto tanto interés en mandar a su hijo a estudiar a otra ciudad, pudiendo hacerlo en la que vive”, piensa que quizás Rodrigo creyera que se quería deshacer de él, y eso los ha separado.

Absorta en estos pensamientos, no se dio cuenta de que ya había llegado a su destino hasta que se sorprendió entrando en el lujoso portal del edificio donde su hermana tenía instalado su bufete. Subió por las escaleras hasta el primer piso y llamó a la puerta del despacho de abogados en la que había una placa dorada. En ella, junto a otros dos nombres, figuraba el de su hermana: Carmen Bermúdez. Y debajo, en letras más pequeñas: “Especialista en separaciones matrimoniales”. Al leer el rótulo, Sara esbozó una ligera sonrisa, casi imperceptible, y pensó que la vida estaba llena de paradojas. Al menos su hermana no tendría que buscar abogado para resolver su propio divorcio. La puerta se abrió y una chica joven, muy maquillada y con una falda cortísima, le preguntó amablemente a quién quería ver. En ese momento Sara cayó en la cuenta de que no había visitado ese despacho desde que se inaugurase el

bufete, varios años atrás y, por tanto, aquella joven no podía saber que Carmen era su hermana. Pensó no decírselo, pero no tuvo más remedio porque la chica de la minifalda, sin perder la sonrisa ni un momento, no estaba dispuesta a dejarla pasar si no tenía una cita concertada previamente. Cuando Sara le indicó que no era una visita profesional, sino que quería ver a su hermana, la joven la miró de arriba abajo, con cara de incredulidad y, después de hacerla pasar, se perdió por un pasillo balbuceando un “veré qué puedo hacer”.

Mientras esperaba, Sara echó un vistazo alrededor a la vez que sus oídos captaban, por primera vez, una famosa melodía de Julio Iglesias que le llegó a través del hilo musical. Sin saber muy bien por qué, aquella música le hizo recordar la consulta de un dentista. A ella le daban pánico, pero no sabía si tenía más alergia a los dentistas o a los abogados. El hall donde se encontraba estaba amueblado con sobriedad y estilo. Sin embargo, aquel lugar le pareció sombrío. No tenía nada que ver con la sala de espera de su agente. Entre aquellas tristes paredes, las citas literarias hubieran estado fuera de lugar. Allí sólo había espacio para la letra de la ley. Mientras Sara caminaba lentamente por la estancia, comprobando cómo sus botas se hundían en la mullida alfombra, la joven de la minifalda salió otra vez y la condujo hasta el despacho de su hermana menor. Al verla entrar, ésta, que estaba sentada tras su mesa, se puso de pie y salió sonriente a su encuentro. Se besaron en las mejillas y, una vez que se oyó el ruido de la puerta al cerrarse, a Carmen le cambió la expresión del rostro, se abrazó a Sara y empezó a llorar. Sintiendo una inesperada ternura hacia su hermana, Sara la estrechó entre sus brazos y acariciando su larga melena morena, intentó consolarla. “Vamos, no te preocupes –le dijo- todo se arreglará”. Algo más serena, Carmen se separó de su hermana y, limpiándose las lágrimas con la mano, le indicó que se sentara en un sofá de rayas beige y negras, instalado junto a un ventanal, a la derecha de su mesa de despacho. Una vez acomodadas, Carmen le contó lo que ya le

había relatado su madre por la mañana, añadiendo algún detalle más. Como que la joven por la que le había abandonado su marido, una tal Clara, era hija de un conocido banquero, y tenía 25 años. Dieciocho menos que Carmen, y veinte menos que Miguel. Este, que recientemente había sido nombrado para un puesto de responsabilidad en el Ministerio de Justicia –algo que Sara ignoraba- no sólo se había ido de su casa la noche anterior. También había confesado a su mujer su relación con la joven Clara con la que, según le había dicho, pensaba casarse. Para completar el cuadro, con total frialdad y sin permitir que discutieran el asunto, Miguel le había dejado a Carmen sobre la cama una demanda de divorcio. Mientras escuchaba a su hermana, Sara no pudo evitar decir en voz alta: “Valiente gilipollas”. Ella siempre había pensado que su cuñado era un imbécil y un trepa, pero nunca se hubiera atrevido a decírselo a su hermana en otras circunstancias. Miguel también era abogado. Con su cara aniñada, su pelo engominado, su labia y sus buenos modales, siempre había sabido sacar buen partido de su apariencia, para hacer que las mujeres trabajasen a favor de sus intereses. Carmen era su segunda esposa. A la primera, con la que había permanecido casado trece años y tenía dos hijos, la abandonó para casarse con Carmen. Durante su primer matrimonio, fue su mujer la que durante años mantuvo a toda la familia mientras Miguel estudiaba Derecho. Cuando éste empezó a ejercer la abogacía, conoció a su hermana menor y Carmen no sólo le había procurado una buena cartera de clientes, sino que, gracias a los contactos de su bufete, lo introdujo en el mundo de la política. Para Sara estaba claro que su cuñado había encontrado en su nueva novia, y en la familia de ésta, un camino idóneo para llegar a lo que era su máxima ambición: tener algún cargo público y ser alguien poderoso e influyente. Cuanto más veía a su hermana, y más analizaba la situación, Sara se iba sintiendo más enfadada. ¿Cómo era posible que mujeres con tanta preparación intelectual como tenía Carmen, y tanta valía

profesional, se dejasen chulear por hombres tan mediocres como su cuñado? Pensó que aunque las mujeres hubieran avanzado mucho en ciertos aspectos, a nivel emocional seguían dependiendo excesivamente de los hombres. Miró a su hermana, que había hecho una pausa en su relato para secarse las lágrimas, y sintió lástima por ella, a la vez que una profunda irritación. Era difícil consolarla. Por decir algo le preguntó:

- ¿Y tu no sospechabas nada?

- Nada absolutamente –respondió- ¡Por Dios, si sólo llevamos cinco años casados!

Como si se hablase a sí misma en voz alta, Carmen se levantó del sofá y empezó a dar vueltas por su despacho, al tiempo que decía:

- En los últimos meses casi no manteníamos relaciones sexuales. Debí pensar que algo ocurría. Pero no sospeché nada –añadió- su comportamiento conmigo era normal.

Sara no sabía qué decir. Ver a su hermana en ese estado por culpa de un imbécil, era algo superior a sus fuerzas. Miró el reloj y vio que ya eran más de las seis. Se puso de pie y preguntó a su hermana:

- ¿Te encuentras bien?

- Si, no te preocupes –respondió Carmen- no quiero entretenerte, yo también tengo mucho que hacer. Trabajar me sienta bien. Pensando en los divorcios de otros, no pensaré en el mío propio, dijo forzando una sonrisa.

Tras despedirse de su hermana, Sara se encaminó andando a buen paso hacia el garaje donde había dejado el coche, en el edificio donde Inés tenía su despacho. Ya era completamente de noche y hacía mucho frío. Su humor estaba a juego con el tiempo. Nunca se hubiese imaginado que su hermana se derrumbaría de esa manera al ser abandonada por su marido. Claro que tampoco se hubiera imaginado que Miguel la dejaría plantada de esa manera. Aunque nunca pensó que entre ambos hubiera amor, ella consideraba que

estaban hechos el uno para el otro. Los dos eran ambiciosos, fríos y calculadores. Sin embargo, aquella desconsolada mujer a la que acababa de dejar, no se parecía en nada a la doña perfecta que ella estaba acostumbrada a tratar. Por el contrario, la Carmen que había visto esa tarde era desconocida para ella. Y a pesar de que se había mostrado como una persona derrotada y hundida, a Sara le había parecido más humana, y le había gustado mucho más.

La rapidez de su paso la llevó enseguida al aparcamiento, casi sin ser consciente del trayecto que había recorrido. Una vez allí, cogió el coche y puso rumbo hacia su casa. Mientras conducía, conectó la radio y olvidó por un momento los problemas de su hermana. Como si volviera a la realidad de su propia existencia, de pronto recordó con disgusto la fiesta que le aguardaba esa noche, de la que no se podía escapar. Apretando con el pie el acelerador, se dijo en voz alta con tono resignado: “¡Pues qué bien. Para Itimátum e estoy yo!”.

## **Capítulo VI**

Cuando Sara entró en la cochera de su casa para guardar el coche, vio que el de su marido ya estaba allí. Una vez que hubo aparcado, entró a su vivienda accediendo por la puerta del garaje, que daba entrada al pasillo de la planta baja del chalet adosado. Sí, se notaba que Carlos ya había llegado porque todas las luces de la casa estaban encendidas. A su paso, Sara fue apagando las que consideraba innecesarias, y después de dejar el abrigo y el bolso sobre el sofá del salón, subió al dormitorio matrimonial, que se encontraba en la primera planta. Carlos se estaba duchando, y por la puerta entornada del cuarto de baño que había dentro de la habitación, salía una nube de vaho que desprendía el agua caliente. La radio estaba puesta y producía un ruido muy alto. Sara entró en el baño, bajó el sonido del aparato y anunció a su marido que ya había llegado. Este le respondió que enseguida salía de la bañera y le dejaba todo el cuarto de baño para ella. Sara se dirigió a su armario y empezó a mirar qué era lo que se iba a poner para la fiesta. Aunque la celebración del décimo aniversario de la creación de la agencia era muy importante para su marido, ella no se había comprado nada nuevo para la ocasión y ahora se arrepentía porque no había mucho donde elegir. La fiesta iba a ser un acto social en toda regla. Asistirían los mejores clientes de la agencia con sus parejas, y las señoras lucirían sus mejores galas, por lo que ella iba a desentonar. Después de mucho mirar, optó por un sencillo pero

elegante vestido negro, de cuello marinero y manga larga, que le llegaba hasta la corva. Según su madre, ésa era la altura a la que debía llegar una falda para vestir con distinción. Ni más larga, ni más corta. Sara examinó el vestido, que llevaba en su guardarropa más de diez años, y comprobó con agrado cómo la prenda le iba a sacar de apuros una vez más. Mientras buscaba en un cajón unas medias negras que hicieran juego con el vestido, y con los únicos zapatos de tacón que tenía, entró Carlos al dormitorio, envuelto en su albornoz blanco, y dirigiéndose sigilosamente hacia su mujer, llegó por detrás y la besó ligeramente en la nuca. Un escalofrío recorrió su espalda y Sara se volvió hacia su marido, intentando forzar una sonrisa. De un tiempo a esta parte, a ella le molestaban las caricias de Carlos. No le gustaba que él la tocara. Lo cierto es que en los últimos meses apenas habían hecho el amor. Al tener este pensamiento recordó lo que le había dicho su hermana esa misma tarde: que ante la ausencia de relaciones sexuales con su marido, debería haber sospechado que éste tenía una amante. Por un momento pensó en la posibilidad de que Carlos la estuviera engañando. Pero no lo consideró probable. En lugar de responder a las muestras de cariño de su marido, se deshizo sutilmente de su abrazo y le dijo:

-¿Sabes que mi hermana y Miguel se van a separar? El muy imbécil se ha liado con una jovencita y anoche hizo las maletas y se fue de su casa dejando plantada a Carmen.

-¡No jodas! –dijo Carlos- pero si parecían Barbie y Kent. La pareja perfecta dentro de su perfecto mundo de abogados perfectos. Siempre guapos y elegantes, sin una arruga, ni en la cara ni en el traje...

-No te burles –le interrumpió Sara- mi hermana lo está pasando muy mal y él es un gilipollas.

-Miguel siempre ha sido un gilipollas –respondió Carlos mientras elegía una camisa del armario- y cuando Carmen se dé cuenta de eso, no sólo dejará de

pasarlo mal, sino que se alegrará de no tener que soportarlo. Además –dijo volviéndose hacia ella con un gesto de extrañeza- ¿desde cuándo te preocupa tanto tu hermana?

A Sara le molestó el tono de la pregunta de Carlos. Ciertamente, Carmen y ella nunca se habían llevado muy bien, pero no por eso dejaba de ser su hermana. No tenía ganas de discutir. En lugar de responder a su pregunta, le anunció que iba a ducharse y dejó a su marido en el dormitorio poniendo corbatas sobre la camisa que había extendido en la cama, para ver cual le iba mejor.

Cuando se metió en la bañera, Sara empezó a llorar. Mientras se echaba abundante champú en el pelo, se preguntó en voz alta: “¿Pero qué coño me pasa?” Dejando que el agua caliente arrastrase las lágrimas, al caer a presión sobre su rostro, pensó que debía tranquilizarse y que la ducha le serviría para ello. Con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, dejó que el agua resbalase por su cuerpo, al tiempo que respiraba profundamente. Cuando se encontró más tranquila salió de la bañera y se puso un albornoz granate que colgaba de una percha. Con la mano, quitó el vaho del gran espejo que había encima del lavabo y se contempló detenidamente. A pesar de su edad, no tenía arrugas en la cara. Su piel era suave, salpicada con algunas pecas en los pómulos que se hacían más visibles cuando se exponía al sol en verano. Sin ser una mujer guapa, su rostro era agradable. Pensó que se conservaba muy bien, que todavía era atractiva y que podía pasar perfectamente por una mujer más joven. Se fijó en los ojos y cuando los del espejo le devolvieron la mirada, se dio cuenta de que reflejaban una gran tristeza. Los ojos no mentían y los suyos eran los de una persona triste. ¿Adónde había ido a parar ese brillo inquieto y esa mirada de querer comerse el mundo de sus años infantiles y juveniles? Pensó en lo que le había dicho Inés, en lo afortunada que debía sentirse por su vida. Y también le vino a la cabeza la imagen de su hermana menor, que no era otra



que la imagen de la derrota. De alguien que, de la noche a la mañana, ha visto cómo su vida perfecta se venía abajo, por casarse con la persona inadecuada. ¿Se habría casado también ella con la persona equivocada?. Unos golpes en la puerta del cuarto de baño la hicieron salir de su ensimismamiento. Su marido la apremiaba a que se diera prisa, si no querían llegar tarde a la fiesta.

Rápidamente se secó el pelo con una toalla, y se dirigió al dormitorio para vestirse. Lo hizo con celeridad y volvió al baño para peinarse la trenza, que recogió con un pasador de nácar, y maquillarse ligeramente los ojos. Cosa que sólo hacía en momentos excepcionales, como el de esa noche. Después de coger del ropero un abrigo largo, de color beige, y un bolso de mano, Sara bajó al salón donde la esperaba Carlos. Al verla, lanzó un silbido de admiración y dijo:

-¡Qué elegante! El vestido es nuevo ¿no? Te sienta muy bien, se respondió él solo.

Sara se limitó a sonreír y no dijo nada. Hicieron el trayecto en el coche de Carlos sin hablar. Cuando llegaron al hotel donde se servía el último, Lola ya estaba allí. Después de besar a Sara, les dijo:

-Habéis llegado perfectos para hacer vuestro papel de anfitriones. Sólo son las nueve y media y aún no ha venido nadie. Todo está preparado, ¿queréis echar un vistazo?.. Carlos se adelantó con su secretaria para comprobar que todo estaba en orden. Se le veía muy contento. Sara pensó que era la gran noche de su marido y ella iba a procurar no fastidiársela. Aunque su estado de ánimo no era el más apropiado para compartir su alegría, en cierto modo se sentía orgullosa de él porque había sabido abrirse paso, y su agencia de publicidad se había convertido en una de las más prestigiosas de Madrid. Aún recordaba el día en que Carlos le dijo que ya estaba harto de que le explotasen y de que no reconocieran su trabajo en la agencia en la que trabajaba y que, por tanto, iba a dejarla para crear la suya propia. Lola y el marido de ésta, Juan, que

trabajaban en la misma empresa publicitaria, abandonaron también su trabajo para marcharse con Carlos. Por aquella época, que coincidió cuando ella empezó a dedicarse a la literatura, Sara trabajaba como correctora en una editorial, y durante meses el único sueldo que entró en su casa fue el suyo. Fueron tiempos duros en los que las dos parejas estaban bastante unidas y se apoyaban mutuamente. Juntos soportaron cómo la antigua empresa en la que trabajaron Carlos, Lola y Juan, utilizaba sus influencias para boicotear la puesta en funcionamiento de la nueva agencia. Desde los obstáculos para obtener créditos bancarios, hasta las amenazas a posibles clientes, pasando por el plagio descarado de las ideas publicitarias de su marido, éste tuvo que aguantar estoicamente toda clase de presiones y malas artes, antes de poder salir adelante. Pero lo hizo. Un par de años después, cuando ya habían conseguido levantar cabeza, estalló la crisis matrimonial entre Juan y Lola, que repercutió negativamente en el trabajo. Finalmente, como la situación entre ambos se hizo insostenible, Juan dejó la agencia y vendió su parte a Carlos. Este le ofreció a Lola que se quedase con las acciones, pero ella no quiso arriesgarse y le dijo que prefería ser su empleada a ser su socia. Sara pensó que Lola no era una empleada común y que realmente se desvivía por la agencia como si fuera suya. Carlos era muy afortunado al poder confiar así en ella.

Poco antes de las diez de la noche empezaron a llegar los primeros invitados, y en cuestión de unos quince minutos el salón se puso a rebosar. Sara no pudo evitar sentirse un poco desplazada, porque no conocía a la mayor parte de aquella gente. De vez en cuando, Carlos la rescataba de algún corrillo donde ella se sentía de más, para llevarla a otro donde le presentaba a más invitados. También de vez en cuando Lola la cogía del brazo y la liberaba de algún cliente especialmente pesado. Las conversaciones giraban casi siempre en torno al mundo de la publicidad. Pero también se detenían en cotilleos

frívolos, tales como los líos amorosos de una modelo, que anunciaba una conocida marca de coche, con un famoso actor, sin olvidarse de los últimos y más sonados divorcios dentro del mundillo publicitario. Uno de los invitados, un señor ya mayor que le fue presentado a Sara como un importante cliente de la agencia de su marido, se interesó por saber su opinión, como escritora, por el lenguaje que utiliza la publicidad. Ella le respondió que lo único que se podía ver hoy en día de la televisión eran los anuncios, cada vez más bellos y mejor hechos, hasta el punto de que en algunos casos eran auténticas obras de arte.

- Estoy convencida –añadió Sara- de que los únicos que piensan hoy en día en este país, los únicos que desarrollan su ingenio, son los creativos de publicidad. Ellos se ven en la obligación de forzar cada día sus neuronas para vendernos, no ya los productos que anuncian, sino los paraísos de felicidad que nos prometen si utilizamos esos productos. Antes eran los políticos los que nos vendían una vida mejor, pero están tan desprestigiados que ya no pueden vendernos nada. Ya no tienen credibilidad.

-Esa es una teoría muy interesante –dijo el cliente, que iba acompañado de una mujer que tenía todo el aspecto de ser modelo publicitaria- según su criterio, las campañas electorales se podrían sustituir por unos cuantos buenos anuncios en televisión, y ahorraríamos dinero al contribuyente.

-Es cierto –respondió Sara- de hecho, los políticos cada vez hacen menos actos electorales públicos. En otros países, como Estados Unidos, las elecciones se deciden en debates televisivos, y en España, aunque aún no llegamos a tanto, ya está empezando a suceder. Y será así en un futuro, no lo dude.

-¿Pero cree que el lenguaje que utiliza la publicidad es un lenguaje manipulador?, insistió el cliente.

-Las palabras siempre han tenido poder. Ya sabe, lo primero fue el verbo, y el lenguaje está compuesto por palabras –añadió Sara- Sin embargo el lenguaje de la publicidad actual no es el de las palabras, sino el de las imágenes. No podía ser de otro modo. Vivimos en un mundo que valora la imagen como lo más importante, y por eso los publicistas utilizan imágenes y símbolos, más que palabras, para vendernos sus paraísos. No hay que olvidar que las imágenes y los símbolos tienen la facultad de conectar con nuestro subconsciente. En cuanto a la manipulación, yo creo que sólo es manipulable el que se deja manipular, concluyó.

- En eso estoy totalmente de acuerdo, dijo la mujer con aspecto de modelo, que había permanecido callada hasta ese momento.

La conversación fue interrumpida por Carlos, que se acercó para llevarse a Sara porque quería tenerla cerca en el momento de decir su discurso. Y ese momento había llegado. Con una copa de champán en la mano, se colocó detrás de un atril y un micrófono que había preparado en una esquina del salón, y desde allí Carlos se dirigió a todos para agradecerles su presencia y la confianza que durante los últimos diez años habían depositado en su agencia de publicidad. Tras comprometerse para que la calidad y el buen gusto continuasen siendo las señas de identidad de su negocio, Carlos elevó su copa y brindó por la prosperidad de los presentes, y también de la agencia. Antes de que los asistentes pudieran llevarse el champán a los labios, una lluvia de globos de colores invadió el salón, al tiempo que la orquesta iniciaba los acordes de “Cheek to cheek”, la conocida melodía que inmortalizara Fred Astaire en “Sombrero de Copa”. Entre los aplausos de los asistentes, Carlos se dirigió hasta donde estaba su mujer, y ambos iniciaron un baile que enseguida fue secundado por la mayoría de los presentes. Con el baile desaparecieron las bandejas de los aperitivos, y los camareros empezaron a servir copas, que contribuyeron a elevar el tono de las voces, las risas y la alegría. Sara bailó

toda la noche, toda clase de ritmos y con toda clase de invitados. Como le gustaba mucho bailar, y hacía mucho tiempo que no practicaba, disfrutó muchísimo. Aunque a partir de las tres de la mañana estaba ya agotada y deseando que todo terminase. Lola, Carlos y ella se quedaron los últimos hasta que todos los invitados se hubieron marchado. Carlos, que estaba eufórico y algo bebido, propuso que se fueran los tres a algún lugar, para tomar la última copa, pero las dos mujeres rechazaron la invitación. Lola tampoco quiso que la llevaran a su casa. Pidió un taxi y se despidió de Carlos y Sara, que cogieron el coche y se encaminaron para su casa. Fue ella la que condujo, y al llegar al garaje de su vivienda, se dio cuenta de que Carlos se había quedado dormido. Le despertó, y entre bromas y risas ayudó a su marido a subir las escaleras y a desnudarse para meterlo en la cama. Una vez acostado, y mientras ella entraba al cuarto de baño, Carlos volvió a dormirse nuevamente y empezó a roncar. Al volver a la habitación, le contempló por unos momentos y sintió por él una gran ternura. Se tumbó con cuidado a su lado, y pensó que le quería, que su marido era una persona excepcional. Sin embargo, algo estaba fallando en su matrimonio porque Carlos y ella se habían ido alejando el uno del otro. ¿Le pasaría esto a todas las parejas? –se preguntó mentalmente- ¿sería inevitable que los años de convivencia separasen así a las personas, hasta el punto de que no tuvieran nada que decirse? Sara se sintió cansada. Eran casi las cinco de la madrugada y el día había sido especialmente duro. En las últimas horas había tenido más vivencias que en los últimos meses. Recordó la conversación que tuvo con su madre al levantarse, en la que la había escuchado llorar por primera vez en su vida. También repasó mentalmente todo lo que Inés le había dicho durante el almuerzo. Incluyendo la posibilidad de dar una serie de conferencias en varias ciudades. Tendría que pensarlo, porque en ese momento no era capaz de hacerlo. Y luego se acordó de la conversación con su hermana y de la insólita imagen de una Carmen derrotada, que no se le iba

de la cabeza. Y para colofón la fiesta que, bien mirado, no había sido tan terrible como ella se suponía. Incluso había estado bien ya que le había permitido hacer algo que le encantaba: bailar hasta el agotamiento. Pensando en lo que había disfrutado Carlos con la fiesta, Sara apagó la luz dispuesta a dormirse. Sin embargo, algo en su interior luchaba por abrirse paso hacia fuera. Rozando el estado de duermevela supo de qué se trataba. Era la carta de ese admirador desconocido en la que le hablaba de su pasión por los libros y por la escritura. La había olvidado y, sin embargo, había estado presente durante todo el día como una especie de tesoro particular guardado en su interior. Rememorando la carta, pensó, ya medio dormida, que recibir esas palabras de aquel desconocido había sido lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Algo casi tan bueno como bailar. Con estos pensamientos en la cabeza, Sara se durmió profundamente.

Al día siguiente amaneció un sábado lluvioso. A Sara le despertó el timbre de la puerta. Todavía somnolienta, se volvió en la cama para comprobar si Carlos aún dormía. Pero no había nadie a su lado. Escuchó cómo su marido abría la puerta, y se arrebujó bajo el edredón, con la intención de seguir durmiendo. Sin embargo, Carlos apareció en el dormitorio con un pequeño paquete en la mano y subió la persiana. Sara protestó, pero éste no le hizo caso y le comunicó que eran más de las once, y que ya era hora de levantarse. Su marido la besó en la frente, y después de dejar el paquete sobre la mesilla de noche, le dijo que era para ella y le informó que él se iba a comprar los periódicos. Cuando Carlos salió de la habitación, Sara se desperezó y, con curiosidad, abrió el paquete. Era un pequeño librito de tapas rojas. En la portada figuraba con letras negras un título: “La entrevista”, y debajo, en letras más pequeñas, venía su nombre: Sara Bermúdez. Algo desconcertada, empezó a hojearlo y aún tardó un poco de tiempo en darse cuenta de que se trataba de un relato que ella había escrito muchos años atrás.

Con cierta ansiedad, volvió a coger el sobre acolchado en el que venía el paquete y se fue directamente a ver el nombre del remitente: Andrés Salinas Torres. Al verlo, el corazón le dio un vuelco.

## Capítulo VII

### LA ENTREVISTA

*Había algo extraño, majestuoso y sublime en aquella casa. No tuve que esperar mucho tiempo. Allí estaba él, con esos ojos transparentes, casi color miel, esbozando una sonrisa que más que una sonrisa parecía una actitud ante la vida. Mi nerviosismo era patente. Yo era una periodista principiante, y aún no podía creerme que hubiera conseguido una entrevista con aquel hombre.*

*Era científico, una figura de renombre. Hacía ya muchos años que se había retirado del panorama mundano. No concedía entrevistas a nadie, creándose con esto una especie de misterio en torno a su actividad investigadora y a su vida. Algunos decían que había hecho grandes descubrimientos, pero que éstos acarrearían disgustos a la humanidad, y que ése era el motivo por el que había decidido sumirse en el anonimato.*

*Yo casi no podía creerme que estuviera allí. Siempre había tenido ganas de conocerlo. La gente había creado una leyenda en torno a este hombre y a mí me intrigaba sobremanera su historia.*

*Pocos días antes decidí llamar por teléfono a su casa y solicitarle una entrevista. Si la conseguía, tendría la posibilidad de obtener un reconocimiento profesional que me confirmase en mi puesto de trabajo. La persona que me atendió dijo ser su secretario, y muy amablemente, me*



*recordó que no acostumbraba a conceder entrevistas, pero que a pesar de eso, gustosamente lo consultaría y me llamaría para darme una contestación definitiva.*

*Con qué impaciencia me abalanzaba sobre el teléfono cada vez que éste sonaba. Al fin, unos días después, escuché la misma voz amable diciéndome: “El señor Móntez estará muy complacido de aceptar su petición. Venga mañana, a las cinco”. Yo no sabía qué decir, sólo fui capaz de balbucear tímidamente un “gracias, allí estaré”.*

*Durante todo el día estuve como loca; aquello llegó a ser obsesivo, no pensaba en otra cosa. Traté de apuntar las mil preguntas que quería hacerle, pero el cuestionario terminó en la papelera. No me parecían preguntas lo suficientemente importantes como para penetrar en la personalidad de aquel hombre; así que llegué a su casa sin saber siquiera lo que le iba a preguntar.*

*Pensaba yo todo esto mientras aquel hombre entraba en una amplia y luminosa sala a la que me habían conducido, y tras estrechar fuertemente mi mano, se sentaba en un sillón situado al lado de un gran ventanal soleado.*

*-Siéntese, por favor –me dijo- Póngase cómoda. Cuando el cuerpo está incómodo, la mente no puede estar tranquila.*

*Torpemente me arrellané en mi asiento tratando de aparentar comodidad, sin darme cuenta de que el simple hecho de querer aparentarla ya frustraba mi propósito.*

*-No ponga ese aparato diabólico —dijo refiriéndose al magnetofón— sólo sirve para reproducir palabras, pero no capta las ideas. Tampoco tome notas, por favor, no será necesario. Sólo escuche atentamente lo que voy a decirle. Perdone que sea yo quien tome la iniciativa, y no le deje preguntarme nada. Más tarde comprenderá por qué esta conversación será más bien un monólogo. Así nos entenderemos mejor. Quizás cuando yo termine de hablar pueda hacerme algunas preguntas.*

*Yo estaba paralizada, asintiendo tontamente con la cabeza a todo lo que decía y con una especie de sonrisa estúpida congelada en los labios. Indudablemente, la personalidad de aquél hombre era arrolladora. Su voz era dulce, muy dulce, pero de una gran firmeza. A veces me miraba penetrantemente a los ojos mientras me hablaba. Otras, parecía que su mirada se perdía por aquellos grandes ventanales.*

*-Le he concedido esta entrevista porque dentro de poco, muy poco, voy a morir...*

*Yo traté de decir algo, pero él, sonriéndome, me hizo un gesto con la mano para que no lo hiciera.*

*...Y antes de que eso ocurra, tengo algo que decir. A los pocos minutos de enterarme por mi médico de la gravedad de mi enfermedad y de que mi muerte es inminente, usted llamó por teléfono solicitando esta entrevista. Por lo tanto, el destino ha querido, por alguna razón que se escapa a nuestro entendimiento, que sea usted quien escuche mi relato, y luego se encargue de darlo a conocer públicamente. Yo, por mi parte, la haré depositaria de todas las pruebas necesarias para atestiguar que lo que le cuento es absolutamente cierto, según las investigaciones que he llevado a cabo durante los últimos años, y que no cabe ninguna duda o error posible. Así pues, usted será quien transmitirá uno de los mayores descubrimientos científicos de todos los tiempos, que serán de mucha utilidad para el futuro de la humanidad.*

*Traté de decir algo, de hacer algún gesto, pero todo fue inútil. Era incapaz de sentir nada, estaba como suspendida, como si no tuviera cuerpo, sólo una pequeña partícula localizada en el cerebro, que enfocaba mi atención hacia lo que aquél hombre decía, sin ningún esfuerzo por mi parte. Aunque era incapaz de hablar o de hacer cualquier signo que denotara que estaba viva, a la vez, mil y un pensamientos cruzaban por mi mente: ¿Qué significaba realmente todo aquello? ¿De qué quería hablarme? ¿Por qué*

*precisamente a mí, si yo no lo conocía de nada? ¿No se trataría de la broma de un loco? Pero no. De eso era de lo único que podía estar segura. Aquello no era una broma, y aquél hombre no estaba loco. Al contrario, se le veía muy cuerdo, muy seguro de lo que decía, con una gran paz reflejada en su rostro.*

*-Lo que tengo que decirle es muy simple... y muy increíble. Preste atención: lo que nosotros llamamos el planeta Tierra, tiene la misma estructura vital y funciona igual que un cuerpo humano. Para expresarlo más correctamente, yo diría que es exactamente igual que un cuerpo humano. No en su forma externa, sin embargo, no carece de nada que no posea nuestro organismo.*

*Al fin pude balbucear unas palabras, aunque parecía que no era yo quién las pronunciaba.*

*-¡Eso es increíble!*

*-Por muy increíble que parezca, así es. La tierra es un ser vivo que tiene cerebro. La tierra ve, oye, huele; posee un sistema circulatorio semejante al nuestro. La tierra también respira, se alimenta, y sigue el mismo proceso de digestión. Tiene unas venas por las cuales circula la sangre; posee una piel que la protege. Necesita respirar y alimentarse lo mismo que nosotros, si no, moriría. Esto, por cierto, ocurrirá algún día, pero hablar de ello es prematuro porque ahora el planeta es todavía un adolescente. Como hermafrodita, llevará a cabo su función reproductora, ocasionando no pocos trastornos a la humanidad, pero para esto falta también mucho tiempo. Sin embargo, lo más importante de todo es su cerebro. Y este es el auténtico descubrimiento. La tierra tiene una mente potentísima que piensa, planea y lleva a cabo sus planes en la misma forma en que usted y yo podríamos hacerlo. No es un ser mecánico, es un ente pensante, con todo lo que ello implica.*

*Intenté una protesta, pero él no me lo permitió.*

- Déjeme continuar, por favor, aún no he llegado al fondo de la cuestión. El alimento de la tierra son todos los organismos vivos que la poblamos, pero su bocado más exquisito somos nosotros, los humanos, como seres pensantes. Porque la tierra se nutre de nuestros pensamientos y de nuestras vivencias.

Fue al oír esta frase cuando noté que todas mis facultades empezaban a funcionar normalmente otra vez. Sentí una especie de sacudida a través de la columna vertebral, algo que me hizo reaccionar y darme cuenta del alcance que tenía lo que aquél hombre me estaba contando. ¿Qué es lo que quería decir exactamente? ¿A dónde quería llegar? Como si estuviera al tanto de mis pensamientos respondió:

- Lo que quiero decir es que, sin saberlo, somos esclavos del planeta donde habitamos. Estamos bajo su total influjo y dominio. Somos sus prisioneros y su principal fuente de alimento y energía. De la misma forma que nosotros hacemos con un conejo, por ejemplo, cuidándolo y engordándolo para luego comerlo, así es como actúa el planeta con todos nosotros. Bueno —aclaró— no con todos, digamos que con la inmensa mayoría.

El símil del conejo fue algo superior a mis fuerzas. Me resultó atroz, de muy mal gusto. La idea de que pudiéramos ser como conejos indefensos, era algo que me resultaba insoportable. No encontraba palabras para definir mi estado de ánimo en aquellos momentos. Si lo que decía aquel hombre era cierto, nada era en realidad como los seres humanos habíamos imaginado. Vivíamos en un mundo de fantasía, completamente despegados de la realidad. No, aquello no podía ser cierto. Yo me negaba a creerlo. Aquel hombre quería hacer un último experimento conmigo antes de morir. Sí, debía ser eso.

- Por muy increíble que parezca, le aseguro que es rigurosamente cierto. Tengo todas las pruebas necesarias y estos documentos irán a parar a

*sus manos cuando yo muera. Por supuesto, no voy a aburrirle ahora con tecnicismos y con fórmulas que, además, no entendería. Lo único que importa es que esa es la verdad y puedo probarla.*

*Me encontraba llena de angustia, a merced de algo que se me escapaba de las manos, que de ninguna manera podía controlar. Mi voz salió de la garganta como una súplica desesperada:*

*- No puede ser verdad —le dije— si fuera cierto la humanidad, a través de toda su larga historia, lo habría sabido. Es imposible que nadie se haya dado cuenta antes.*

*Mirándome fijamente a los ojos, con una ternura indescriptible me dijo:*

*-La humanidad lo sabe. En el fondo de su ser, la humanidad, colectiva e individualmente, lo sabe, lo presiente, pero prefiere ignorarlo, prefiere hacer como que no lo sabe. A veces se filtra un vislumbre de la verdad por alguna parte y entonces los humanos nos convencemos de que eso ha sido sólo un sueño.*

*-Pero, ¿hay algún medio de escapar de esa esclavitud?, le pregunté.*

*-Sí, hay un medio. Muchos hombres, a lo largo de la historia, lo han encontrado y nos han dejado pistas. No puedo decirle más, lo demás lo tendrá que hacer por su cuenta, buscando; atreviéndose y arriesgándose a buscar, como yo he buscado.*

*-¿Por qué no comunica usted mismo todo esto?, a mí no me van a creer, sin embargo a usted le creerán porque es un científico de prestigio reconocido.*

*- Yo ya no tengo tiempo y, además, por razones que ignoro, debe ser usted quien lo comunique, y no yo.*

*Lentamente se levantó del sillón donde había permanecido sentado todo el tiempo que había durado nuestra conversación. Se acercó a mí y me tendió las manos para ayudar a incorporarme.*

- Antes de irse quiero decirle algo. Ten calma y no desfallezcas. La clave de todo está en atreverse.

Puso tanto énfasis cuando pronunció esta palabra, que la sentí vibrar a través de cada célula de mi cuerpo, como si la hubiera introducido dentro de mí por algún procedimiento extraño, y ya no fuera posible desprenderme de ella.

- Permíteme que te hable de tú. Ahora debes irte y descansar —dijo mientras me conducía hacia la puerta— estás agotada; es normal.

Como una sonámbula, yo iba dejándome llevar hasta que, de pronto, me vi en la calle. No puedo recordar qué camino seguí, sólo sé que cuando me quise dar cuenta estaba metiendo la llave en la cerradura de mi casa. Una vez dentro, empecé a llorar con desconsuelo. Parecía como si toda la tensión acumulada hubiera encontrado un medio para salir al exterior. Me abalancé sobre la cama y allí, sin pensar en nada, continué llorando durante una eternidad.

La luz del sol entraba por la ventana, y algo me despertó sobresaltada. Era el teléfono que sonaba insistentemente. Me senté en la cama sin reaccionar. Algún recuerdo luchaba por salir... ¡Claro, claro que recordaba! Ahora lo comprendía todo. Había sido sólo un sueño. No había ninguna duda ¡Qué alivio!. De pronto me di cuenta de que el teléfono seguía sonando y, apresuradamente, me dirigí a descolgar el aparato. Entonces, ocurrió algo extraordinario. Una voz amable me dijo: “El señor Móntez estará muy complacido de aceptar su petición. Venga mañana a las cinco”.

Quedé petrificada. Un escalofrío recorrió mi espalda y sólo fui capaz de balbucear tímidamente un “gracias, allí estaré”. Al instante supe que todo lo que recordaba era real. Era lo más real que nunca me había pasado. Entonces acudió a mi mente algo que aquél hombre me había dicho: “A veces

*se filtra un vislumbre de la verdad por alguna parte, y entonces los humanos nos convencemos de que eso ha sido sólo un sueño”.*

*Sentí mucho miedo; un miedo distinto al que nunca antes había experimentado. Pensé no acudir a la cita, pero una extraña fuerza me envolvió y supe que, tal y como él había dicho, la clave de todo estaba en atreverse. Y yo iba a hacer esa entrevista.*

Aún en la cama, Sara leyó aquel relato que ella había escrito hacía más de 20 años, cuando aún ni siquiera se le había pasado por la cabeza que podría dedicarse a la literatura de forma profesional. Había presentado este relato a un concurso literario que una editorial había convocado para conmemorar el primer año de su creación. El premio consistía en una dotación económica para la obra ganadora, no recordaba de cuánto, y la edición de ésta junto con las finalistas. Su relato fue uno de esos finalistas, pero nunca llegó a ser publicado porque la editorial en cuestión no logró sobrevivir y cerró sus puertas unos meses después. Lo último que Sara recordaba es que intentó recuperarlo, pero no lo consiguió. En aquellos años no tenía ordenador, aún se escribía en máquina de escribir y la copia que había guardado se perdió. Posiblemente la tiraría ella misma haciendo alguna limpieza de papeles de las que solía acometer de vez en cuando. Así que “La Entrevista” se perdió para siempre. Ella le tenía cariño a ese cuento, y muchas veces se había dicho a sí misma que debía reescribirlo, pero nunca había llegado a hacerlo. Ahora estaba muy contenta de haberlo recuperado, y totalmente asombrada. ¿Cómo habría llegado el relato a manos de aquel hombre? ¿Por qué se había molestado en encuadernar el pequeño librito? ¿Cómo se había enterado de su dirección? . En realidad, esto último era lo de menos. La dirección se la podían haber dado en su editorial o incluso la podía haber mirado en la guía

telefónica, sabiendo el nombre de su marido, pero el cómo había llegado el relato a manos de aquél desconocido era algo que la tenía muy intrigada y totalmente desconcertada. Dando un salto de la cama, se calzó las zapatillas, se puso encima del camisón una bata larga, de cuadros azul marino y rojos, y bajó las escaleras rápidamente para llegar al salón. En un rincón, sobre una mesita pequeña, junto al teléfono, estaba la guía telefónica. Se fue a la letra ese y buscó “Salinas Torres”. Había muchos Salinas, pero en ningún caso coincidían los dos apellidos. Un poco decepcionada, descolgó el teléfono y llamó al servicio de información, pero le dijeron que no figuraba ningún abonado con ese nombre. Pensó que quizás Andrés Salinas no tuviera teléfono fijo en su casa. Ahora, con los móviles, mucha gente había prescindido de tener teléfono fijo. O tal vez no estuviera a su nombre. Podría tratarse de una persona joven que aún vivía en la casa paterna. O a lo mejor estaba casado y el teléfono figuraba a nombre de su mujer. O vivía con un amigo. En realidad no sabía nada de su comunicante, era un perfecto desconocido. Lo único que sabía es que, si lo que pretendía el tal Andrés Salinas era atraer su atención, lo había conseguido. Se quedó pensativa un rato, sentada en el sillón que había junto al teléfono, y recordó que, aunque no hubiera encontrado su número, ella tenía archivadas dos cartas de aquel hombre, que le habían llegado a través del correo electrónico. Con repentina animación, Sara pensó que también ella podía utilizar Internet para ponerse en contacto con él y decidió hacerlo ese mismo fin de semana. Contenta con su resolución, salió del salón con la intención de subir de nuevo al dormitorio para ducharse y vestirse. Cuando se dirigía a las escaleras se abrió la puerta de la calle. Era Carlos. Se dieron un beso fugaz y éste le propuso que comieran fuera. Sara aceptó y le dijo que enseguida se reuniría con él. Ya desde el cuarto de baño oyó la voz de su marido que le gritaba:

- Por cierto, ¿qué era lo que había en el paquete que te han traído?



Como si la hubiera pillado en alguna falta, Sara dudó un poco antes de mentir:

- Ah, no era nada. Sólo un libro que me han mandado desde la editorial...

Mientras se duchaba, Sara se preguntó por qué había mentido a su marido.

Sintió una punzada de remordimiento, pero la sensación no duró mucho tiempo porque enseguida empezó a pensar qué le iba a poner en la carta a su desconocido comunicante. Evidentemente, se dijo a sí misma, lo primero que le iba a proponer era una cita. Tenía muchas ganas de conocer al tal Andrés.

## **Capítulo VIII**

A las nueve en punto de la mañana del lunes 5 de marzo, Andrés entró en el pequeño despacho que tenía en la Universidad. Su clase no empezaba hasta las diez, por lo que disponía de una hora para prepararla. Después de dejar el chambergo azul marino que llevaba puesto en una percha que había tras la puerta, colocó sobre su mesa de trabajo la cartera de mano que siempre llevaba consigo, y se sentó frente al ordenador. Como en otras ocasiones, lo primero que hizo después de encenderlo fue mirar su correo electrónico. En realidad tenía dos cuentas de correo. La de su departamento de Literatura, que dependía del servidor de la Universidad, y un correo gratuito que utilizaba para sus mensajes personales. Esta última cuenta es la que había empleado para ponerse en contacto con Sara, y fue la que abrió primero con la esperanza de que ésta le hubiera contestado. Los dos mensajes que él le había mandado no habían obtenido respuesta. Sin embargo, Andrés estaba convencido de que ella se pondría en contacto con él después de recibir el librito con su relato encuadernado. Quizás por eso no le sorprendió mucho encontrar en el correo la esperada carta de Sara. Lo que no evitó que se sintiera muy alterado al verla. La carta era más bien escasa y escrita en un tono distante. En ella, la escritora le daba las gracias por sus dos mensajes electrónicos y por el regalo de su relato encuadernado. Sobre el relato era sobre lo que más se extendía, preguntándole cómo había llegado a sus manos un cuento que ella había escrito hacía más de 20 años y que, además, daba por perdido. Sara también le

decía que había buscado su teléfono para agradecerle de viva voz el regalo, pero que no había encontrado su número en la guía. El escrito finalizaba proponiéndole una cita, y para que Andrés se pusiera en contacto con ella, le facilitaba el número de su teléfono móvil. Según expresaba textualmente Sara en su escrito: “a mí me gusta verle la cara a las personas con las que hablo, y no tengo costumbre de mantener correspondencia con desconocidos”.

Después de leer la carta, Andrés se quitó las gafas y se masajó los párpados con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Era un gesto mecánico que hacía algunas veces cuando quería darse tiempo a sí mismo para pensar y cuando se encontraba cansado. Ese día estaba muy cansado porque no había dormido bien. Los mellizos se habían despertado varias veces por la noche, porque estaban algo constipados y él había tenido que levantarse en todas las ocasiones porque su mujer dormía profundamente. Con el mismo gesto automático, volvió a ponerse las gafas, se palpó la barba cana con la mano izquierda y sonrió. Sara Bermúdez le había contestado, y le había propuesto una cita. Era muy tentador, sin embargo no iba a aceptar verse con ella. La admiraba mucho como escritora, le parecía una mujer muy inteligente y deseaba muchísimo mantener contacto con ella, pero no quería que la relación pasase del terreno virtual, por eso prefería que no se vieran. Él tenía mucho interés en conocerla realmente y pensaba que la mejor forma que tienen dos personas de comunicarse en profundidad y conocerse, sin ningún tipo de distorsiones, es a través de la escritura. Esa era su opinión y así se lo iba a hacer saber a Sara a través de la carta que pensaba enviarle, vía correo electrónico. Los pensamientos de Andrés quedaron interrumpidos por la presencia en su despacho de dos alumnas, que requerían su atención con relación a un trabajo que estaban haciendo sobre las mujeres novelistas en el siglo XX. Antes de atenderlas, archivó la carta de Sara en una carpeta de su ordenador y le introdujo una contraseña para que nadie más pudiera acceder a

ella. Después atendió las dudas de las jóvenes y salió con ellas del despacho para dirigirse al aula donde debía dar la clase.

Como siempre, la hora estipulada se le pasó en un suspiro. Disfrutaba mucho enseñando Literatura. Tenía la suerte de que su profesión y su pasión confluyeran en una misma actividad. Estaba convencido, además, de que si conseguía que sus alumnos amasen la literatura y pudieran adquirir el hábito de leer, éstos no sólo serían mejores personas, sino que jamás podrían sentirse solos. Para él, adentrarse por las páginas de un libro era como acceder a miles de universos insospechados, en los que era imposible no sentirse acompañado por infinidad de voces. La clase que había impartido esa mañana versaba precisamente sobre el género epistolar, y durante todo el tiempo que duró su explicación no había dejado de pensar en la carta que había recibido de Sara Bermúdez. Incluso en algún momento se había sorprendido a sí mismo escribiendo mentalmente la respuesta que pensaba mandarle a ella. Al finalizar la clase se dirigió a la cafetería de la Facultad y se tomó un café rápido. Estaba impaciente por volver a su despacho para ponerse a escribir a Sara. Un par de años antes él tuvo ocasión de verla, allí en la Universidad, participando en una mesa redonda que se celebró bajo el título de: “Literatura de mujeres para mujeres”. Andrés recordó cómo Sara había rechazado que la literatura tuviera género. Aún admitiendo que en la actualidad estaba demostrado que las mujeres leían más que los hombres. Y, sobre todo, leían más novelas que los hombres. Según había expresado la escritora, esta circunstancia había llevado a las editoriales, en aras del sacrosanto mercado, a promover una mal llamada literatura femenina, escrita por mujeres para mujeres. El no estaba de acuerdo con esta opinión. Se vanagloriaba de que nada más empezar a leer un libro, de autor desconocido, podía saber si lo había escrito una mujer o un hombre. Sin embargo, quedó tan fascinado por la personalidad de Sara que, durante el coloquio, no se atrevió a llevarle la

contraria. Ahora tendría ocasión de discutir con ella este asunto y otros muchos; pero no en la carta que pensaba escribirle en esos momentos.

De vuelta a su despacho, y antes de ponerse a escribir esa carta, Andrés pensó que debía llamar a su casa para ver cómo estaban los críos del constipado, porque esa mañana no habían podido ir a la guardería. Ser padre de unos mellizos de tres años, a sus 52 tacos, le creaba sentimientos contradictorios. A veces se le hacía muy cuesta arriba y en otros momentos le proporcionaba una gran satisfacción, porque pensaba que cambiar pañales a su edad era algo que le rejuvenecía. También creía que los 40 años de Pilar, con la que ya llevaba diez casado, le hacían sentirse más joven. Siempre había pensado que dentro de una pareja era la mujer la que llevaba la voz cantante, y él le dejaba hacer a la suya. Pilar no trabajaba fuera de casa, por lo que su dedicación a los niños y al hogar era completa, y ella era la que organizaba toda la vida familiar. Tanto en lo referente a la administración de la casa, como en lo concerniente al tiempo de ocio. Desde que su primera mujer le había abandonado para irse con otro, Andrés nunca decía que no a nada de lo que proponía su segunda esposa. Por eso nunca discutían y él presumía de lo bien que se llevaban. Cuando se casó de nuevo con Pilar, se juró a sí mismo que jamás volvería a sentir el dolor que había experimentado con la separación de su primera mujer. De su anterior matrimonio tenía una hija de 20 años, con la que apenas mantenía contacto, porque cuando se separaron se quedó a vivir con su madre. Aquellos fueron tiempos duros y difíciles. Y los años que mediaron entre su divorcio y su nuevo matrimonio estuvieron marcados por el desconcierto que supuso para alguien racional y ordenado como él, llevar una vida disoluta y libertina. Gracias a su nuevo matrimonio había reencontrado la tranquilidad emocional que tanto necesitaba. Aunque si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que su mujer no podía satisfacer sus necesidades intelectuales. En realidad, a excepción de los niños y las situaciones

cotidianas, casi no podía hablar con ella de nada. Pero, que él supiera, eso le pasaba a la mayoría de los matrimonios y las carencias quedaban compensadas por el hecho de que Pilar era una chica estupenda que atendía perfectamente las necesidades de él y sus hijos. Reconfortado con estos pensamientos, Andrés llamó a su casa y habló con Pilar. Los críos estaban mejor, dando guerra, y discutían por ver quien hablaba primero con él por teléfono. Fue Cristina quien, con su lengua de trapo, le dijo que ya estaba “muy buena”. Casi de inmediato, Javier le arrancó el teléfono de las manos a su hermana y le preguntó a su padre que cuándo iba a llegar a casa. Tras la breve conversación, Andrés se fue despidiendo de todos los miembros de su familia, y en cuanto colgó el teléfono empezó a escribir a Sara.

Encabezó su carta diciéndole que había recibido su correo con gran alegría y que si no había encontrado su número en la guía, era porque el teléfono estaba a nombre su mujer, “que es quien más lo usa”. Añadió: “No quiero molestarte con mis escritos pues supongo que tu tiempo es escaso y tienes cosas más importantes a las que dedicarte. Por eso, si no te importa, te enviaré de vez en cuando algunas de mis reflexiones y preocupaciones vitales que quizás te enriquezcan aportándote un nuevo, y desde luego original, punto de vista sobre las más variadas cuestiones. En tu mano está decidir si me contestas o no, pero yo creo que podemos enriquecernos ambos al mantener esta correspondencia. En cuanto a lo de vernos, no creo que sea buena idea. Mi cerebro prefiere contactar con otros cerebros sin la distorsión que producen los filtros corporales. Yo prefiero la comunicación directa cerebro a cerebro. El resto del cuerpo es un accidente de la persona, y por eso no me importa en absoluto. Internet se presta perfectamente a este tipo de comunicación. Por eso, si no te importa, deseo seguir en el anonimato. Creo que así se gana en objetividad, frescura y magia. Para que me vayas conociendo te diré que soy excesivamente racional, pero no quiero ser de otra manera. A lo largo de mi

vida he tocado muchos palillos, pero con lo único que me he quedado después de todo es con mi mente, que es la mejor herramienta que me ha dado la naturaleza. Nada de dogmas de fe, soy cartesiano puro. Mi mente es mi guía y en sus potencias (inteligencia, sentido común, conciencia y sentimientos) confío ciegamente”. Andrés se detuvo un momento y releyó lo que llevaba escrito. Se quitó las gafas y reflexionó un instante sobre si debía o no continuar con la definición de sí mismo. Quizás quedaba un poco pretencioso tan pronto, y pensó si no sería conveniente dejar esa definición para otra carta posterior. Sin embargo, si quería que Sara le respondiera, ya que no había aceptado su cita, debía decirle, al menos, algo relacionado con su forma de ser. Si no, corría el riesgo de que ella no tuviera ningún interés en contestarle y se rompiera la comunicación. Pensó que en realidad los contactos virtuales no dejaban de ser un juego para él. Un juego sin riesgos porque no afectaban a su vida familiar y cotidiana. Posiblemente a su mujer no le gustaría saber que no era ésta la primera vez que se dirigía a otras mujeres con el ánimo de establecer un contacto virtual. Incluso había mandado correos electrónicos, de contenido erótico, a algunas compañeras de la Universidad, pero no era nada serio. Sólo un juego inocente con el ánimo de entretenerse. Pero en este caso era distinto porque se trataba de una persona a la que admiraba mucho y a la que le gustaría conocer realmente. Por eso, aunque se tratase de un juego, no podía subestimar a Sara, y decidió continuar con su propia descripción.

“Actúo según los dictados de mi conciencia –escribió- a los demás los puedo engañar, pero a mi conciencia no. Ella es mi mejor juez. Teniendo mi conciencia tranquila soy feliz y siempre lo he sido. Si decides contestarme, te enviaré un monográfico sobre lo que yo pienso de la felicidad. Te adelanto que el mayor pecado que puede cometer una persona es no ser feliz. Aunque, como decía Unamuno, la ventaja de no ser feliz es que se puede desear la felicidad. Mi racionalismo me lleva a querer conocer sólo la esencia de las

personas, sin reparar en su físico ni en su condición social o económica. Por eso prefiero que no nos conozcamos personalmente. Quizás si así lo hacemos, lleguemos a conocernos realmente. De todas maneras, puede que algún día lejano nos tomemos unos vinos. Con relación a tu relato “La Entrevista”, no puedo desvelarte cómo ha llegado a mis manos, porque si lo hiciera acabaría descubriendo mi identidad. Sólo puedo decirte que cuando lo encontré y lo leí me encantó. Fue una delicia leer este relato surrealista, con un hilo argumental consistente, sostenido y muy bien desarrollado, con una maravillosa descripción ambiental, con suspense y con todas sus partes bien imbricadas. Tiene fondo y forma. Tu azoriniana manera de contar prende desde el primer momento”. Andrés volvió a releer la carta antes de despedirse de Sara y finalmente le dijo: “Esperaré con impaciencia tu contestación. No es fácil encontrar personas inteligentes con las que poder mantener una comunicación. No me gusta conocer nueva gente por la superficialidad de estos conocimientos, pero creo que contigo puedo comunicarme de tú a tú. He encontrado muy poca gente con quien pueda hacerlo, mi comunicación con el resto de las personas es de arriba abajo; es decir, no existe o se limita a la banalidad. Sin embargo creo que establecer una relación virtual contigo es algo que puede enriquecernos a ambos”.

Andrés se sintió contento después de escribir a Sara. Archivó la carta en el ordenador y resolvió que se la mandaría esa misma tarde, cuando volviera al despacho después de haber almorzado en el comedor universitario. Esa tarde tenía una reunión de departamento, que se iba a prolongar porque tratarían varios temas conflictivos, pero antes de marcharse a casa pasaría por el despacho y enviaría la carta a Sara. Por unos momentos se detuvo a pensar en la persona que había llevado hasta él el relato de Sara. Seguramente había sido el destino el que había intervenido para que ese cuento llegase a sus manos. Se lo había regalado en las últimas navidades Julia, una antigua alumna suya de



la que Andrés se había enamorado, hacía un par de años, como un auténtico colegial, llegando a mantener con ella una relación clandestina que sólo duró unos meses y que ni siquiera llegaron a consumir. Desde que se había casado con Pilar, era la primera vez que le pasaba una cosa así. La libido se le puso como a un adolescente repleto de hormonas y sólo pensaba en ver a su alumna y en acostarse con ella. Sin embargo no llegaron a hacerlo. Sus escarceos amorosos no pasaron de apasionados besos y abrazos, amparados en la nocturnidad y en la intimidad que les proporcionaba el asiento trasero de su coche, aparcado en cualquier descampado de la ciudad. Ella era 20 años más joven que Andrés, estaba casada y tenía una hija de dos años. Él acababa de ser padre de los mellizos y ninguno de los dos estaba dispuesto a disolver su matrimonio. Por eso decidieron de mutuo acuerdo dejar de verse. Sin embargo, Andrés se quedó un tanto perplejo con aquella relación ya que nunca llegó a saber si se había reducido a una simple atracción sexual, o si realmente llegó a amar a Julia. Como no se había acostado con ella, Andrés nunca llegó a considerar que aquella aventura hubiera supuesto una infidelidad hacia su mujer. Pasado el tiempo, se sorprendió mucho cuando en las pasadas navidades, el mismo día en que daban las vacaciones, Julia se presentó en su despacho para regalarle el relato de Sara. Su antigua alumna estaba embarazada y a punto de parir a su segundo hijo. Ambos se comunicaron mutuamente que estaban bien y que eran felices en sus matrimonios. Julia le dijo que sólo había pasado por allí para darle un relato de Sara Bermúdez que, según ella creía, era inédito. El relato en cuestión estaba, junto con otros, en una carpeta que ella descubrió revolviendo viejos libros en una caseta de la Cuesta de Moyano. Al ver este relato, y conociendo la admiración que Andrés sentía por esta escritora, decidió comprarlo y regalárselo. Era curioso, pensó Andrés, que hubiera sido precisamente Julia la que le había llevado el relato de Sara, después de tanto tiempo sin verse y sin saber nada el uno del otro.

Fue un tiempo después de tener el cuento en su poder cuando decidió que se pondría en contacto con la escritora para devolvérselo. Este relato no figuraba en el libro que ella había publicado bajo el título: “Cuentos para lunáticos”. Esto le hizo pensar que quizás a Sara no le gustase, y por eso no lo había incluido en ese volumen, o que podría haberlo perdido. Cuando Andrés lo leyó le gustó mucho y mandó que lo encuadernasen y que hicieran dos copias. Fue al tener entre sus manos los dos libritos de tapas rojas cuando ya no tuvo ninguna duda de que uno de ellos se lo regalaría a Sara. Pensó mucho cómo hacerlo para que ese primer contacto con la escritora pudiera tener continuidad. Al principio decidió citarse con ella y darle el regalo, pero luego descartó hacerlo de ese modo. Si lo hacía así, sería difícil que volvieran a verse, por eso tomó la determinación de empezar a escribirle, y luego mandarle el libro a su casa. De esta forma, Andrés pensaba que podrían mantener una comunicación virtual, sin necesidad de verse y sin que afectase a su vida familiar y cotidiana.

Mientras desconectaba el ordenador y se ponía el abrigo para salir a comer, Andrés pensó si lo que le pasaba en realidad es que tenía miedo de ver a Sara. Caminando por el campus hacia el comedor universitario, se preguntó en su fuero interno si, ahora que ya le había mandado el librito y había tenido contestación por parte de la escritora, no sería el miedo la verdadera razón por la que no quería acudir a la cita con ella. Miedo a enamorarse, a que le ocurriera lo mismo que le pasó con Julia. Pero no, subiéndose el cuello del chambergo y apretando el paso, Andrés decidió que era sólo la admiración intelectual que sentía por Sara lo que le impulsaba a contactar con ella. Lo que él quería era una comunicación de cerebro a cerebro, sin ningún tipo de implicación física o emocional. Ya que era sólo en el plano mental en el que él experimentaba sus mayores carencias. A otros niveles, su mujer y sus hijos

satisfacían todas sus necesidades. Pensando en su familia, Andrés sonrió y se sintió un hombre muy afortunado al poder llevar una vida tan satisfecha y feliz.

## **Capítulo IX**

Sara estuvo todo el domingo pendiente del teléfono. El sábado por la tarde, cuando volvió de comer con Carlos en un restaurante que habían abierto recientemente cerca de la urbanización, subió hasta la buhardilla y desde su estudio escribió la primera carta a Andrés proponiéndole una cita, para lo que le facilitó el número de su teléfono móvil. El resto del día transcurrió con mucha tranquilidad. Habló con su hijo por teléfono, y éste le dijo que ya no iría a Madrid hasta las vacaciones de Semana Santa. Leyó los periódicos un rato y después de tomar una cena ligera se quedó dormida en el sofá mientras Carlos veía en la televisión una película de ciencia ficción que había sacado del video-club. Antes de que terminase la cinta, Sara se despidió de su marido y subió a su habitación para seguir durmiendo en la cama, cosa que hizo nada más acostarse. Cuando se levantó el domingo, lo primero que hizo fue conectar su teléfono móvil para ver si tenía algún mensaje. Sólo había uno de su madre, dejado la noche anterior, en el que le decía que cuando pudiera la llamase. Desde la mañana del viernes Sara no había vuelto a hablar con ella y se sintió un poco culpable por no haberla llamado después de haber ido ese día a visitar a su hermana. Pensó que la llamaría más tarde, y dejó el móvil conectado. Normalmente los domingos desconectaba el teléfono. Carlos estaba en casa y si Rodrigo quería hablar llamaba al fijo. Sin embargo, ese día lo dejó conectado por si el tal Andrés Salinas la llamaba después de recibir su carta. Sara le había remitido su escrito a la misma dirección de correo

electrónico que él había utilizado para ponerse en contacto con ella. Pero como era uno de esos correos gratuitos, no sabía si él podría acceder a Internet un domingo desde su casa, o si sólo podría hacerlo desde el trabajo –fuera el que fuera- en cuyo caso no vería su carta hasta el lunes. Como no tenía ni idea de cual era la situación de su comunicante, por si acaso, Sara dejó conectado el aparato y estuvo todo el tiempo pendiente de él. Mientras preparaba la comida lo tuvo en la cocina. Cuando salió al jardín para barrer las hojas caídas, se metió el teléfono en el bolsillo de arriba de la camisa de cuadros verdes que llevaba puesta sobre una camiseta blanca. Cuando se fue al patio a tender la ropa, lo dejó en el poyete de una ventana, junto a las pinzas, y cuando Carlos y ella se sentaron a la mesa para comer, lo depositó sobre el mueble del salón. Ambos comían en silencio viendo el telediario cuando su marido lo rompió para preguntarle:

- ¿Esperas alguna llamada importante?.

Sara notó cómo el sofoco le subía a la cara y respondió:

- No, ¿por qué?.

- Como llevas toda la mañana sin separarte del teléfono móvil, dijo Carlos.

- Ah, no –acertó a balbucear Sara- es sólo por si me llama mi madre. Como está tan preocupada con la separación de Carmen..., añadió a modo de explicación.

- Ya, concluyó Carlos buscando con su mirada la de su mujer, mientras Sara bajaba la cabeza, para observar con repentino interés lo que tenía en el plato. Ya no volvieron a hablar durante toda la comida y cuando terminaron de tomar el café Sara le dijo a Carlos, que dormitaba en el sofá, que se subía a su estudio porque iba a intentar escribir un rato. Antes de hacerlo volvió a coger el teléfono móvil y se encaminó por las escaleras hacia la buhardilla. Al llegar allí cerró la puerta y resopló con fuerza, dejándose caer en el sofá. El sol entraba a raudales por las ventanas situadas en el techo y la estancia se

mostraba cálida y luminosa. Sara pensó que ese era su santuario, su refugio, y que podría vivir en esa pieza durante todos los días que le quedasen de vida, saliendo sólo para cubrir sus necesidades mínimas: ir al baño y comer. El resto de la casa le sobraba. Allí, entre esas cuatro paredes estaba su vida. O quizás su ausencia de vida. Contempló el polvillo que se desprendía de los rayos de sol derramándose por la estancia y volvió a pensar en su desconocido comunicante. Era ridículo que no le hubiera dicho nada a Carlos sobre el regalo que éste le había hecho llegar de su relato encuadernado, ni sobre sus cartas. No había ninguna razón para ocultarle nada a su marido. No se trataba de ningún amante. Era sólo alguien que la admiraba como escritora y nada más. Seguro que tenía 90 años. O aún peor, seguro que era uno de esos jovencitos que se pasan todo el día enganchados a Internet, chateando y contando mentiras sobre su edad y sobre todo lo demás. También podía ser que Andrés Salinas fuera el seudónimo que utilizaba alguien conocido, que quería gastarle una broma. O incluso podía ser algún periodista listillo que pretendía hacer un reportaje a costa de mantener el anonimato y de ganarse su confianza. Molesta con sus propios pensamientos, Sara se levantó del sofá y puso en la minicadena de música un CD que le gustaba mucho: “Après la pluie”. Escuchando en el piano los acordes de esta melodía, que siempre le inundaba el alma con sentimientos de soledad y tristeza, Sara fue consciente, por primera vez en mucho tiempo, de hasta qué punto tenía necesidad de comunicarse con alguien a un nivel profundo, alejándose de la superficialidad de sus escasos contactos cotidianos. También se dio cuenta de cómo había estado todo el día esclava del teléfono, esperando la llamada de un desconocido. Enfurecida consigo misma, decidió que no iba a permitir que nadie se aprovechara de esa necesidad de comunicación que ella tenía. Con gesto violento agarró el teléfono móvil, lo desconectó y lo arrojó al otro lado del sofá donde estaba sentada, al tiempo que las lágrimas acudían a sus ojos.

Lloró con tristeza durante un buen rato, mientras seguía escuchando la música de Iti Satie. Al cabo de unos minutos, mucho más tranquila, volvió a coger el teléfono móvil, lo conectó y marcó el número de su madre. Esta descolgó enseguida y al identificar la voz de su hija mayor, casi sin darle tiempo a decir nada, le preguntó:

-¿Cómo encontraste el viernes a Carmen? Me tiene muy preocupada, ayer estuvo aquí en casa y la vi muy deprimida.

-No te preocupes, mamá, Carmen está atravesando un mal momento, pero se le pasará. El tiempo lo cura todo. Es normal que ahora se encuentre deprimida, pero yo creo que cuando se le pase el dolor que siente ahora, se dará cuenta de la suerte que ha tenido. Porque no nos engañemos, Miguel siempre ha sido un gilipollas.

-Hija, no digas eso. Por muy gilipollas que fuera, era su marido, y para una mujer no hay desgracia mayor que la de ser abandonada por su marido.

-Mamá, por favor, no seas patética. La situación no es tan dramática como la pintas. No tenían hijos, y Carmen es una abogada de prestigio. Una mujer con recursos que puede vivir perfectamente de su trabajo, sin necesidad de que ningún cretino con gomina y con pinta de chulo la mantenga. Además –añadió cada vez más indignada- ¿tú que sabes si la mayor desgracia que le puede pasar a una mujer es que la abandone su marido? ¿Acaso a ti te abandonó papá?

-Tu padre no me abandonó, pero cuando se murió yo aún le necesitaba. ¿Qué sabes tú de lo que yo sufrí entonces?

Las palabras de su madre se clavaron como una flecha envenenada en el pecho de Sara. Por unos momentos se quedó callada y no supo qué responder.

Efectivamente, ¿qué sabía ella del sufrimiento de su madre? ¿Qué sabía realmente de Ana Martín? Siempre la había considerado como una persona fría, carente de sentimientos. Sin embargo debía tenerlos, todo el mundo los

tenía. Nunca se había parado a pensar en que su madre era ya una persona adulta, con una historia a sus espaldas, antes de que ella hubiera llegado al mundo. Como jamás la había visto derramar una lágrima cuando murió su padre, tampoco había pensado en la posibilidad de que quizás su madre lloraba por las noches, sobre la almohada, cuando se acostaba en una cama de matrimonio que se le debía antojar demasiado grande y fría. Tampoco había pensado nunca en las veces en que su madre se habría enamorado. Si había tenido algún amor antes de casarse con su padre, o si lo había tenido después, cuando se quedó viuda, o incluso durante su matrimonio. Sara sintió una dolorosa punzada en el pecho al darse cuenta de que, en realidad, no sabía nada de su madre. Fue la voz de ésta la que la arrancó de sus pensamientos.

- Sara, ¿estás ahí?

- Sí mamá –dijo procurando reaccionar- y te repito que no debes preocuparte por Carmen y, sobre todo, no debes dramatizar. Esto es algo por lo que tiene que pasar ella sola, pero nosotras podemos ayudarla quitándole importancia al asunto. Hoy en día muchísimos matrimonios se separan y no pasa nada.

- Ya lo sé, hija, pero eso es algo que yo no entiendo. En mis tiempos...

- Tus tiempos ya pasaron –la interrumpió Sara- ahora son otros tiempos y éstos son los que nos toca vivir.

- Ya –insistió su madre- pero es que ahora tenéis muy poco aguante y...

- Mamá –la cortó Sara de nuevo- que estos tiempos no son mejores ni peores, sólo son distintos, y en el fondo las preocupaciones vitales siguen siendo las mismas.

Su madre cambió repentinamente de asunto y le preguntó por Rodrigo. Sara le dijo que estaba bien, y ambas quedaron en que se llamarían a lo largo de la semana siguiente. Su madre sugirió que podían quedar un día para comer con Carmen, si ésta no estaba muy ocupada, y se despidieron. Al colgar el teléfono, Sara aún se sentía afectada por la conversación que acababa de



mantener con su madre. Aunque todavía había luz natural, los rayos de sol habían dejado de entrar por las ventanas del techo. Sara se levantó del sofá y tocó el radiador de la calefacción. Estaba muy caliente y retiró rápidamente la mano para no quemarse, sin embargo ella tenía frío. Encendió el flexo que había en la mesa, junto al ordenador, y se tumbó nuevamente en el sofá tapándose con una pequeña manta beige que había en el respaldo. Respiró profundamente con los ojos cerrados e intentó no pensar en nada. Pero en su mente no dejaban de resonar las palabras que un rato antes le había dicho su madre: “¿Qué sabes tú de lo que yo sufrí entonces?”. Y así era, ella no sabía nada de lo que su madre sufrió entonces. Y tampoco sabía nada del sufrimiento que ahora podía estar experimentando su hermana. Y ellas también ignoraban lo que Sara estaba sufriendo en estos momentos. Carmen y su madre eran su familia, pero también eran personas extrañas. Estaban unidas por lazos de sangre, pero eran unas perfectas desconocidas. Como desconocido era su marido, que estaba abajo, ajeno a las preocupaciones de Sara. Y como desconocido era también su hijo, para Carlos y para ella. Y ellos, sus padres, eran igualmente desconocidos y extraños para Rodrigo. Hasta hacía poco habían vivido los tres bajo el mismo techo, y sin embargo cada uno ignoraba casi todo lo que afectaba a los otros. Estos pensamientos hicieron que Sara sintiera más frío. Encogió las piernas y se arrebujó bajo la manta, pero no consiguió entrar en calor. Un aire helado se había instalado en su pecho. Continuó con los ojos cerrados, y poco a poco empezaron a desfilar paisajes extraños por su mente. Mientras se adentraba en ellos, su estudio se desdibujaba y perdía consistencia en medio de esos lugares desconocidos. Finalmente se quedó profundamente dormida.

Cuando abrió nuevamente los ojos tardó unos momentos en averiguar dónde estaba. La primera imagen familiar que reconoció fue el rostro de su marido que estaba inclinado hacia ella. Sara hizo ademán de mirarse el reloj,

pero Carlos, sin levantar la voz para no alterarla, le informó de que eran más de la diez. Subió a avisarla por si se había quedado dormida. Después de desperezarse, Sara se levantó del sofá, apagó la luz del flexo y bajó con su marido hasta la cocina. Él se ofreció a preparar la cena, pero Sara le respondió que preparase sólo la suya, porque ella no tenía hambre y sólo iba a tomar un yogur. Carlos se preparó un Itimátu, abrió una cerveza y ambos se trasladaron al salón para cenar, mientras veían la televisión. Hablaron de la posibilidad de ir un fin de semana a Barcelona, ya que Rodrigo les había dicho que no bajaría a Madrid hasta las vacaciones de Semana Santa. Carlos comentó los fallos que tenían varios anuncios que emitían por televisión, realizados por agencias publicitarias de la competencia, y Sara recordó que estaban a punto de pasar por el banco los seguros de los coches y había que revisar el saldo por si era insuficiente para pagarlos. Después, sus voces se apagaron, las del televisor cobraron vida, y el silencio se volvió a instalar entre ellos. Aunque no tenía sueño, Sara se encontraba cansada y le dijo a Carlos que se iba a la cama. Este le respondió que también él subiría enseguida. Cuando estaba poniéndose el camisón, se acordó de que había dejado el teléfono móvil en su estudio. Subió hasta la buhardilla y comprobó si tenía alguna llamada perdida o algún mensaje, pero no había nada. Volvió a irritarse consigo misma por estar pendiente de la llamada de un desconocido. Desconectó el aparato y puso a recargar la batería. Titubeó un momento y, antes de bajarse, conectó el ordenador, abrió un archivo y releyó las dos cartas que le había enviado Andrés Salinas. También volvió a leer la que ella le había remitido el día anterior, y supuso que cuando éste no la había llamado era porque aún no la había visto. Un poco más tranquila, pensó que seguramente la vería al día siguiente. Apagó el ordenador, cerró la puerta del estudio y regresó al dormitorio. Cuando llegó, su marido ya estaba metido en la cama leyendo, y ella se acostó a su lado. Aunque era una lectora

empedernida, no se molestó en coger ningún libro porque en los meses que llevaba sin poder escribir, tampoco había podido concentrarse en ninguna lectura. Durante el tiempo que duraba la escritura de sus novelas o relatos, Sara no se permitía leer las novelas o relatos de otros autores, para que no interfirieran en su proceso de creación, y para no dejarse influir por los estilos de otros escritores. Cuando estaba escribiendo sólo leía ensayos pero ahora, no sólo no podía escribir, sino que tampoco podía leer nada. Viendo a Carlos enfrascado en su lectura y ausente, allí a su lado, Sara se sintió muy sola. De improviso, como si no fuera ella la que pronunciaba las palabras, se sorprendió preguntando a su marido:

- ¿Tú me quieres?

Con cara de sorpresa, Carlos la miró, dejó el libro sobre su mesilla de noche y al tiempo que la abrazaba le respondió:

- Pues claro que te quiero. ¿A qué viene esa pregunta?

Sara no contestó y se apretó contra su pecho, necesitaba sentir calor humano. Carlos respondió a su abrazo estrechándola aún más y empezó a besarla en los labios, en los párpados, en el cuello. Ella sintió entre sus muslos el sexo de su marido, y notó cómo empezaba a crecer. Experimentó una gran excitación y respondió a sus caricias. Antes de que quisieran darse cuenta estaban desnudos y haciendo el amor, con una pasión de la que no habían gozado hacía mucho tiempo. Al terminar, apagaron la luz y se quedaron abrazados sin ponerse los pijamas, y durmieron plácidamente hasta la mañana siguiente.

El lunes amaneció frío y nublado, y Sara permaneció en la cama hasta que escuchó cómo se cerraba la puerta de la cochera, después de que Carlos sacase su coche para marcharse a la agencia. Antes de irse se despidió de ella hasta la noche y le deseó que pasase un buen día. Ella le comentó que quizás se fuera al centro de compras, y a ver libros, que era una de sus ocupaciones favoritas. Cuando estuvo segura de que su marido se había ido, Sara se calzó

las zapatillas, se puso la bata, y se dirigió a su estudio para conectar el teléfono móvil y ver si tenía algún mensaje de Andrés Salinas. Pero no había nada. Miró el reloj, vio que sólo eran las nueve y media de la mañana, y pensó que aún era demasiado temprano para tener una respuesta a su carta. Como no quería quedarse toda la mañana pendiente del teléfono, se dispuso para salir lo antes posible. Después de ducharse y vestirse rápidamente, llamó al supermercado para hacer un pedido. El lunes era el día en que María iba a su casa para hacer la limpieza semanal, y normalmente Sara se marchaba para no obstaculizar y porque le ponía nerviosa ver la casa patas arriba mientras limpiaban. Como siempre, María llegó puntual a las diez y Sara le comentó que debía recoger un pedido que iban a traer del supermercado. También le indicó la ropa que debía planchar cuando terminase la limpieza, y le pagó por adelantado las horas que ésta iba a emplear ese día en hacer todas las tareas domésticas que le había encomendado. María llevaba ya diez años yendo a su casa a limpiar, y era de toda confianza, discreta, eficiente, y muy buena persona. También limpiaba en casa de su madre. El marido de su asistenta había sido albañil y murió de un accidente laboral. Cuando ésta se quedó viuda, con sólo 40 años, no tuvo más remedio que empezar a echar horas por las casas para poder salir adelante, ya que con la escasa pensión que le había quedado no tenía suficiente para mantenerse ella y sus dos hijos. Ahora, después de tanto tiempo, María era ya casi de la familia. Cuando Sara dispuso todo lo que había que hacer, decidió que no tenía ganas de conducir, y se fue caminando hasta la estación de metro más próxima para dirigirse hacia el centro. Después de un transbordo se bajó en Sol y desde allí se fue hacia la Fnac. Subió por las escaleras mecánicas directamente hasta la última planta y durante más de dos horas estuvo hojeando libros. Buscó en las estanterías por autores para ver si estaban los suyos, y los encontró. Satisfecha, recorrió toda la planta de punta y a punta y se fue deteniendo en todas las secciones. En

realidad no buscaba nada concreto, sólo le gustaba estar allí entre libros. Le gustaba verlos, tocarlos, incluso olerlos. Siempre que entraba a una librería recordaba la frase de Borges que Inés, su agente literario, tenía puesta en la sala de espera: “Yo que me figuraba el paraíso bajo la especie de una biblioteca”. A ella le pasaba algo parecido. Había pocos lugares en el mundo en los que Sara pudiera disfrutar más que rodeada de libros, que abría, cogía, dejaba y volvía a coger, leyendo al azar frases sueltas o, en algunos casos, páginas enteras. Cuando terminó de visitar la Fnac, donde compró un libro de Itimátum publicitario para Carlos, y otro de poesía de José Hierro para ella, se encaminó hacia la Casa del Libro, donde volvió a recorrer las distintas plantas y adquirió un diccionario de sinónimos en CD. Casi sin darse cuenta se le hizo la hora de comer, y se marchó dando un paseo hacia la Cuesta de Moyano. Pero cuando llegó la mayoría de las casetas estaban cerradas. Mientras las abrían otra vez, se compró un bocadillo en un bar de Atocha, y se dirigió hacia el parque del Retiro. Aunque hacía frío, se sentó en un banco para comérselo, y mientras lo hacía sonó su teléfono móvil. Sobresaltada y nerviosa lo sacó del bolso, pensando que podía ser Andrés Salinas. Pero no era él, era Carlos. Un poco decepcionada, habló brevemente con su marido, que estaba a punto de irse a una comida de negocios. Al colgar, paseó un rato por el Retiro, muy solitario a esas horas, y después se metió en una cafetería para tomar un café caliente y entrar un poco en calor, porque se había quedado helada. Estuvo allí hasta que supuso que ya habrían vuelto a abrir las casetas de la Cuesta de Moyano, pero cuando regresó hasta ellas, la mayoría estaban aún cerradas. Miró los libros en las que pudo y, un poco mareada, decidió pasear un rato y luego volver a coger el metro para regresar a su casa. La tarde estaba ya muy avanzada cuando Sara llegó al chalet donde vivía. Conforme había ido transcurriendo el día, su ánimo había ido decayendo. Y aunque no quería confesárselo abiertamente, sabía sin ninguna duda que era porque no

había recibido la llamada que esperaba. Con pocas ganas, revisó en la cocina si le habían traído todo lo que pidió al supermercado, y después colocó en los armarios la ropa que María había planchado. Cuando no tuvo nada más que hacer subió a su estudio y, por inercia, encendió el ordenador. Al abrir su correo electrónico, le dio un vuelco el corazón. Tenía una carta de Andrés Salinas Torres.

## **Capítulo X**

Después de esa carta que recibió Sara, vendrían muchas más. Andrés y ella continuaron escribiéndose prácticamente a diario. Aunque a Sara seguía sin gustarle la idea de mantener correspondencia con un desconocido, accedió a la propuesta que le hizo Andrés de escribirse a través del correo electrónico, de forma continuada. Los temas que trataban en sus cartas eran múltiples y variados. Durante todo ese mes de marzo y parte del de abril, hasta que Andrés se marchó con su familia de vacaciones de Semana Santa, el cruce de cartas fue intenso, y siempre con descansos durante los fines de semana por parte de él. Como Andrés no tenía Internet en su casa, interrumpía la comunicación los viernes para volver a reanudarla los lunes. Sara, sin embargo, no dejaba de escribirle ningún día, por lo que algunos lunes Andrés llegaba a encontrarse hasta tres cartas de ella, que se apresuraba a responder en cuanto su trabajo se lo permitía. Algunas tardes, sin tener que hacerlo, Andrés se quedaba en la Universidad sólo para escribir a Sara. En los primeros escritos, cada uno contaba al otro datos sobre su vida, sus gustos y disgustos, o sobre anécdotas que les habían ocurrido. De esta forma iban profundizando en su mutuo conocimiento. Sara le contó a Andrés que cuando era pequeña fue a un colegio de monjas y ella también quería llegar a serlo. Pero no monja de las que se dedicaban a la enseñanza, sino de las que se iban al Congo belga a convertir negritos. El le respondió que, de joven, también había pensado hacerse cura. “Hasta hice sus cursillos en El Molino, en Segovia –le contó-

pero el destino no me llamó para eso pues sólo me llevé unos pantalones, los puestos, y el mismo día que llegué se me rompió la cremallera al ir a orinar. De manera que ya no me la pude subir y pasé toda la semana con la bragueta abierta, tapándomela ora con la biblia ora con el misal, en los paseos peripatéticos, y con la servilleta en el comedor. Las pasé putas”. Sara disfrutó mucho con esta anécdota y, por su parte, le contó cómo se le había olvidado el monólogo que debía interpretar cuando se examinó para el ingreso en la Escuela de Arte Dramático. En sus cartas tampoco faltaban los comentarios sobre la situación política del país, y sobre los atentados terroristas. Andrés le confesó que antes de morir Franco había estado afiliado a Comisiones Obreras, pero se dio de baja de este sindicato cuando en una asamblea oyó decir que “había que cortar cabezas”. También le contó que en su día asistió a la presentación del PCE con Carrillo, Sánchez Montero, Gallego, Itimát... El, como otros asistentes, firmó un manifiesto de apoyo y los nombres salieron publicados en el ABC, con lo que Andrés estuvo a punto de perder su empleo.

En los escritos que intercambiaban, tampoco faltaban las recomendaciones mutuas y los comentarios sobre libros, escritores, filósofos y lecturas que habían tenido más o menos influencia en la forma que cada uno tenía de entender la vida. Este era, sin duda, uno de los aspectos más ricos de su correspondencia. Desde Spinoza, Giordano Bruno, Galileo, los estoicos Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, hasta García Márquez, Rilke, Gurdjieff, Carlos Castaneda y Borges, pasando por la poesía de León Felipe, Machado, Miguel Hernández, Baudelaire, Itimát o Neruda, entre otros, el universo filosófico y literario de ambos fue desgranándose en sucesivas cartas, hasta confluir en un lenguaje común que poco a poco los iba acercando y provocando una sintonía cada vez más intensa entre ellos. Así, al mismo tiempo que las cartas iba desvelándoles aspectos de sus vidas cotidianas, la continuada correspondencia entre ellos también iba afectando a su existencia.



Sobre todo en el caso de Sara. En una ocasión, Andrés le dijo que notaba como si ella tuviera cierta dependencia de sus escritos. “Quizás estás ávida de comunicación real –le escribió- pero aún así no debes tener apegos porque ya sabes que éstos conducen a la esclavitud”. A Sara le calaron muy hondo estas palabras de Andrés, porque habían dado de lleno en el blanco. Aunque no le gustaba reconocerlo, ella ya se había dado cuenta de que en las últimas semanas, desde que había empezado a cartearse con él, su vida entera giraba en torno a esa comunicación electrónica. Cuando se levantaba por las mañanas, lo primero que hacía era ir a conectar el ordenador para ver si había llegado su correo. Si no era así, se sentía muy inquieta hasta que la carta llegaba y, rápidamente, se ponía a contestarle. En una ocasión, pasaron tres días laborables seguidos sin que le llegase ningún correo de Andrés. Durante todo ese tiempo, Sara estuvo malhumorada, inquieta, y con verdadera ansiedad. Las horas, del día y de la noche, pasaron para ella con mucha lentitud. Durante la madrugada del segundo día, Sara subió a su estudio, cuando comprobó que Carlos estaba profundamente dormido, para conectar el ordenador y ver si Andrés le había mandado alguna carta desde la última vez que había mirado, antes de acostarse. Cuando comprobó, una vez más, que no había llegado ningún escrito, de pronto tuvo una visión sobre sí misma que la hizo estremecerse. La luz de la luna entraba por las ventanas del techo, dando a la estancia un aspecto fantasmagórico. Y como si pudiera observarse desde fuera de su cuerpo, Sara se vio allí en plena noche, con el camisón puesto, descalza, y con una linterna en la mano, deambulando por la casa como si fuera una aparición. De forma inconsciente, sus ojos se posaron en el reloj que tenía junto al ordenador: eran las tres y diez minutos. Un sentimiento de irrealidad se apoderó de ella, y notó cómo el frío del suelo que le llegaba desde los pies, le subía por las piernas y se extendía por todo el cuerpo. Sólo fueron unos instantes, pero lo que Sara experimentó en esos momentos no lo

olvidaría nunca. La estancia desapareció de su vista y se vio con siete años en su dormitorio de la casa de sus padres. Estaba oscuro y ella gritaba con su voz infantil: “Papá, ven, que no me encuentro”. Su padre apareció con una linterna, pero no llevaba el pijama puesto, sino el traje gris oscuro y la corbata negra con que le amortajaron cuando murió. Hablando a la niña dijo: “He venido a llevarte a tu madre, pero no te preocupes porque la muerte no existe”. Mientras tenía aún en la retina la imagen de esa escena, Sara volvió a encontrarse en su estudio y con su voz de mujer adulta preguntó: “¿Papá?” Un líquido caliente empezó a deslizarse por sus muslos, piernas abajo, para ir a parar junto a sus pies. De forma involuntaria, sus ojos volvieron a posarse en el reloj. Seguían siendo las tres y diez, las agujas no se habían movido. La incongruencia de este hecho y la sensación de estar pisando agua caliente hicieron reaccionar a Sara. Miró al suelo y vio un charquito bajo sus pies. Aún tardó unos segundos en darse cuenta de que se había orinado. Sin comprender muy bien lo que estaba pasando, sintió un impulso y corrió escaleras abajo para refugiarse en su dormitorio. Al llegar, se acercó a su cama y escuchó cómo Carlos roncaba. Ella, con cuidado de no hacer ruido, abrió un cajón del armario y cogió a tientas un camisón limpio con el que pasó al cuarto de baño para lavarse y cambiarse. Cuando lo hubo hecho, no se atrevió a subir a su estudio de nuevo para apagar el ordenador, y tampoco bajó hasta el aseo para dejar el camisón en el cesto de la ropa sucia. Aún desconcertada y temblándole las piernas, Sara se metió en la cama y se encogió para entrar en calor. En esos momentos, como si alguien hubiera abierto una compuerta en su interior, empezó a llorar desconsoladamente hasta que poco a poco se durmió.

A la mañana siguiente se despertó antes que Carlos y se levantó. Después de calzarse las zapatillas y ponerse la bata, cogió el camisón sucio que había dejado en el suelo del cuarto de baño, bajó al aseo y lo metió en la

lavadora. Luego se encaminó a la cocina y preparó la cafetera. Mientras el café se hacía, cogió la fregona y subió a la buhardilla. El charco con su orina aún estaba ahí. Lo recogió y apagó el ordenador. Por unos momentos se quedó mirando fijamente al reloj, y vio cómo la manecilla del segundero giraba con normalidad. Abrió una de las ventanas del techo y el aire fresco de la mañana se coló por la habitación. Miró a su alrededor, y suspiró profundamente. A la luz del día la estancia le pareció tan familiar como siempre. Volvió a coger la fregona, cerró la puerta del estudio y bajó a la cocina. Al pasar por delante de su dormitorio, vio que la cama estaba vacía y oyó la ducha en el baño. Carlos ya se había levantado. Mientras preparaba el desayuno, Sara decidió que no le diría nada de lo que había pasado la noche anterior. En realidad, ella tampoco podía explicar qué es lo que podía haber sucedido, así que no tenía nada que contar. Sin embargo, la visión que había tenido fue tan vívida, que aún estaba impresionada. Cuando Carlos bajó a la cocina, ella intentó disimular su estado de ánimo y ambos desayunaron juntos. Rara vez lo hacían y Sara notó que a su marido le gustaba, porque éste se mostró muy animoso y de buen humor. Hablaron del tiempo que hacía y otras cosas intrascendentes. Para corresponderle, ella salió hasta el jardín y le dijo adiós con la mano mientras Carlos se alejaba con su coche. Cuando le vio doblar por la esquina, sintió un gran alivio porque lo que realmente deseaba era quedarse sola para pensar sobre la experiencia de la noche anterior, y también para decidir qué iba a hacer con Andrés. Subió a su estudio, puso en la minicadena un CD de música celta, y pensó que no podía permitirse el grado de dependencia que estaba experimentando con respecto a las cartas de Andrés. Ya instalada en el pequeño sofá, Sara se dijo a sí misma que, si de algo había huido durante toda su vida, era del tipo de apegos que dejaba a las mujeres sin energía, sin autoestima y sin ganas de vivir cada vez que tenían alguna ruptura sentimental. La dependencia económica que durante siglos habían tenido las

mujeres de sus maridos, era algo que a ella le sacaba de quicio. Pero aún le irritaba más su apego emocional. Recién iniciado el siglo XXI, la servidumbre económica estaba bastante superada, porque ya la mayoría de las mujeres trabajaban fuera del hogar. Sin embargo, la dependencia emocional seguía perviviendo, incluso en el caso de mujeres que tenían una mejor situación profesional y social que sus maridos. Ahí estaba el ejemplo de su hermana – pensó- una mujer inteligente, muy preparada en su trabajo y que, sin embargo, estaba totalmente destrozada desde que el cretino de su marido, que no le llegaba ni a la suela del zapato, la había abandonado. Tenía cierta lógica que su madre pensase que lo peor que le puede pasar a una mujer en la vida es que su marido la deje. En la época de su madre las mujeres dependían totalmente de sus maridos, pero ahora ya no era así. Ahora, el que un matrimonio se deshiciera podía causar sufrimiento a cualquiera de las dos personas que lo integraban, eso era lógico. Pero lo que ya no le parecía normal es que la mujer se quedase reducida a la condición de piltrafa, sólo porque su marido se había ido con otra más joven. “Menos mal que Carmen no ha tenido hijos –dijo en voz alta– si no hubiera sido aún peor”. El sonido de sus palabras le hizo detenerse en su argumentación mental, y darse cuenta de cómo había empezado a reflexionar sobre su propia dependencia de las cartas de Andrés, para terminar haciéndolo sobre la separación de su hermana. Sara pensó que todos tenemos mucha facilidad para engañarnos, para desviar nuestros problemas hacia otros objetivos, con tal de no enfrentarnos a ellos. “Pero yo no quiero engañarme”, volvió a decir en voz alta como si hablase con alguien. “Yo no puedo pasar los días como estos dos últimos que he pasado, esperando una carta de alguien a quien ni siquiera conozco”. Sin embargo, aunque no lo había visto nunca, tuvo que reconocer que Andrés se había convertido en una persona muy importante en su vida. Y tuvo que admitir que, a través de la escritura, había conseguido un grado de sintonía y de intimidad con él, que no

tenía con ninguna otra persona. Ni siquiera con su marido. A Sara le dolía reconocer esto porque ella quería a Carlos, de eso no tenía ninguna duda. “Pero también quiero a Andrés”, dijo, volviendo a dar voz a sus más íntimos pensamientos. Al escuchar sus propias palabras se asustó. Ella no había querido decir eso, era como si otra persona hubiera hablado en su lugar. Sin embargo, lo que había dicho era cierto: quería a Andrés. ¿Era ese realmente el problema? ¿Se estaba enamorando de alguien a quien no conocía personalmente? Sara se quedó muy impresionada por el cariz que estaban tomando sus pensamientos, y porque éstos habían adquirido vida propia. A regañadientes, tuvo que admitir que algo había. Ella no estaba en condiciones de saber si a lo que sentía por Andrés se le podía llamar amor. Pero lo que era indudable es que entre ellos había nacido algún tipo de sentimiento. Y que su comunicación ya no se estaba desarrollando, como al principio, sólo en el plano mental, “de cerebro a cerebro”, como la hubiera definido Andrés, sino que ahora también se producía a nivel emocional. Al menos en el caso de Sara así era, pero ¿y en el de Andrés? Llevaba ya tres días sin recibir ninguna carta suya. En realidad era muy poco tiempo, pero a ella le estaba pareciendo un siglo porque ya no podía concebir su vida sin esa íntima comunicación que se había establecido entre ellos. Sara pensó que no podía engañarse, que no estaba dispuesta a hacerlo, y decidió que era hora de poner las cartas sobre la mesa y confesar a Andrés, con toda honestidad, lo que estaba pasando por su cabeza y también sus sentimientos. Sin pensarlo más, conectó el ordenador y se puso a escribirle. Le habló del apego que tenía a sus cartas, de cómo había luchado toda su vida por no tener ninguna dependencia emocional enfermiza hacia los hombres que había amado, incluyendo a su marido. Le explicó el papel tan importante que él estaba teniendo en su vida y, por último, le dijo que le quería y que deseaba verle. Porque, tal y como se había ido desarrollando la comunicación, y el nivel de sintonía e intimidad que se había

ido creando, ella no podía seguir pendiente del correo electrónico esperando recibir las cartas de alguien a quien no conocía personalmente. Después de escribir la carta y enviársela a Andrés, vía Internet, Sara experimentó un gran alivio. La opresión que en los últimos días había notado en el pecho desapareció por completo. Con repentino buen humor, decidió arreglar el jardín. Cuando llegó la hora de comer se fue a un restaurante chino que había en la urbanización donde vivía. Comió despacio con buen apetito, saboreando cada bocado. Después del café callejeó un poco por la zona, entrando en algunos comercios, aunque sin ánimo de adquirir nada. En uno de ellos se probó una camisa que, finalmente, compró. Cuando volvió a su casa empezó a ordenar cajones hasta que llegó Carlos. Cenaron temprano y ella se acostó pronto. La sensación de alivio interior que había experimentado al confesar sus sentimientos a Andrés, aún la acompañaba cuando el sueño la rindió.

La respuesta de Andrés no se hizo esperar. Cuando Sara miró el correo electrónico a la mañana siguiente, ya tenía una carta de él. En ella se disculpaba por no haberla escrito, ya que una infección en la garganta, acompañada de fiebre, le había mantenido en la cama durante los últimos tres días. A continuación le decía: “He leído tu última carta y como veo que estás preocupada te contesto rápidamente desde el trabajo, esta misma mañana, para tranquilizarte. Quiero decirte que eres una de las personas más maravillosas que he conocido en mi vida y que supones algo importantísimo para mí. Que estoy enriqueciéndome con tu amistad y que por nada del mundo voy a renunciar a ella. Te admiro profundísimamente y te quiero muchísimo más de lo que te imaginas. Día, noche y a medianoche pienso mil veces en ti. Cuando llego al trabajo y enciendo el ordenador, busco ansioso si hay algún mensaje tuyo, y mi corazón salta de alegría cuando lo hay y se arma de paciencia cuando no hay ninguno. Tus escritos me conmueven y calan profundamente en mi espíritu. A través de ellos he podido ver que eres una persona del año

4000 –yo sólo me considero del año 3000- así que sólo puedo estar honrado y agradecido por tu amor y tu preciada amistad; aunque creo que me estimas en más de lo que soy: un raro ejemplar humano con múltiples defectos”. Sara tuvo que interrumpir la lectura de la carta debido a la conmoción que sentía. No sabía si reír o llorar. Un aluvión de emociones se agolpaba en su pecho, y estaban a punto de hacerlo estallar. Necesitaba que el aire le entrase a bocanadas para no ahogarse, y necesitaba moverse. Se levantó de la silla, cogió un cojín que había sobre el sofá y empezó a apretarlo contra su regazo, al tiempo que se reía, lloraba y saltaba por toda la habitación. Cuando pudo contener una parte de la emoción que le desbordaba, volvió a sentarse y siguió leyendo la carta. Andrés le recordaba que, cuando empezaron a escribirse, él sólo quería compartir con ella pensamientos y sentimientos a nivel cerebral, por eso no necesitaba conocerla personalmente. “Pero ahora el campo se ha ampliado –añadía- y los sentimientos son reales. De los tres planos personales, intelectual, emotivo y físico, yo sólo aspiraba al primero y ya vamos por el segundo. No sé si esto será bueno, pero creo que es inevitable que nos conozcamos. Yo no quiero perderte por nada del mundo, por eso te confieso que estoy temeroso de que al conocernos personalmente se pierda la magia de nuestra comunicación”. Entre risas y lágrimas, Sara volvió a levantarse y dando rienda suelta a su alegría, gritó: “No se perderá Andrés”. Luego, hizo algo insólito en ella. Juntó las manos, las elevó hacia el cielo azul que se veía a través de la ventana del techo, y dijo: “Gracias Dios mío, gracias”

## **Capítulo XI**

Desde el día en que Andrés escribió a Sara aceptando una cita para conocerse personalmente, la vida de ésta dio un giro de 180 grados. Aparentemente, todo seguía igual; sin embargo Sara empezó a ver el mundo de otra manera. Con más optimismo y confianza en el futuro. De pronto, la sensación que venía arrastrando de que su vida estaba estancada, seca y sin emociones, dejó paso a una gran vitalidad y alegría interior, que impregnaba toda su existencia desde que se levantaba hasta que se acostaba. Durante los días siguientes a aquella carta, aún siguieron intercambiando mensajes a través del correo electrónico, hasta que Andrés le anunció que se iría a la playa con su familia, para pasar la Semana Santa, y a la vuelta podrían verse. Sara acogió esta noticia con gran entusiasmo. Aunque una sombra de duda empañaba su ánimo porque en las últimas cartas que habían intercambiado, Andrés siempre se había mostrado preocupado por si al conocerse personalmente se perdía la magia de su comunicación. Sara siempre le respondía que no había ningún motivo para ello. Pero Andrés volvía continuamente a mostrarle su intranquilidad, por si el contacto físico pudiera provocar zonas oscuras y distorsiones en la intimidad que habían logrado a través de la escritura.

En la última carta que recibió de Andrés antes de que se marchase de vacaciones, un comentario aparentemente intrascendente hizo meditar mucho a Sara sobre la personalidad de éste. Andrés le confesó que a él no le gustaba



nada la playa, y que hubiera preferido quedarse en Madrid durante la Semana Santa, pero que se marchaba para complacer a su mujer y a sus hijos. “Si ellos están contentos –le escribió- yo también lo estoy”. Durante el tiempo que llevaban intimando por escrito, Sara se había hecho una idea muy definida sobre qué era lo que pensaba y sentía Andrés. Pero a veces ese conocimiento profundo que ella creía tener sobre su auténtica personalidad, quedaba distorsionado por algunos comentarios que él le hacía. Y en especial cuando se refería a su familia. Al contrario que ella, Andrés nombraba en sus cartas a su mujer y a sus hijos pequeños con cierta frecuencia. Por una parte, siempre hablaba de la corta edad de los gemelos como si se tratase de un mérito suyo. Algo para destacar a sus 52 años de vida. En cuanto a su mujer, mantenía un discurso ambivalente. Cuando le contaba a Sara que ese día había comprado varios libros, añadía frases que no venían a cuento, tales como: “Mi mujer me va a matar”. Así daba a entender que los libros, algo esencial en la vida de Andrés, no interesaban para nada a su mujer. Cosa que llamaba mucho la atención de Sara, que no podía comprender cómo alguien de la valía intelectual de Andrés, podía estar casado con una mujer a la que no le gustase leer libros. En más de una ocasión, él le contó que apenas disponía de tiempo libre, porque era su mujer la que se lo organizaba y establecía lo que había que hacer cada día, desde el momento en que él salía del trabajo. También le dijo que se llevaba muy bien con ella, porque desde la separación de su primera mujer, nunca discutía con la actual y siempre hacía lo que ella quería. A Sara, todas estas confesiones de Andrés sobre su matrimonio le producían sentimientos encontrados, cuando no cierta irritación. En más de una ocasión se planteó que el conocimiento que ella tenía de Andrés a través de sus escritos, no se parecía en nada con la personalidad que, según el propio Andrés le contaba, éste tenía en la relación con su mujer. En algún momento de su correspondencia, Sara llegó a reflexionar si no existiría una falta de

coherencia en la vida de Andrés entre lo que pensaba y lo que hacía. O incluso si no se trataría de un caso de doble personalidad. Sin embargo, cuando llegaban estos pensamientos Sara los rechazaba de plano. Entre otras cosas, porque no estaba dispuesta a que ninguna sombra de duda le estropease la íntima sensación que tenía de haber encontrado a su alma gemela. A esa persona única con la que podía comunicarse a un nivel profundo, y con la que podía compartir sus más íntimos pensamientos y sentimientos. En aquellos momentos, la alegría y la vitalidad que experimentaba Sara se proyectaba hacia el exterior, lo ocupaba todo y abarcaba también a su vida cotidiana. Carlos se dio cuenta enseguida del cambio experimentado por su mujer, aunque no fue capaz de saber a qué se debía. Tampoco dedicó mucho tiempo a pensarlo. Se dio cuenta de que Sara se mostraba vital y contenta y se alegró por ello. En esa época él estaba desbordado de trabajo. Una vez pasada la penuria publicitaria que cada año seguía a las fiestas navideñas, la agencia se disponía a presentar a sus clientes las nuevas campañas de primavera, y este cometido le absorbía todo su tiempo y toda su energía. Así que se limitó a constatar el cambio de ánimo de su mujer, sin darle mayor importancia y sin preguntarle nada. Pensó que si no hubo ningún motivo para la apatía de Sara, tampoco tenía por qué haber ahora ninguno para su euforia.

En la última carta que Andrés le envió a Sara antes de irse a la playa, el martes 17 de abril, quedaron en verse una semana después, cuando él volviera, a las ocho de la tarde en el café Comercial de la glorieta de Bilbao. En esa carta, además de remitirle una receta de cocina para hacer un postre típico de esa época del año –cosa que desconcertó bastante a Sara- Andrés volvió a mostrarle su temor por si con el conocimiento personal se perdía la magia que habían logrado con la escritura. Las últimas frases de esa carta resonarían en la mente de Sara durante los próximos siete días: “Detrás de cada palabra que lea o escriba estarás tú. Sobre todas mis actividades flotarás tú, en todos mis

pensamientos y sentires te dibujarás tú, y hasta puede que en algún sueño especial me acompañes tú. No va a ser la primera vez”. Cuando Sara las leyó esa mañana en su estudio, aún con el camisón puesto, se sintió como una quinceañera ante su primera declaración de amor. Al leer la última frase no pudo evitar una sonrisa. Según le había contado Andrés en un escrito anterior, el “sueño especial” al que se refería, era el que había tenido unas noches antes, en el que ambos hacían el amor. También le relató que una tarde, durante la siesta, se había excitado mucho pensando en ella y se masturbó. Luego, sin ningún tapujo, le confesó cómo en las últimas noches su mujer se había “beneficiado” de que él tuviera la libido tan alterada. “Pero es en ti en quien pienso, es tu rostro el que veo y es tu cuerpo en el que entro”, le había dicho a Sara.

Después de archivar esta carta de Andrés en la carpeta del ordenador donde tenía todas las anteriores, Sara pensó que quizás debería guardar sus correos con una contraseña para que nadie más pudiera acceder a ellos. Sin embargo rechazó como exagerada esa posibilidad, dado que Carlos nunca había tocado su ordenador portátil y tampoco lo había hecho su hijo. Al pensar en Rodrigo miró el reloj, ya que debía ir al aeropuerto a recoger a su hijo, que llegaba desde Barcelona para pasar la Semana Santa con ellos. Aunque comprobó que aún faltaban más de dos horas para el aterrizaje de su avión, Sara se duchó rápidamente, se vistió con un pantalón negro y una camisa blanca con rayas grises, y se dirigió a Barajas en su coche para esperar a Rodrigo. Mientras conducía, se iba recreando en lo que le escribió Andrés en su última carta. Pero sobre todo quería saborear con cada célula de su cuerpo la euforia que experimentaba al saber que dentro de una semana, por fin, iba a conocerlo. Tan ensimismada estaba con estos pensamientos, que tuvo que dar un frenazo para no chocar con el coche que circulaba delante, que se había parado en un semáforo. Después del susto, Sara se puso a temblar y exclamó

en voz alta: “Joder, tengo que ir con más cuidado; si no, no voy a llegar a la cita”. Prestando más atención a la carretera, llegó a Barajas, dejó el coche en el aparcamiento y se dirigió a la cafetería más cercana a las llegadas del Puente Aéreo. Sentada en una mesa, y mientras desayunaba un zumo de naranja y una tostada con aceite de oliva, pensó cómo en los últimos días habían ido apareciendo referencias sexuales en las cartas de Andrés, después de que ambos se hubieran confesado sus mutuos sentimientos. Ahora, sabiendo que dentro de siete días iban a conocerse, el cuerpo de Sara se estremeció ante la certeza de que tarde o temprano se acostaría con él. No era la primera vez que pensaba en esa posibilidad. Y como siempre que lo hacía, sintió una mezcla de curiosidad, alegría y miedo. Miedo por el desenlace que podrían tener los acontecimientos. Porque una cosa era escribirse con alguien a través del correo electrónico, aunque fuera de una manera tan íntima como Andrés y ella lo hacían, y otra muy distinta mantener relaciones afectivas y sexuales con esa persona. Sin embargo, a pesar de ese miedo que experimentaba, a Sara le parecía que hacer el amor con él era el desenlace natural de su relación, desde el momento en que se conocieran personalmente. Para ella, lo raro había sido enamorarse de Andrés, y los sentimientos que se habían despertado a través de su comunicación escrita. El sexo era sólo algo consustancial con esos sentimientos. Nunca había entendido por qué la gente le daba tanta importancia al sexo. Ella siempre había distinguido entre una relación afectiva y lo que vulgarmente se conocía como “echar un polvo”. Y no entendía muy bien por qué provocaba tanto escándalo en la gente un contacto sexual esporádico y sin mayor trascendencia. Para Sara, lo realmente importante eran los sentimientos. El afecto y la comunicación sincera y profunda entre dos personas. Ella pensaba que cuando en la relación afectiva se daba este tipo de sintonía, el sexo era sólo una forma más de ahondar en el conocimiento y la intimidad con el otro. Pero si la relación era superficial, el

contacto sexual quedaba reducido a “echar un polvo”. Sara estaba convencida de que el amor siempre va acompañado del deseo. Pero que el deseo no siempre va acompañado del amor. Andrés le contó en una carta que había tenido una aventura con una alumna sin que hubieran llegado a consumir el acto sexual. De esta manera, él consideraba que no había sido infiel a su mujer. Como tampoco creía que la estuviera engañando al mantener una relación con Sara. Según le confesó Andrés, como la relación con ella no había pasado del plano mental y afectivo, no existía infidelidad. Ya que él asociaba el adulterio con la práctica del sexo. Rememorando ahora esta respuesta, Sara murmuró: “Pues vaya una idea que tiene de la fidelidad”. Después de haber pronunciado esas palabras se sonrojó y miró de reojo en las mesas que tenía alrededor, por si alguien la había oído. Pero cada cual estaba en lo suyo, y no parecían prestarle atención. Como si tuviera una repentina prisa, Sara cogió el ticket de la mesa y se dirigió a la barra para pagar su consumición. Cuando lo hacía, los altavoces anunciaron la llegada del vuelo en el que viajaba su hijo, y ella se marchó hacia la puerta por donde éste saldría. Unos quince minutos después vio que Rodrigo le hacía señas agitando la mano. Sara le respondió el saludo y se encaminó con paso rápido a su encuentro, abrazándole con todas sus fuerzas cuando lo tuvo delante. Un poco sorprendido por tanta efusividad, Rodrigo sonrió ampliamente, dejó en el suelo las bolsas de viaje que llevaba en las manos, y abrazando también a su madre la levantó en vilo al mismo tiempo que decía: “Mamá, cada vez eres más pequeña”. Sara se sintió de pronto emocionada al ver a su hijo. Se separó un poco de él y lo contempló por unos instantes. Cogió su cabeza con las manos, y le revolvió su cabello rubio rizado como cuando era pequeño, mientras pensaba que tenía un hijo muy guapo.

- Estas melenas deben hacer furor entre las nenas, le dijo.

- Claro –respondió Rodrigo- en cuanto las ven me esperan con las bragas en la mano.

- Pero mira que eres bruto, le reprochó su madre.

Ambos se rieron y Sara ayudó a Rodrigo con el equipaje, encaminándose hacia el aparcamiento. Cuando hubieron acomodado los bultos en el maletero del coche, se dirigieron hacia su casa. Durante el trayecto, Rodrigo preguntó por su abuela y su tía, y Sara le contó en pocas palabras que Carmen estaba ya tramitando su divorcio de Miguel, cosa que estaba afectado mucho a la abuela. Rodrigo también preguntó a su madre si ya había empezado a escribir su nueva novela. Cuando Sara le respondió que aún no, que todavía se encontraba atascada, Rodrigo se extrañó y le dijo: “Pues yo creía que ya estabas escribiendo, como te he visto tan contenta”. Sara se ruborizó un poco al oír las palabras de su hijo, y cambió rápidamente de conversación preguntando a Rodrigo por la marcha de sus estudios. Este le respondió que los exámenes habían ido bien y le habló del proyecto que tenía, con otros compañeros de clase, para rodar un corto que pensaban presentar a un certamen de cine fantástico. Se le veía muy animado con esa posibilidad. Sin embargo, la expresión del rostro de su hijo sufrió un cambio brusco cuando Sara le interrogó sobre cómo andaba de amores. Después de un breve silencio, Rodrigo contestó: “En ese terreno ya no me muevo tan bien, pero preferiría no hablar del asunto”. Un silencio embarazoso se instaló en medio de la conversación, pero Sara respetó sus deseos y no quiso insistir sobre el tema. A pesar de mantenerse callada, aparentemente absorta en la carretera, no pudo evitar pensar que su hijo no tenía la suficiente confianza con ella como para contarle sus problemas amorosos. Y aunque lo consideró normal en un chico de su edad, volvió a tener la misma sensación que ya había experimentado otras veces. Que eran unos perfectos desconocidos el uno para el otro. Fue Sara la que habló de nuevo haciendo un comentario intrascendente sobre el

tiempo, lo que les llevó a meterse en una conversación superficial sobre la necesidad de que Rodrigo se comprase ropa nueva, y sobre la posibilidad de que su padre y ella hicieran un próximo viaje a Barcelona para visitarlo antes de las vacaciones del verano. Casi de inmediato llegaron a su casa, y para sorpresa de Sara, Carlos estaba en el jardín esperando que llegasen. Padre e hijo se abrazaron y entre todos subieron el equipaje al dormitorio de Rodrigo, que estaba ubicado en la primera planta, contiguo al de sus padres. Al entrar en la soleada y amplia habitación, Rodrigo se tiró literalmente sobre la cama mientras decía:

- Hogar dulce hogar. No hay nada como tu cama y tu almohada. Cuando tenga mi propia casa me las llevaré.

- ¿Ah, pero piensas emanciparte alguna vez? Esa sí que es una buena noticia. Para celebrarla, os invito a comer fuera –dijo Carlos- hoy he decidido tomarme la tarde libre.

- Vaya –comentó Sara- ese sí que es un notición.

Después de que Rodrigo deshiciera el equipaje, los tres se fueron a comer a un conocido restaurante del Paseo de la Florida donde servían pollo y sidra. En esa misma calle vivía la madre de Sara, y Rodrigo pensó que después de la comida podrían pasar a saludar a su abuela. Cuando llegaron, tuvieron la suerte de que una mesa se estaba desocupando en ese momento, y no fue necesario esperar. Durante la comida, Carlos y Rodrigo hablaron con mucha animación. Al verlos, Sara volvió a pensar que nunca podría tener con su hijo la complicidad que éste tenía con su padre. Y tal y como le ocurriera en otras ocasiones, se sintió un poco fuera de lugar. Mientras ellos hablaban, Sara tuvo que esforzarse para hacer que su mente se mantuviera en el mismo lugar donde se encontraba su cuerpo. Pero sus pensamientos tendían a escaparse de su control hacia algún espacio fuera del tiempo que ella compartía con Andrés. En un determinado momento, tuvo la completa seguridad de que

también Andrés estaba pensando en ella en esos instantes. La sensación fue tan intensa, que Sara, con un movimiento automático, se puso a mirar a su alrededor como si él pudiera estar allí. Al darse cuenta de la incongruencia de su gesto, observó a su marido y a su hijo por si éstos la había visto. Pero Carlos y Rodrigo seguían ensimismados en su propia conversación. Aliviada al ver que no se habían dado cuenta de nada, miró el reloj y pensó que Andrés ya habría llegado a la playa con su familia, puesto que su intención era la de salir temprano de viaje ese mismo día. Sara trató de imaginarse la escena de Andrés comiendo con su mujer y sus hijos pequeños, en algún lugar frente al mar. Aunque no era fácil imaginar a alguien a quien no se conoce personalmente, fantaseó viendo de lejos una familia compuesta por un hombre de 52 años, una mujer de 40 y dos niños de tres años. Sin quererlo, se detuvo en la mujer. ¿Cómo sería la mujer de Andrés? ¿Rubia, morena, alta, baja, gorda, delgada? Aunque él había aludido en sus cartas varias veces a su mujer, nunca había hecho ninguna referencia a su aspecto. Ni siquiera le había dicho su nombre, sólo su edad. Los pensamientos de Sara fueron interrumpidos por la voz del camarero al preguntarles qué querían de postre. Los tres pidieron lo mismo: cuajada y café. Mientras se lo tomaban, Sara les propuso que aprovecharan la tarde para ir de compras, ya que tanto Rodrigo como Carlos necesitaban alguna ropa nueva. Su marido y su hijo accedieron, aunque no de muy buena gana. Rodrigo sugirió que fueran primero a casa de su abuela y después de las compras se metieran en el cine. A Sara y a Carlos les pareció buena idea, y mientras éste pagaba la cuenta, trataron de recordar cuánto tiempo hacía que no iban a ver una película. Ninguno de los dos pudo establecer la fecha con seguridad, pero en lo que sí estuvieron de acuerdo es en que hacía más de un año.

- Claro –dijo Rodrigo- así como va a prosperar la industria cinematográfica en este país.



- No te preocupes –le respondió Sara- cuando tú hagas películas iremos al cine todos los días ¿verdad Carlos?”

-Así es –añadió éste- cuando seas rico y famoso podrás mantenernos. Así nosotros nos podremos jubilar y tomaremos el sol en el Retiro por las mañanas, y por las tardes iremos al cine.

Bromeando sobre esa posibilidad, salieron del restaurante y se encaminaron a casa de la abuela situada en esa misma calle. Al llegar al portal, José, el viejo portero del edificio, saludó a Sara afectuosamente y les informó de que podían subir porque doña Ana se encontraba en casa. Mientras subían en el ascensor, Rodrigo se extrañó de que aquel hombre siguiera ejerciendo como portero, cuando ya no quedaban en ningún sitio, y cuando, por su edad, debería estar jubilado. Sara le contó que en realidad lo estaba, pero como era soltero y había residido toda su vida en la casa aneja a la portería, cuando se jubiló los vecinos decidieron que podía quedarse a vivir allí hasta el final de sus días. Y él, como agradecimiento, seguía ejerciendo de portero, aunque no tenía ninguna obligación. Al llegar al cuarto piso, Rodrigo llamó al timbre y pegó el oído a la puerta. Escuchó los pasos de su abuela por el pasillo y el ruido que ésta hizo al descorrer la mirilla. Atusándose los cabellos, saludó con la mano frente a la rejilla al mismo tiempo que decía: “Soy yo, que he venido a rescatarte de los malvados que te tienen encerrada en este castillo”. Con lentitud, la puerta se abrió y la mujer abrazó a su nieto. “Vaya visita tan inesperada –dijo- pasad, me había dormido viendo la televisión”. Al entrar, Sara advirtió a su madre que tenían prisa y debían irse enseguida. Mientras percibía el olor familiar de aquella casa, se dio cuenta de que hacía muchos meses que no había ido por allí. A pesar de la insistencia de la anciana, los tres rechazaron el ofrecimiento que les hizo de tomar un café. Y cuando apenas llevaban sentados diez minutos, Sara apremió a Rodrigo y a Carlos para que se marcharan. Su hijo quedó en volver otro día, y al despedirse, Sara recordó que

desde la separación de Carmen aún no habían quedado ningún día para comer las tres juntas, tal y como había propuesto su madre. Por eso se comprometió a llamar a su hermana esa misma semana para organizar la comida. Pero la anciana la miró con cara de incredulidad y le dijo en tono de reproche: “eso mismo dijiste hace más de un mes”. Sara no respondió y se despidió de ella besándola en la mejilla. Sin embargo, la visita a aquella casa, a la que hacía tanto tiempo que no iba, las prisas que le habían entrado por salir de allí, y la recriminación que le había hecho su madre afectaron el ánimo de Sara durante toda esa tarde, y también en los días siguientes. Aunque sólo en los escasos momentos en los que no pensaba en su cita con Andrés.

## **Capítulo XII**

La noche antes de su cita con Andrés, Sara no pudo dormir. El día había sido muy ajetreado pero cuando se metió en la cama no pudo conciliar el sueño, a pesar del cansancio. Estaba demasiado nerviosa pensando en que dentro de unas horas iban a conocerse. Y también en las consecuencias que para su vida podría tener su relación con Andrés, que iba a dejar de ser virtual para convertirse en personal. La Semana Santa había transcurrido para Sara con mucha lentitud, aunque amortiguada por la presencia de Rodrigo en su casa. Gracias a su hijo se había roto la habitual monotonía de sus días, y había contado con ciertos alicientes. Habían salido de compras, habían ido al cine en tres ocasiones, habían comido y cenado fuera de casa varios días. Y hasta habían ido al teatro para ver el montaje de Els Joglars sobre Dalí, que a Sara le había gustado mucho, como todas las obras del grupo catalán. Esa noche, dando vueltas en la cama mientras Carlos leía ausente a su lado, Sara recordó lo intensa que había sido la jornada. Recordó la conversación con su hijo cuando le llevó en el coche al aeropuerto para coger el avión de retorno a Barcelona. Y evocó también la comida con su madre y su hermana, cuando Carmen les anunció que pensaba dejar el bufete por un tiempo para marcharse de viaje, porque tenía muchas cosas sobre las que meditar de cara al futuro. Sara aún recordaba la cara que se le había quedado a su madre cuando su hermana les había comunicado la noticia.

- ¿Pero cómo vas a dejar el trabajo precisamente ahora que necesitarás más el dinero? ¿Y a dónde piensas ir?, había preguntado su madre con gesto de preocupación.

- No lo sé, mamá –respondió Carmen- no sé a dónde voy a ir, ni por cuanto tiempo. Ni siquiera sé si volveré al bufete o si continuaré viviendo en Madrid. Eso es lo que quiero averiguar. Quiero saber qué hacer con mi vida y, por una vez, deseo hacer lo que yo quiera, no lo que quieran los demás.

Sara permaneció callada escuchando a una Carmen desconocida para ella, a la que, evidentemente, la separación de su marido estaba haciéndole cambiar a pasos agigantados. Pero su madre insistió.

- No sé lo que quieres decir con eso de que ahora vas a hacer lo que tu quieras...

- Pues tú deberías saberlo, mamá, la interrumpió Carmen.

- Hija, no te entiendo, siempre has hecho lo que has querido.

- No mamá, en estos últimos días me he dado cuenta de que no ha sido así, de que siempre he hecho lo que queríais los demás. Sin ir más lejos, estudié Derecho porque tú te empeñaste. Lo que yo quería era estudiar Medicina, ¿no lo recuerdas?

Sara se removió en su asiento sin quitar la vista del rostro de su madre. Era la primera vez que veía a Carmen enfrentarse a ella, y tenía curiosidad por saber cómo iba a reaccionar.

- Vamos, Carmen, lo de Medicina fue una tontería que se te metió en la cabeza. Ser médico no es profesión para una mujer. Además, tu estuviste de acuerdo, nadie te obligó a estudiar Derecho y te ha ido muy bien ejerciendo como abogada.

- Eso es lo malo, mamá, que yo estuve de acuerdo y que, por complacerte, accedí a estudiar algo que no me gustaba, cuando debía haberme negado.

Con un gesto de cariño, Carmen cogió la mano de su madre y le dijo:

-Pero no te reprocho ni te culpo de nada, mamá. La culpa siempre ha sido mía por haber hecho lo que querían los demás, y no lo que yo quería. Por hacerme abogada cuando quise ser médico. Por casarme con Miguel, sabiendo en lo más profundo de mi alma que haría conmigo lo que hizo con su primera mujer. Y lo que hará con la siguiente. Ahora, ni me gusta mi vida ni me gusta mi profesión. Estoy harta de arreglar los divorcios de las señoras de la alta sociedad, para que puedan sacarle a sus maridos hasta la última peseta, como venganza por haberlas abandonado para irse con jovencitas. Y estoy harta de hacer chanchullos legales para que maridos adinerados puedan camuflar sus fortunas, y no tengan que compartirlas con mujeres de las que ya se han cansado. Estoy harta de toda esa gente, y estoy harta de la hipócrita sociedad que todos ellos representan, y que los demás consentimos, y hasta queremos imitar. En cuanto al dinero –añadió- no debes preocuparte, mamá, puedo mantenerme perfectamente. Yo me quedaré con el piso de Madrid, puesto que es él quien ha abandonado el domicilio familiar, y con mi coche. Pero no quiero nada más. La casa en la playa, el dinero y todo lo demás se lo queda Miguel. He renunciado a que me pase una pensión. No la necesito pero, sobre todo, no la quiero. No deseo recibir nada de él, ni depender de él, ni tener ningún contacto con él. Quiero romper definitivamente todos los lazos. Ahora me doy cuenta de que no teníamos nada en común, nada que nos uniera realmente. Y me doy cuenta de que he sido yo quien, poco a poco, he ido renunciando a mi forma de ser, amoldándome a la suya, para mantener su cariño. Y no merece la pena, de verdad. No merece la pena renunciar a uno mismo por tratar de conservar a toda costa un cariño que, en realidad, ni siquiera existía. Porque cuando alguien te quiere te acepta como eres.

Carmen soltó estas palabras como si se desprendiera de un gran peso que la hubiera estado aplastando desde hacía mucho tiempo. Y las dijo sin rabia, con

serenidad, con un tono que denotaba una gran firmeza y seguridad. Su madre se mantuvo callada y fue Sara la que rompió el silencio.

- Me parece muy bien, Carmen. Creo que has tomado una decisión muy acertada. Incluyendo la renuncia a que te pase una pensión. Tómate un tiempo y decide qué es lo que quieres hacer. Piensa que ahora mismo tienes una situación privilegiada. No dependes de nadie, ni nadie depende de ti. Venga, ánimo, yo te apoyo totalmente –dijo Sara sonriendo mientras daba a su hermana una palmadita en la espalda– tu vida es tuya, y sólo tú debes decidir cómo vivirla.

Las palabras de Sara influyeron positivamente en el ánimo de Carmen, y ésta apretó el brazo de su hermana, en un gesto de agradecimiento. También Sara se sintió bien y experimentó un cariño y una complicidad hacia ella que nunca antes había sentido. Ni siquiera cuando eran niñas.

Recordando esos momentos, Sara se removió en la cama bajo las sábanas y el edredón y pensó que la vida era muy curiosa y que, como decía el refrán: “No hay mal que por bien no venga”, ya que una circunstancia tan dolorosa como el abandono de su marido, era lo que había provocado que Carmen reaccionase y tuviera fuerzas para enfrentarse con su vida. ¿Por qué las personas siempre necesitamos sufrir para aprender?, se preguntó Sara para sus adentros. Los ronquidos de Carlos interrumpieron sus pensamientos. Sara miró el reloj fluorescente que había sobre su mesilla de noche y vio que eran las tres menos veinte, y ella seguía sin poder dormir. Volvió a pensar en Andrés y en la cita del día siguiente. Fantaseó sobre la eventualidad de que él no pudiera acudir porque había muerto en un accidente de tráfico esa misma mañana. Si algo así ocurriera, ella no tendría forma de saberlo. De pronto cayó en la cuenta de que la ficción que se estaba montando en su cabeza era una buena idea para un relato. Se sorprendió gratamente consigo misma. Hacía mucho, pero que mucho tiempo, que no se le ocurría una idea para narrar.

Animada por esta posibilidad, dejó volar su imaginación y siguió dando forma a la historia. Se vio saliendo destrozada del café Comercial, después de haber estado esperando a Andrés más de una hora, sin que éste se presentase. Y vio cómo en los días sucesivos le mandaba mensajes a través del correo electrónico que no tenían respuesta. Entonces ella llegaba a la conclusión de que, por alguna razón que ignoraba, Andrés había decidido cortar la relación sin darle explicaciones. Cada vez más despejada y con menos sueño, Sara se regodeó en la ficción imaginando su sufrimiento y los vanos intentos que hacía para localizar a su amado. Hasta que un día se presentaba una mujer en su casa, con todas las cartas que ella había escrito a Andrés. Era la esposa de éste. Venía a contarle que él había muerto en un accidente de tráfico cuando volvían de la playa, el mismo día en que ellos iban a conocerse. Abundando en su fantasía, Sara imaginó que las dos mujeres se miraban con recelo, primero, luego lloraban juntas la muerte de Andrés, y finalmente, se hacían amigas. Pero este final no le gustó. “De eso nada –se dijo enfadada en voz baja– ¿por qué me tengo yo que hacer amiga de su mujer?” Asombrada por su propia reacción, Sara sonrió y pensó que no había por qué enfadarse. Aquella historia no era real, sólo una película que ella se estaba montado en su cabeza y, si quería, podía cambiar el final. O toda la narración completa. Era ella la que decidía. En lugar de matar a Andrés en el relato, podía ser su mujer la que muriera en ese accidente de tráfico y así se quedaba con Andrés para ella sola. Este siniestro pensamiento le produjo una sonora carcajada. Tan fuerte, que temió despertar a su marido. Aguzó el oído, pero Carlos seguía roncando y no se había movido. Sus fantasiosas tendencias asesinas le parecieron patéticamente cómicas, y Sara aún estuvo riéndose un rato ella sola, con la cabeza metida bajo las sábanas. Cuando logró serenarse un poco, se dijo: “Debo estar mal de la perola. Creo que todo esto me está afectando”. “Y más que te va a afectar” oyó con toda nitidez dentro de su cabeza. Aunque parecía

que una voz ajena había hecho llegar esas palabras hasta su mente, Sara sabía perfectamente que era su voz la que oía. Y lo que transmitía eran sus propios pensamientos, que intentaban salir a flote desde las profundidades de su subconsciente. En el fondo de su alma tenía la certeza de que, a partir del día siguiente, cuando conociera personalmente a Andrés, su vida ya nunca volvería a ser igual. En esos momentos no podía calibrar el alcance de los cambios que le aguardaban, pero sabía que algo tan fuerte y tan intenso como la relación con Andrés, que se había presentado de forma tan insólita e inesperada, iba a afectar irremediablemente a su vida. Durante toda la semana había estado luchando consigo misma para no dar voz a estos pensamientos. Sin embargo ahí estaban y, como si tuvieran vida propia, habían logrado salir a la superficie. Pensó que quizás fuera mejor así. Siempre era mejor no engañarse y asumir los riesgos con conocimiento de causa. Fatigada por no poder dormir, Sara volvió a mirar el reloj. Aún eran las tres y veinte. Se levantó con cuidado y fue al cuarto de baño, cerrando la puerta antes de encender la luz. Primero orinó y después abrió el grifo del lavabo y echó agua fría en un vaso. Mientras bebía se contempló en el espejo y pensó que al día siguiente tendría ojeras por no haber dormido. El suelo estaba helado y como iba descalza sintió frío en los pies. Apagó la luz del baño y volvió a la cama. Se acostó despacio para no despertar a Carlos, pero éste se removió y la abrazó mientras seguía durmiendo. Sara pensó entonces en su marido y en la ignorancia que éste tenía sobre la existencia de Andrés. Sin embargo, eso iba a cambiar. En algún momento ella tendría que hablarle de él porque no deseaba engañarlo. Aunque ya lo había hecho. Desde el momento en que le había ocultado a Carlos que se estaba escribiendo con Andrés, ya le estaba engañando. Para Sara lo que más contaban eran los sentimientos, y ella se había enamorado de Andrés, mantenía una relación afectiva con él –aunque fuera sólo a través de la escritura- y no se lo había contado a su marido. Por lo



tanto, ya le estaba engañando. Cada vez más incómoda con sus propios pensamientos, Sara los rechazó argumentando que se estaba precipitando, porque no sabía qué camino iba a tomar su relación con Andrés cuando se conocieran personalmente. A lo mejor llevaba él razón y cuando se vieran se perdía la magia que habían logrado con la escritura. O quizás no se cayeran bien. O tal vez alguno de ellos pudiera experimentar cierta repulsión física hacia el otro. Este último pensamiento le hizo sonreír, y le recordó la escena de una película de monstruos, en la que el macho veía horrorosa a la hembra y viceversa. Pero ninguno de los dos se daba cuenta de que, en realidad, ambos eran igual de monstruosos. Después de este último razonamiento coherente, la mente de Sara comenzó a vagar y, finalmente, se quedó dormida.

Cuando se despertó, vio mucha claridad entrando por las rendijas de la persiana y miró el reloj. Eran más de las doce de mediodía y Sara aún tardó unos segundos en comprender que ese mismo día iba a conocer a Andrés. En cuanto fue consciente de ese hecho, se levantó con rapidez, subió la persiana hasta arriba y abrió el balcón. Estaba lloviendo y desde el jardín subía un fuerte olor a tierra mojada. Sara lo aspiró y trató de inundar sus pulmones con el aire fresco. El olor a tierra mojada era su favorito. Ella nunca utilizaba ni colonia, ni desodorante. No soportaba los olores artificiales y dulzones que se crean al mezclar cualquier tipo de colonias o esencias con el sudor corporal. El champú que empleaba siempre era de bebé, y el único olor que le gustaba era el de la tierra mojada. Ningún refinado perfume del mundo podía compararse a la fragancia que se desprendía cuando la lluvia calaba la tierra. Llenando sus pulmones con el aire fresco de la mañana y aspirando por la nariz ese olor, Sara pensó que si la felicidad se medía por momentos, ese era uno de ellos. Sin cerrar el balcón del dormitorio, Sara se dirigió al cuarto de baño y se metió bajo el agua caliente de la ducha. Se encontraba tan a gusto que no tuvo prisa por salir. Cuando lo hizo, se puso el albornoz y bajó directa al teléfono del

salón para llamar a su hijo. Siempre que Rodrigo volvía a Barcelona, ella lo llamaba por la noche para ver que tal había llegado. Sin embargo, la noche anterior se le pasó llamarle. La comida con su madre y con su hermana y, sobre todo, el impacto de lo que Carmen les había comunicado, hizo que se olvidase por completo de llamar a su hijo. Ahora se sentía culpable por no haberlo hecho, y se dispuso a llamarlo. Era casi la una y Rodrigo no estaría en su casa, sino en la facultad, así que lo llamó al teléfono móvil. Como no contestaba le dejó un mensaje en el buzón de voz, diciéndole que no quería nada, sólo saber cómo se le había dado el viaje y si había llegado bien. Cuando colgó el teléfono, se quedó pensativa en el salón, mirando la lluvia a través de los cristales. ¿Qué pensaría su hijo de su relación con Andrés? ¿Podría comprenderla? Rodrigo ya no era un niño. Tenía 20 años y era un hombre, aunque más inmaduro de lo que eran los jóvenes de otros tiempos. Cuando su padre y ella se casaron tenían 25 años los dos, y ya llevaban más de un año viviendo juntos y emancipados de sus familias. Ahora era distinto. Los jóvenes de su generación querían cambiar el mundo, luchaban contra el sistema. Los jóvenes de ahora no querían cambiar nada, y la única lucha que desarrollaban era precisamente para integrarse en el sistema. Lo que Sara denominaba como la generación de yogur, a la que pertenecía su hijo, era una generación sin ilusiones porque había tenido todo demasiado al alcance de la mano, sin tener que luchar por ello. El sonido del teléfono interrumpió sus reflexiones. Era Rodrigo que acababa de salir de una clase y había escuchado el mensaje de su madre. Le dijo que estaba bien, que en Barcelona también llovía y que, después de la buena vida de las vacaciones, le había costado un poco volver a la rutina del estudio. Cuando ya se habían despedido y Sara se disponían a colgar, Rodrigo le dijo que quería contarle algo:

- Cuando llegué a Madrid y fuiste a recogerme al aeropuerto, me preguntaste cómo andaba de amores o algo así, y yo te dije que prefería no hablar del tema, ¿lo recuerdas?
- Si claro –respondió Sara- supuse que habías tenido algún problema, pero no quise insistir, respetando tu voluntad de no contármelo.
- Te agradezco que no insistieras, mamá. No tenía ningunas ganas de hablar del asunto, pero por otro lado me jodió no decirte nada.
- No tienes que contarme nada si no quieres –añadió Sara- sé que resulta muy difícil hablar sobre las cosas íntimas...
- Pero quiero decírtelo –la interrumpió Rodrigo- sino no lo haría, de verdad.
- Te escucho
- Al finalizar el curso pasado empecé a salir con una compañera de clase que es de Salamanca. Nos enrollamos y durante todo el verano nos llamamos, nos escribimos, yo hice alguna escapada a su casa, ella también fue a Madrid, y mantuvimos el contacto, aunque yo no os dije nada. Al empezar este curso continuamos y, prácticamente desde entonces vivíamos juntos. Hasta que hace un mes, Aurora –así se llama- se enrolló con Tomás.
- ¿Con Tomás? ¿Con el que vive en tu mismo piso?, preguntó Sara.
- Bueno, vivía –dijo Rodrigo- durante la Semana Santa se han ido los dos a otro piso a vivir juntos. Yo estaba muy enamorado de ella y me afectó mucho. Lo estoy pasando muy mal. Cuando tú me preguntaste lo tenía muy reciente, por eso no quise decirte nada. Sin embargo me vine con muy mala conciencia por no hacerlo. A papá si se lo comenté.
- No me ha dicho nada, se extrañó Sara.
- No te enfades con él, yo le pedí que no te lo dijera, que ya te lo contaría yo más adelante.
- Lo siento mucho, hijo. Debes estar pasándolo mal. Ya sabes que puedes contar conmigo...

- Ya lo sé, mamá. Tengo que dejarte porque voy a entrar a clase. Ya hablaremos. Un beso.

La conversación con Rodrigo preocupó a Sara. Aunque si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que lo que realmente le había molestado era que Carlos no le hubiera mencionado el problema de su hijo. Y más aún, que Rodrigo hubiera preferido contárselo a su padre en lugar de a ella. Casi de inmediato rechazó estos pensamientos y dijo en voz alta: “Soy muy injusta. En lugar de preocuparme por mi hijo, me enfado porque se lo dijo antes a su padre. Realmente soy muy injusta”. Sin embargo, lo que ocupaba en esos momentos la mente de Sara no eran los problemas sentimentales de Rodrigo, sino los suyos propios. Y estaba tan contenta porque iba a conocer a Andrés, que no podía dar cabida a ninguna otra cosa. Aún con el albornoz puesto, se dirigió a la cocina y se preparó la comida. Una ensalada de lechuga, tomate y atún, a la que le añadió un huevo duro, aguacate, aceitunas y unos espárragos de lata que encontró en el frigorífico. Se la tomó allí mismo en la cocina con una cerveza, y cuando terminó se preparó un café. Se trasladó con él al salón y puso la televisión para ver algún informativo, aunque no prestó mucha atención. No podía concentrarse en nada. Sólo podía pensar en que dentro de un rato, por fin iba a conocer a Andrés.

## **Capítulo XIII**

Después de aquel abrazo en su primer encuentro, Sara y Andrés no dejaban de observarse. Los dos se mostraban sonrientes y muy emocionados, aunque apenas sabían qué decir en esos momentos. Andrés tomó asiento junto a Sara, y el camarero que le había servido a ella se acercó a la mesa. El pidió una cerveza y otra para Sara, que ya casi había terminado la suya, y algo para picar. Fue Andrés el que rompió el silencio diciendo:

-Bueno, pues aquí estoy. Me has reconocido enseguida. ¿Me imaginabas así o de otra manera? Yo ya te había visto personalmente. Incluso estuvimos a medio metro de distancia, una vez que asistí en la Universidad a una mesa redonda en la que tú participaste...

- Te he reconocido en cuanto has entrado porque te estaba esperando, pero si me hubiera cruzado contigo por la calle, no habría sabido que eras tú, le respondió Sara.

Andrés había traído un libro para Sara, que le regaló en esos momentos. El era coautor de esa obra sobre Literatura Española, junto a otros dos compañeros. Sara le dio las gracias y se puso a hojearlo por encima. Y antes de que ella le preguntara nada, Andrés le dijo que daba clases de literatura en la Universidad. Sara sonrió y le confesó que eso era algo que ella siempre había sospechado. A partir de aquel momento, la conversación discurrió por cauces más íntimos y personales, sin que ninguno de los dos apartase la vista de los ojos del otro. Como si cada uno de ellos quisiera penetrar en los misterios del

alma del otro a través de la mirada. Como si las palabras no fueran lo suficientemente válidas para expresar todo lo que sentían, y necesitasen comunicarse valiéndose de algún arcano oculto más allá del lenguaje cotidiano. Aquel viejo café con sus grandes espejos, sus columnas y sus mesas de mármol, se desvaneció por completo. También desapareció de sus campos de visión la numerosa gente que lo ocupaba. Personas solitarias que leían o escribían. O grupos de personas que estaban en animada conversación. Todos desaparecieron del lugar, como también se fue apagando el ruido de las voces. Andrés sólo veía a Sara, y ella sólo lo veía a él. Y el único sonido que existía en el mundo en esos momentos, era el susurro de sus palabras. El tiempo que durante los últimos días había discurrido para Sara con mucha lentitud, empezó a fluir de forma apresurada. Cuando miró el reloj eran las diez y cuarto de la noche. Y entonces le vinieron a la cabeza las reflexiones que le había enviado a Andrés sobre un tema que le fascinaba: el tiempo. En esa carta, le dijo que el tiempo que los enamorados pasan juntos no puede medirse de la misma manera que el de las actividades cotidianas. Sara había experimentado esa tarde, como nunca, su teoría sobre la relatividad del tiempo, y aunque sabía que debía regresar ya a su casa, no tenía ningunas ganas de hacerlo. Tampoco Andrés daba muestras que querer marcharse, pero cuando vio a Sara mirar el reloj, observó también el suyo y le dijo que debían irse. Era muy tarde, y su mujer debía estar ya preguntándose dónde se había metido. Tras estas palabras, se hizo un breve silencio entre ambos que fue roto por Andrés. Este sacó una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta de pana marrón oscuro que llevaba puesta. En una de las hojas apuntó su dirección –vivía en un ático frente al Retiro- el teléfono de su casa y el directo de su despacho en la Universidad.

- Tengo un móvil –le dijo- pero siempre lo lleva mi mujer. Yo sólo lo uso cuando me voy de viaje. De todas formas, preferiría que no me llamasas al

teléfono de mi casa, salvo en caso de emergencia, porque la segunda vez que lo hicieras mi mujer sospecharía.

Sara permaneció en silencio porque no sabía qué decir, pero notó que su cara debía reflejar cierta perplejidad. Andrés la observó y continuó hablando:

-Como ya te he explicado en alguna carta tengo muchísimas dificultades para moverme porque cuando no estoy trabajando, siempre estoy con mi mujer y mis hijos. Y realmente no sé de dónde voy a sacar tiempo para que podamos vernos. En la Universidad sólo tengo clases por la tarde un día a la semana; aunque a estas alturas del curso las clases prácticamente ya han terminado. De todas formas, he pensado decir a mi mujer que tendré que dar más clases por la tarde hasta que termine el curso. Así podremos emplear ese tiempo en estar juntos. Lo malo va a ser cuando llegue el verano... Pero bueno, ya iremos viendo ¿no te parece?, concluyó sonriendo.

Sara estaba cada vez más sorprendida por la escasa libertad de movimiento que tenía Andrés. En los veinte años que llevaba casada, ella siempre había ido y venido a su antojo. Se había movido con total libertad, lo mismo que su marido. Y no acertaba muy bien a comprender cómo una persona adulta, de más de 50 años, como era Andrés, tenía que dar tantas explicaciones por pasar unas horas fuera de su casa. Estaba tan desconcertada que no sabía qué decir.

Finalmente comentó:

- Sí, ya iremos viendo. Tampoco creo que sea tan complicado...

- Sí lo es –la interrumpió con delicadeza Andrés, mientras le rozaba con cariño la mano que tenía más cerca- para mí va a ser muy complicado porque yo no puedo ir solo ni a lavar el coche. Cuando digo que voy a hacerlo, mis hijos siempre quieren venirse.

Sara le miró a los ojos y se encogió de hombros con gesto de impotencia.

Andrés le devolvió la mirada y le cogió la mano bajo la mesa, apretándosela con fuerza.

-Sara, escribirme contigo y conocerte ahora es lo mejor que me ha pasado en muchísimo tiempo. Por nada del mundo me lo perdería—le dijo- pero no quiero que nuestra relación influya en nuestras vidas familiares. Tú debes seguir con tu marido como si nada hubiera pasado y yo debo continuar con mi mujer. Tengo amigos que estando casados se han vuelto a enamorar, se han liado la manta a la cabeza y han dejado a su mujer y a sus hijos, rompiendo su familia. Pero yo no podría pasar por todo eso una segunda vez. Cuando mi primera mujer y yo nos separamos, mi hija se quedó con ella, y yo la he perdido, porque apenas tenemos relación. Ahora no quiero perder a mis hijos.

-Yo no te he pedido que dejes a tu familia —respondió Sara desconcertada y algo molesta por el cariz que estaba tomando la conversación- puedes estar seguro de que nunca te voy a pedir nada similar. Tú decides. Pero no sé si yo voy a poder llevar una relación contigo, ocultándosela a mi marido...

-No debes decirle nada, la interrumpió Andrés.

-¿Por qué?, preguntó Sara

-Porque yo no me perdonaría nunca que se rompiera tu matrimonio por mi culpa. De verdad, no me lo perdonaría. Me sentiría culpable y eso estropearía nuestra relación.

-Pero si se rompe no será por culpa tuya. Si mi matrimonio se rompe será porque ya estaba roto, añadió Sara. Después hizo una pausa y continuó diciendo:

-No creo que debamos seguir hablando de esto el primer día que nos vemos.

-Llevas razón —le dijo Andrés- resulta ridículo seguir por ese camino cuando acabamos de conocernos. Es curioso, tenemos confianza y podemos hablar sin tapujos por la intimidad que hemos ido adquiriendo a través de la escritura, pero se nota que nos falta el contacto personal. Me gustaría muchísimo poder estar a solas contigo —añadió bajando la voz- pero no sé a dónde podríamos ir. Yo no tengo experiencia en esto. Como ya te he dicho, siempre he sido fiel a



mis sucesivas mujeres. Sólo tuve el escaqueo amoroso que te conté con una alumna, y fue dentro de un coche. No sé cómo se hacen estas cosas. Hay gente que se va a un hotel. ¿Qué te parece?

-Yo tampoco soy una experta –respondió Sara sonriendo- pero la idea de ir a un hotel no me gusta en absoluto.

-Pues yo no tengo amigos solteros que me puedan prestar su piso, añadió Andrés.

-Pero yo sí –dijo Sara pensando en Inés- podría pedirle el piso prestado a una amiga, que no me va a hacer preguntas. Déjame mirarlo...

Sara quedó en llamar a Andrés a la Universidad al día siguiente, y si ella tenía la llave de la casa de su agente literario, él se las arreglaría para que pudieran verse esa misma tarde. Cuando se despidieron en la puerta del café Comercial, Andrés la besó suavemente en los labios antes de encaminarse hacia el lugar donde había aparcado su coche. El se ofreció para llevarla a su casa, pero Sara le dijo que no, que la urbanización donde vivía quedaba un poco lejos, y prefería irse en metro, tal y como había venido. Sara se fue hacia el suburbano, sacó el billete y cogió la línea que la dejaría cerca de su casa, sin pensar en lo que hacía. Como flotando en una nube subió al vagón del metro, se instaló en un asiento libre y se tocó los labios, sintiendo aún en la piel el beso de Andrés. Con la mirada perdida intentó fijar la imagen de él en su imaginación, pero no se concentraba. Cerró los ojos y entonces lo vio con claridad. Vio su estatura alta y su complexión delgada pero atlética. Vio su pelo rizado y canoso, que hacía juego con su barba. Una barba corta y demasiado bien cuidada para su gusto. Vio unas manos excepcionalmente pequeñas, que no estaban acordes con el resto de su cuerpo. Vio el guiño que hacía cuando se subía las gafas. Y después sintió esas manos en contacto con las suyas, mientras un escalofrío recorría su espalda. Trató de retener en su mente cada detalle de su rostro, cada expresión de sus ojos y cada uno de sus

gestos y ademanes, para grabar en su cerebro la imagen de su amado. Durante mucho tiempo, esa imagen no había existido. Al principio sólo hubo un nombre: Andrés. Luego, ese nombre se había ido revistiendo con las cualidades de un ser humano. Y ahora, por fin, Sara podía poner un rostro y un cuerpo a lo que tantas veces había imaginado como una figura borrosa. Sara abrió los ojos y, volviendo a la realidad de aquel vagón de metro, contempló a la gente que tenía a su alrededor. No había muchas personas a aquellas horas de la noche. Se detuvo en cada rostro y vio que todos tenían un denominador común. Se les veía cansados. Algunos dormitaban. Otros tenían la mirada perdida en el vacío. Todos parecían tristes. Todos menos ella. Sara se vio reflejada en el cristal de la ventanilla de enfrente, y pensó que su aspecto era el de una mujer feliz. Así era realmente como se sentía: radiante y feliz. Como no recordaba haberse sentido en muchísimo tiempo. Al salir del metro miró el reloj, eran las doce menos veinte. Caminó con paso ligero hacia su casa. Las calles estaban vacías y había vuelto a llover. Mientras se dirigía al chalet, pensó qué le diría a Carlos por su tardanza. Ella dormía aún cuando su marido se había marchado a la agencia por la mañana, y luego no había hablado en todo el día con él. No sabía qué excusa ponerle. Aunque pensó que cualquiera serviría porque su marido no iba a hacer preguntas. Se conformaría con lo que ella le dijera. No era como la mujer de Andrés. Este pensamiento le hizo revivir la conversación que habían tenido sobre su falta de libertad para moverse. Y, nuevamente, Sara pensó que no encajaba la idea que ella tenía de Andrés con la vida que éste decía llevar en su casa, totalmente supeditado a su mujer. Sin querer pensar más en ello, se dio a sí misma una orden tajante: “Nada de interferencias. Lo que haga Andrés en su casa no es asunto mío. Lo único que me interesa es su relación conmigo”. Sin embargo, no podía engañarse. En el fondo de su alma ella sabía que la vida familiar de Andrés y la suya propia terminarían influyendo en su relación. Y que tarde o temprano

deberían elegir entre seguir juntos o separarse, porque resultaría muy difícil llevar una doble vida. Al menos para ella. Al llegar a este punto, Sara se negó a que sus pensamientos siguieran en esa dirección, y se puso a meditar sobre qué iba a decir a su agente literario para que le dejase las llaves de su casa. Después de platearse varios supuestos, concluyó que lo mejor era decirle la verdad. Entre otras cosas porque Inés no era tonta, y pretender engañarla sería como un insulto a su inteligencia. Con estos pensamientos llegó Sara a la puerta de su casa, y al abrirla le sorprendió que todas las luces estuvieran apagadas. Después de entrar, miró en la cochera y vio que no estaba el coche de Carlos. Al llegar al salón se dio cuenta de que el contestador automático del teléfono estaba parpadeando y se puso a escuchar los mensajes. Había uno de Inés, precisamente, pidiendo que la llamase, y otro de Lola en el que le comunicaba, por encargo de su marido, que a Carlos le había surgido una cena de trabajo y llegaría tarde a casa. Sara se alegró al oír ese mensaje y pensó meterse pronto en la cama para poder estar durmiendo cuando su marido llegase. Después de pasar por la cocina y tomarse un vaso de leche fría con Cola-Cao, subió al dormitorio y se puso el camisón. Al entrar en el cuarto de baño se detuvo ante el espejo y se miró con detenimiento. Sus ojos brillaban con intensidad. Se sintió hermosa y pensó que no había nada mejor que la felicidad para estar guapa. Que realmente la belleza era una cualidad de bienestar interior. Y ella se encontraba esa noche intensamente viva y dichosa hasta rebosar. Cuando terminó con el aseo nocturno se metió en la cama y apagó la luz. Intentó dormirse enseguida, pero estaba demasiado excitada para hacerlo y la imagen de Andrés no se le iba de la cabeza. Una especie de corriente eléctrica empezó a recorrer su cuerpo y Sara se tocó levemente los labios con la yema de sus dedos, reviviendo el beso que le había dado Andrés. Casi sin darse cuenta, su mano se deslizó por el cuello y empezó a acariciarse los pechos por encima del camisón. Notó cómo los pezones se endurecían y la

excitación recorrió todo su cuerpo, deteniéndose en su sexo. Percibió su humedad y apretó los muslos, cada vez más excitada. De su boca salían sonidos involuntarios, mientras con una mano continuaba masajeándose los senos, y con la otra se rozaba el clítoris. El éxtasis no tardó en llegar y Sara recibió el orgasmo con gritos ahogados. Tras la culminación del placer sexual, no tardó en dormirse. Poco después, oyó entre sueños llegar a Carlos y notó cómo se metía despacio en la cama para no despertarla. Luego sintió que la besaba en la frente, y que apagaba la luz. Al día siguiente, se hizo la dormida mientras su marido se aseaba y se vestía, y sólo abrió los ojos cuando él se acercó a la cama para despedirse. Mantuvieron una breve conversación, en la que él se quejó por la cantidad de trabajo acumulado que tenía, ya que eran muchas las campañas publicitarias que llevaba en marcha. Sara le animó diciéndole que esa era una buena señal de que la agencia iba viento en popa, y luego le comunicó que esa tarde quedaría con Inés. Cuando Carlos se hubo marchado, Sara se levantó y bajó al salón para llamar por teléfono a su agente literario.

-¡Dichosos los oídos! –le dijo Inés- hace un montón de tiempo que no hablamos y aún estoy esperando que me digas si te organizo esa gira por provincias que te comenté.

-Hoy iba a llamarte yo –respondió Sara con cierta timidez – pero no era para eso. Era para pedirte las llaves de tu casa para ir con un amigo. Si puedes dejármelas, claro, balbuceó.

Tras un breve silencio, lo primero que oyó Sara fue la carcajada de Inés. Inmediatamente después, ésta le dijo:

-Pues claro que puedo dejártelas, mi niña. ¿Es chico o chica?, preguntó.

-Ya te he dicho que es un amigo. Me da mucho corte pedirte tu casa, pero es que no tenemos donde ir, confesó Sara.

-Has hecho muy bien al pensar en mí. ¿Es guapo? Espero que algún día me cuentes esta historia. Mejor aún –añadió con énfasis Inés- espero que la escribas y se la cuentes a todo el mundo.

-Sí, en eso estoy pensando –dijo Sara riéndose- si quieres llamamos a Tele 5 para que lo graben y luego lo pongan en el telediario.

-No estaría nada mal –bromeó Inés- yo cogería asiento de primera fila. Sería asquerosamente morboso, y ya sabes que eso vende mucho. Seguro que los índices de audiencia subían como la espuma.

Sara quedó en pasar esa misma tarde por el despacho de su agente literario para recoger las llaves. Inés le dijo que se las dejaría a su secretaria, porque ella no iba a estar. Se marchaba de viaje a mediodía, y no tenía previsto volver hasta el día siguiente por la tarde. Si querían, podían pasar allí toda la noche. Le indicó también dónde encontraría sábanas para mudar la cama, y le dijo que cuando se fueran le dejasen las llaves del piso en el buzón. Después de bromear recomendando a Sara que llevase bragas limpias, se despidieron. Nada más colgar el teléfono, Sara buscó en su bolso el papel donde Andrés le había apuntado el número del teléfono directo de su despacho en la Universidad. Sara llamó y le confirmó que tenía las llaves del piso de su amiga, y Andrés se alegró mucho al oírlo. Le dio la dirección y quedaron en verse allí mismo a las siete, aunque ella iría un poco antes. Andrés le confesó que desde la noche anterior no había dejado ni un minuto de pensar en ella, y Sara le respondió que a ella le pasaba igual, y que tenía muchas ganas de poder verlo a solas esa tarde. Cuando colgó el teléfono, el corazón le latía con fuerza. Dentro de unas horas su cuerpo desnudo estaría rodeado por los brazos de Andrés. Y al margen de la experiencia sexual que pudieran tener, Sara deseaba más que nada en el mundo el contacto humano con él. Con su amigo del alma. Con la persona con la que tanto había intimado, y de la que tan profundamente se había enamorado.

## **Capítulo XIV**

Nada más entrar al piso de Inés, Sara se dio cuenta de que el habitual buen gusto de su agente literario estaba presente en toda la casa. Era la primera vez que estaba allí. Aunque conocía a Inés desde hacía varios años, nunca antes había visitado su apartamento. No era muy grande y se recorría enseguida. Tenía un gran salón con ventanales a la calle, una especie de despacho atestado de libros, una pequeña cocina, un amplio cuarto de baño y un coqueto dormitorio, con cama de matrimonio. Sara se fijó especialmente en la cama y sonrió al ver que era más ancha de lo normal. Tal y como le había indicado Inés, buscó en un armario sábanas limpias y las cambió. Mientras hacía la cama se planteó si después debía llevarse esas sábanas para lavarlas en su casa, o si debía dejarlas allí. Esta duda le hizo sonreír nuevamente y comentar en voz alta: “Vaya, no sabía que la infidelidad fuera tan complicada”. Miró el reloj con un gesto nervioso, y dedujo que Andrés aún tardaría un rato en llegar. Hacía mucho calor en aquella casa. Tocó un radiador y tuvo que retirar la mano rápidamente porque quemaba. Se quitó la chaqueta de cuero negro que llevaba, y se observó en un espejo grande que había en el pasillo. También ese día había dudado a la hora de elegir la ropa que iba a ponerse. Al final había optado por unos pantalones vaqueros de color hueso y una ceñida camiseta azul marino, con el escote en forma de barco y manga a la altura del codo, que le sentaba muy bien. Debajo, se había puesto un sujetador negro de fina lencería y unas braguitas a juego. Tras concluir su

inspección ante el espejo, Sara decidió que se encontraba atractiva y, cada vez más nerviosa, se dedicó a curiosear entre los libros del despacho. Allí estaban todos los suyos. Sus dos novelas y su libro de relatos. Al verlos, se preguntó cuándo volvería a escribir y, por primera vez en mucho tiempo, tuvo la íntima seguridad de que sería pronto. Desde que había empezado su comunicación con Andrés a través del correo electrónico, lo único que ella había escrito eran cartas para él. Sin embargo, eso ya suponía una novedad porque hasta ese momento no había sido capaz de escribir nada. Ahora se daba cuenta de que al escribir a Andrés se había vuelto a despertar en ella su pasión por la escritura, por narrar. Por expresar pensamientos y sentimientos poniendo una palabra tras otra. De entre todos los libros que tenía a la vista, uno de ellos llamó su atención y Sara lo cogió de la estantería. Era “El oficio de vivir” de Cesare Pavese, un libro que ella conocía bien, y en cuyas páginas se había introducido muchas veces. Lo abrió y buscó la última anotación del escritor italiano en su diario, fechada el 18 de agosto de 1950, unos días antes de que éste se suicidara. Ese día, Pavese llega a la conclusión de que la literatura no ha conseguido hacer más llevadera su existencia y, por tanto, debe renunciar a seguir escribiendo. Al leer esas últimas palabras, que Sara conocía a la perfección, no pudo evitar un estremecimiento: “Todo esto da asco –decía- Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más”. Tras la lectura de estas frases a Sara se le sobrecogió el ánimo y lamentó que alguien tan lúcido como Pavese, y que imprimía tanta fuerza a su escritura, no hubiera podido servirse de ella para evitar su muerte prematura. Sin embargo, ella lo comprendía. Porque a veces la lucidez, en lugar de servir de consuelo, desconsuela. Y Sara sabía por propia experiencia lo difícil que resulta reconciliar la ficción con la vida real. O lo que era lo mismo, lo sublime de la literatura con la mediocridad de la existencia cotidiana. En realidad, lo que hacían los escritores era vivir vidas imaginadas a través de sus personajes de ficción, para tratar de

sobrellevar mejor la realidad diaria. Y para intentar llenar el vacío de la existencia humana y encontrar algún sentido al sinsentido. Aunque algunos, como Pavese y otros tantos, no hubieran sido capaces de armonizar esas dos vidas: la real y la imaginada. Enfrascada en estos pensamientos, Sara se sobresaltó al oír el timbre. Era Andrés. Al escuchar su voz, el corazón empezó a latirle más deprisa y las piernas comenzaron a temblarle. Con la puerta de la casa entreabierta esperó a que subiera. Cuando llegó hasta ella, sus ojos se encontraron y su amplia sonrisa provocó que Sara se transportase a otro mundo, donde sólo había cabida para ellos dos. Mientras se abrazaban torpe y apresuradamente, aún junto al quicio de la puerta, ella pensó que ni la literatura más elevada, ni ninguna otra cosa en el mundo, reconfortaba tanto como el abrazo de la persona amada. Cogidos de la mano, pasaron al interior del apartamento y Sara volvió a experimentar la misma timidez que sintiera el día anterior en presencia de Andrés. Se sentaron en el sofá del salón y éste le echó el brazo por encima de los hombros, atrayéndola hacia sí. Permanecieron así juntos en silencio y, al cabo de unos instantes, él le retiró el brazo y volvió a cogerle la mano. Durante unos minutos hablaron de cosas intrascendentes, hasta que Andrés puso la mano de Sara sobre su sexo abultado y le dijo: “Mira”. Ella tocó por encima del pantalón su pene duro en erección, y él comenzó a acariciarle el pecho por encima de la camiseta, mientras la besaba apasionadamente en los labios. Sara respondió a sus besos y a sus caricias, que cada vez eran más ardientes. Con un deseo urgente, como si se les fuera a terminar la vida de un momento a otro, Andrés y Sara se trasladaron abrazados al dormitorio y se revolcaron sobre la cama. Allí continuaron los besos y las caricias mientras, poco a poco, cada uno desnudaba al otro. Durante un buen rato estuvieron recreándose en el juego amoroso. Gozando de su desnudez. El le lamía los pezones y ella recorría con su lengua el órgano viril. Su deseo y su pasión se desbordaba con cada abrazo, con cada roce. En el simple contacto



con la piel del otro. Con ternura, el sexo firme de Andrés se adentró en el de Sara, y los cuerpos de ambos quedaron acoplados como si ese fuera su estado natural. El jugueteaba con ella. Entraba y salía de la gruta entre sus muslos, cambiaba de postura y se volvía a introducir, estimulando el placer de Sara hasta que ella llegó a la culminación del orgasmo. Después fue Andrés el que alcanzó el clímax, derramando su fuerza vital en el interior de ella, mientras emitía exultantes gritos de gozo. Cuando terminaron de hacer el amor, tenían el pelo completamente mojado y sus cuerpos estaban sudorosos. Tanto, que al tocarse se les resbalaban las manos. Esto provocó la risa de ambos. Aún permanecieron un rato tumbados en la cama, y Andrés preguntó a Sara si es que no gritaba cuando tenía un orgasmo. Ella le respondió que, desde luego, no tanto como él. Luego, Andrés empezó a mostrar una inusitada preocupación por si habían manchado las sábanas. “No sé cómo lo haréis en tu casa –le contó a Sara- pero en la mía ponemos un pañito, luego lo recogemos y las sábanas se quedan limpias.” Asombrada y divertida con esta confidencia, ella tuvo que contener la risa porque no se veía, en plena excitación amorosa, preocupada por no manchar las sábanas. Con seriedad forzada, Sara le respondió a Andrés que a ella no le importaba que las sábanas se manchasen. Pero éste no pareció captar su ironía. Satisfechos y dichosos se abrazaron con entusiasmo y continuaron besándose y acariciándose, mientras hablaban de cosas intrascendentes. Ninguno de los dos daba muestras de querer marcharse. En un determinado momento, Andrés consultó el reloj que había dejado sobre la mesilla y, al verlo, anunció que debía irse ya. Habían transcurrido casi dos horas desde que él había llegado al apartamento. Sin embargo, el tiempo que habían permanecido juntos se había pasado con mucha rapidez. Decidieron que él saldría en primer lugar del piso y ella se iría después, cuando hubiera arreglado la habitación. Antes de irse, Andrés le comentó que al día siguiente no podrían verse, porque él tenía clase por la mañana y por la tarde. Quedaron

en llamarse y se despidieron con apasionados besos en el descansillo de la escalera, sin ganas de separarse.

Cuando Sara volvió a entrar al apartamento y se quedó sola, suspiró profundamente y se sintió flotar. Experimentaba por dentro una extraordinaria sensación de alegría y euforia. Realmente se sentía una persona feliz, capaz de comerse el mundo. Desbordante de energía, pensó que Andrés ejercía una influencia muy positiva sobre ella y que, en cierto modo, la había resucitado devolviéndole las ganas de vivir y las ganas de escribir. Aún un poco atolondrada por la experiencia que acababa de tener, miró el reloj y pensó que debía irse ya. Quizás con un poco de suerte Carlos aún no habría llegado a casa y ella no tendría que justificar su ausencia. Al pensar en su marido su ánimo se ensombreció un poco. Sara era consciente de que esa situación no podría durar eternamente y ella tendría que confesarle a Carlos que se había enamorado de otro, aunque Andrés no lo aprobase. Sin querer que este pensamiento estropease la alegría que sentía en esos momentos, Sara volvió a poner en la cama de Inés las sábanas que había antes, y recogió las que ellos habían utilizado. Mientras lo hacía, no pudo evitar una sonrisa al recordar lo que le había contado Andrés del pañito para que las sábanas no se manchasen. Su problema, en esos momentos, era qué hacer con las que acababa de recoger. Se detuvo unos instantes a pensarlo y le pareció ridículo pasearse por todo Madrid con las sábanas del adulterio para lavarlas en su casa. Decidió dejarlas allí, sobre la lavadora que había en una minúscula terraza al lado de la cocina. Después de revisar si todo estaba en orden, echó una última mirada al apartamento desde la puerta, como si quisiera retener en ese instante todas las sensaciones que había experimentado en aquel lugar. Cerciorándose de que la puerta estaba bien cerrada, bajó en el ascensor y salió a la calle con precipitación. Tuvo suerte porque casi inmediatamente pudo coger un taxi libre que pasaba por allí. Mientras el coche la llevaba a su casa, la mente de

Sara seguía aún en el apartamento que acababa de dejar, recordando los momentos de pasión que había vivido con Andrés. Ella aún tenía su olor metido dentro. Aún podía sentir a flor de piel el contacto de su cuerpo. De pronto le vino a la cabeza algo que él le había preguntado esa tarde: si usaba algún tipo de perfume que luego pudiera notar su mujer. Sara no usaba perfumes, y tampoco Andrés. Pero quizás su marido notase en su olor corporal que había estado con otro hombre. Se puso muy nerviosa ante esta posibilidad, y pensó que no servía para llevar una doble vida porque Carlos lo notaría enseguida. Cuando el taxi la dejó en la puerta de su casa eran casi las once de la noche. Mientras pagaba el servicio, supo que su marido ya había llegado porque se veía luz desde la calle. Intentó aparentar normalidad, y buscó las llaves en el bolso para abrir la puerta. Al coger las de su casa vio que se había quedado con las llaves del piso de Inés, en lugar de dejarlas en el buzón. Algo contrariada por el olvido, se quedó parada un momento y decidió que volvería a la mañana siguiente para dejarlas. Con cierto nerviosismo entró en su casa y se tropezó de frente con Carlos, que al oír la puerta había salido a su encuentro. Sin darle tiempo a reaccionar le preguntó:

-¿Dónde estabas? Me tenías preocupado. Te he llamado varias veces pero el teléfono estaba desconectado.

-¿Sí? –preguntó Sara para ganar tiempo- creí que lo tenía conectado.

Tras un breve silencio, recordó que esa mañana le había dicho a su marido que por la tarde vería a su agente literario. Y más tranquila respondió:

-He visto a Inés y nos hemos entretenido un poco. Te dije esta mañana que iría a verla ¿no te acuerdas?

Carlos sonrió, y mientras intentaba abrazarla dijo:

-Tienes razón, no me acordaba, vaya cabeza la mía.

Con toda la delicadeza de la que fue capaz, Sara se deshizo del abrazo de su marido y empezó a preparar la cena en la cocina, mientras Carlos le

comentaba cosas del trabajo. Aparentando un interés en la conversación que no tenía, Sara cenó con su marido en el salón y cuando terminaron ella le dijo que se iba a acostar porque se encontraba muy cansada.

-¿Te pasa algo, Sara?, le preguntó Carlos

-No –respondió ella desconcertada- ¿Por qué lo dices?

-No sé, te noto ausente –respondió él- parece como si tuvieras la cabeza en otro sitio.

Molesta con el comentario de su marido, Sara reaccionó bruscamente y le contestó:

-Dudo mucho que te importe donde tengo ahora la cabeza, cuando es evidente que desde hace mucho tiempo ya no la tengo aquí. Tú tampoco la tienes aquí – añadió subiendo el tono de voz- la tienes en el trabajo, en tu mundo. En un mundo que yo no comparto. ¿No te das cuenta de que cada uno de nosotros vive en su mundo y ya no tenemos nada que compartir?...

-Mira Sara –la interrumpió Carlos perplejo y enfadado por la reacción de su mujer- no sé qué coño te pasa, pero no tengo ganas de discutir. No te entiendo. ¡Claro que me ocupo de mi trabajo! ¿Qué culpa tengo yo de que tú no puedas hacer el tuyo?

A Sara aquellas palabras le sonaron como un reproche, un golpe bajo que no pensaba consentir. Pero cuando iba a responder, Carlos la interrumpió

-Déjame hablar –dijo- que aún no he terminado. Ya estoy harto de que te hagas siempre la víctima. Si ya no compartimos nada, no es por mi culpa. Yo no sé que hostias te pasa, no te entiendo. Sólo sé que tú vives encerrada en ti misma, en un mundo en el que yo no tengo acceso. Sí, Sara –añadió en un tono más sosegado- puede que no te des cuenta, pero eres tú la que te has cerrado en banda y no quieres compartir nada conmigo.

Las últimas palabras de Carlos afectaron profundamente a Sara. Impactada por lo que acababa de decirle su marido, se quedó en silencio unos momentos y al cabo de un rato sólo fue capaz de decir con voz imperceptible:

- Quizás lleves razón.

Cuando Carlos se acercó hacia ella con intención de consolarla, Sara le rechazó

-No, por favor –le dijo poniendo las palmas de las manos por delante- no te acerques. Es mejor que lo dejemos así. Ya hablaremos en otro momento, ahora estoy muy cansada y me voy a acostar.

Sara subió las escaleras, pero en lugar de detenerse en el dormitorio continuó hasta la buhardilla. Al entrar en su estudio, cerró la puerta tras ella y se tumbó en el sofá. Como si se hubiera abierto la compuerta de un pantano, algo cedió en su interior y se puso a llorar con desconsuelo. Lo que le había dicho su marido era verdad. Hasta ese momento ella no lo había pensado, pero Carlos llevaba razón. Del fracaso de su matrimonio, ella era tan culpable como él. Su marido había vivido en su mundo, pero ella también se había ido aislando en el suyo, hasta que ninguno tenía ya nada que compartir con el otro... Y los dos estaban solos. Sin dejar de llorar, Sara se preguntó en qué momento de su vida en común se había ido su convivencia al traste. Cuándo habían dejado de amarse con la pasión que Andrés y ella se habían amado esa tarde. Cuándo la ilusión por verse y estar juntos había cedido el paso a la rutina, a la obligación y al aburrimiento. Qué día habían dejado de pensar el uno en el otro cuando no estaban juntos, y en qué momento habían empezado a hacer el amor sin tener ganas de hacerlo. En los veinte años que llevaban casados, Carlos y ella habían discutido muy pocas veces. Se podían contar con los dedos de la mano. Sin embargo, eso no quería decir que fueran felices. En su casa nunca había broncas, había paz. Pero era la paz de los cementerios, y ellos, torpemente, habían confundido la ausencia de discordia con el amor.

Pero una cosa era no discutir, y otra muy distinta quererse. Y ellos ya no se amaban. Al menos como se debían amar dos personas que viven juntas. Se tenían respeto y podían sentir cariño por el tiempo que habían convivido. Pero ya no había ninguna complicidad entre ellos. Ya no tenían ninguna intimidad. Un poco más serena, Sara sintió lástima por su marido y, por primera vez, se dio cuenta de que Carlos debía sentirse tan solo como ella. Ninguno de los dos era responsable único de haber llegado a esa situación. Aunque ambos habían contribuido a ello con sus silencios. Sara pensó en Andrés, en el encuentro que habían mantenido sólo unas horas antes, y se preguntó si al llegar a su casa él la habría echado de menos, o si esa noche habría hecho el amor con su mujer con la misma pasión que lo había hecho con ella esa misma tarde. Al llegar a este punto, Sara sintió una especie de compasión por aquella mujer de la que ni siquiera sabía su nombre, y a la que Andrés estaba engañando. Esta sensación la irritó. “¡Sólo faltaba eso –se dijo- que sea yo la que se sienta culpable porque Andrés engañe a su mujer!”. Rechazando de plano esos sentimientos, se tapó con una manta y se dispuso a dormir aquella noche en el sofá de su estudio.

A pesar de que era temprano cuando se levantó al día siguiente, su marido ya se había marchado. Obsesionada con que debía dejar las llaves en el buzón de la casa de Inés, se duchó rápidamente, se vistió y, sin detenerse a desayunar, llamó a un taxi para trasladarse al apartamento de su agente literario. Aunque Inés le había dicho que no volvería de viaje hasta la tarde, no quería que si adelantaba la vuelta se encontrase con la sorpresa de que no tenía llaves para entrar en su casa. Cuando llegó al portal, las sacó del bolso y dudó un momento antes de dejarlas en el buzón. Movida por un extraño impulso, se encaminó al ascensor para subir de nuevo al apartamento. Mientras introducía la llave en la cerradura, sonrió pensando: “Pues es verdad que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen”. Al entrar al piso, se fue directamente al

dormitorio y se tumbó en la cama. Con los ojos cerrados empezó a revivir los momentos que había pasado con Andrés, sintiendo aún sus caricias y el olor de su cuerpo. Pero el insistente sonido de su teléfono móvil la sacó de su ensoñación. Y fue allí, sentada en la cama donde se había amado con Andrés, donde se enteró de que su madre había muerto.

## **Capítulo XV**

Fue María la que descubrió el cuerpo de Ana Martín inerte en el suelo junto a la bañera, el jueves 26 de abril. La asistenta tenía llave de la casa y cuando esa mañana fue a limpiar no le extrañó no ver a la dueña. A veces, cuando María iba a hacer la limpieza semanal, doña Ana, como ella la llamaba, había salido. Y en otras ocasiones, dependiendo de la hora, aún no se había levantado. Cuando María llegó ese día no oyó ningún ruido y, como hacía habitualmente, empezó con la limpieza del salón. Al terminar de fregar esa pieza, cuando iba a tirar el agua sucia del cubo en el aseo, vio luz a través de la puerta entreabierta del cuarto de baño. Se acercó llamando a la señora, y al no obtener respuesta asomó la cabeza con precaución. Lo primero que vieron sus ojos fue un enorme charco rojo en el suelo, y después el cuerpo desnudo de Ana Martín tirado sobre las baldosas blancas y negras. La primera reacción de María fue gritar y salir corriendo. Pero inmediatamente volvió sobre sus pasos, sin dejar de chillar y hacer aspavientos con los brazos, para socorrer a doña Ana. Fue en ese momento, al acercarse, cuando se dio cuenta de que la mujer estaba muerta. Aún más alterada, se precipitó hacia el teléfono para llamar a casa de Sara. Pero como nadie lo cogía, marcó el número de la agencia de publicidad de Carlos y, entre sollozos, le contó a éste que su suegra estaba muerta en el suelo junto a la bañera. Carlos le recomendó que no tocara



nada y que se tranquilizase. El mismo llamaría a la policía antes de irse rápidamente hacia allá. Cuando llegó a casa de su suegra la policía ya estaba hablando con María quien, entre gimoteos, contaba una y otra vez cómo había encontrado el cuerpo de Ana Martín. Los agentes dijeron a Carlos que todo indicaba que la anciana debía haberse caído cuando intentaba salir de la bañera, y el golpe de la cabeza en el suelo le había provocado la muerte instantánea. Según dedujeron, Ana Martín debió escurrirse e intentó agarrarse de la cortina de baño con su mano derecha. Al hacerlo, el peso de la mujer provocó que los frágiles ganchos saltasen por los aires, y ella cayó al suelo con la cortina aún fuertemente aferrada a su mano. Desde casa de su suegra, Carlos llamó al móvil de Sara para comunicarle la desagradable noticia, y después se puso en contacto telefónico con su cuñada Carmen.

Cuando Carlos localizó a su mujer en casa de Inés y le transmitió telegráficamente el suceso, ésta se quedó petrificada y sin palabras. Las lágrimas le asomaron a los ojos a borbotones, pero parecía que no era ella la que lloraba. Tardó unos momentos en reaccionar, y sólo fue capaz de decir: “Ahora mismo voy para allá”. Mientras se precipitaba corriendo hacia el ascensor, lo primero que le vino a la cabeza fue la visión que había tenido unas noches atrás en su estudio, en la que vio a su padre muerto diciéndole que iba a llevarse a su madre. El recuerdo de este extraño suceso, que ella había tenido arrinconado en su mente sin querer analizar, se le presentó en esos momentos con una sorprendente vivacidad. Y volvió a revivirlo como si esa alucinación explicase por sí misma la absurda muerte de su madre. Totalmente aturdida, aún tuvo la lucidez suficiente como para pensar que debía dejar en el buzón las llaves del apartamento de Inés. Y cuando lo hizo, salió a la calle para coger un taxi. En el mismo estado de sonambulismo, echó el alto a uno que pasaba por allí, y al subir al coche le dio la dirección de casa de su madre. Cuando llegó, José, el portero, la acompañó hasta el ascensor

mientras se lamentaba diciendo: “Pobre doña Ana, pobre doña Ana. ¡Es tan malo vivir solo!”. Al llegar arriba la puerta estaba abierta y a la entrada se encontraba su marido. Este la abrazó y, con suavidad, intentó impedirle que siguiera adelante:

-No pases ahora –le dijo- el forense está con ella para certificar la muerte.

Pero Sara continuó andando y le respondió:

-Quiero verla.

Más adentro vio a gente desconocida y entre todos distinguió a su hermana, que intentaba consolar a María. La asistente, todavía muy nerviosa, no dejaba de llorar. Al ver a Sara, se acercó hacia ella contándole entre gritos y sollozos cómo había encontrado muerta a su madre. Sara se dejó abrazar y cuando pudo desprenderse de los brazos y lamentos de María, continuó su camino hasta el cuarto de baño. Allí, al ver a su madre muerta en el suelo, con una manta sobre su cuerpo desnudo, empezó a llorar. Intentando controlar el llanto, se agachó y le apartó unos cabellos que tenía sobre la frente. Al tocar el rostro de su madre comprobó que estaba helada. Un escalofrío recorrió su columna vertebral y Sara pensó: “Es el frío de la muerte”. Retiró la mano, aún con el gélido helor metido en el cuerpo, y salió al pasillo secándose las lágrimas. Ya no volvió a llorar.

A partir de ese momento todo ocurrió con mucha rapidez. Fueron Carlos y Carmen los que tomaron el control de la situación con una eficacia profesional. En cuestión de apenas una hora, el cuerpo de su madre salió de la casa metido en un ataúd, con dirección al tanatorio, y todos se trasladaron allí. Su marido le informó que ya había hablado con Rodrigo, y que su hijo llegaría a Madrid esa misma tarde. Ya en el mortuorio, colocaron el ataúd con su madre muerta tras un cristal, que podía verse desde una sala circular. Casi de inmediato empezó a llegar gente que, en su mayoría, eran desconocidos para Sara. Ella recibía pésames y contemplaba la escena como si estuviera viendo

una película. Como si la contemplase desde algún lugar fuera de su cuerpo. El único pensamiento que se repetía machaconamente en su cabeza era éste: “Tengo que llamar a Andrés”. Poco antes de la hora de la comida pudo alejarse sin llamar la atención de aquella sala, y desde su teléfono móvil lo llamó. La voz alegre de Andrés se quebró enseguida al escuchar lo que Sara le estaba contando.

-Si quieres cuando termine las clases esta tarde me acerco por el tanatorio, le dijo.

-No, mejor que no vengas –le respondió Sara- mi marido va a estar aquí y le llamaría la atención. Sobre todo después de la bronca que tuvimos anoche...

-¿No le habrás dicho nada?, la interrumpió Andrés.

-No, no le he dicho nada –respondió ella denotando cierto enfado en la voz- pero tarde o temprano tendré que decírselo.

-Sara, no debes decirle nada –insistió él- tu marido no debe notar ningún cambio en ti. Mi mujer no ha notado ningún cambio en mi comportamiento desde que yo estoy contigo...

Algo en el interior de Sara se quebró al escuchar las últimas palabras de Andrés. Aunque permaneció en silencio, su mente empezó a pensar a una velocidad vertiginosa. A lo lejos, oía la voz de Andrés que continuaba hablando, pero ella no la escuchaba. Sólo podía percibir el sonido de sus propios pensamientos y la pregunta que una y otra vez resonaba en su cabeza: “¿Qué quiere decir con eso? ¿Tan bien miente como para que no se le note nada? ¿Tan cínico es?...

-¿De acuerdo, Sara?, concluyó Andrés.

-¿Qué quieres decir con eso?, preguntó ella.

-Qué quiero decir con qué ¿A que te refieres?, dijo él.

-Me refiero a qué quieres decir con eso de que tu mujer no nota que estás conmigo

-Sara, ¿no has escuchado lo que te he dicho? Hemos quedado en que ya hablaremos de esto. Ahora no me parece el momento oportuno.

-Tienes razón, Andrés. Perdona, estoy tan aturdida con lo de mi madre que tengo la cabeza un poco ida.

-Lo comprendo –dijo él- pero no te preocupes. Me gustaría estar ahí contigo para poder abrazarte. ¿De verdad no quieres que vaya? ¿Quieres que te llame luego?

-No, mejor no. El entierro es mañana a las diez, pero prefiero que hablemos cuando todo haya terminado. Ya te llamaré yo.

-Como quieras –dijo Andrés- pero si me necesitas no dudes en llamarme. A la Universidad, claro, no me llames a mi casa porque Pilar podría sospechar. Era la primera vez que Andrés pronunciaba el nombre de su mujer, y Sara se despidió de él con el sonido de ese nombre y la prohibición de llamarle a su casa retumbándole en la cabeza.

Al volver a la sala circular del tanatorio se sentó sola en un rincón frente al cadáver de su madre. No tenía ganas de ver a nadie. Ni fuerzas para recibir más pésames de gente que no conocía. Se encontraba muy cansada. Habían ocurrido demasiadas cosas en muy pocas horas, y no había tenido tiempo de asimilarlas. Miró a su alrededor y vio que su marido, mientras seguía recibiendo a gente, no dejaba de observarla. Seguramente estaba preocupado por ella pero no se atrevía a exteriorizarlo, después de la discusión que habían tenido la noche anterior. También se fijó en su hermana y la vio muy afectada, pero serena. Pensó que a Carmen se le había juntado todo: la separación de su marido, y ahora la inesperada muerte de su madre. Cerró los ojos, y recordó la última vez que habían estado las tres juntas, apenas unos días antes. Aquella comida en la que Carmen les había dicho que iba a dejar provisionalmente su trabajo. Rememoró la cara de preocupación de su madre y los reproches que a ésta le había hecho su hermana. ¿Quién les iba a decir en esos momentos que

sólo unos días después su madre iba morir? La muerte siempre se presentaba de improviso, sin avisar previamente. Sara abrió los ojos, se levantó de su asiento, y contempló con cariño el cuerpo amortajado de su madre a través del cristal. Sólo se le veía el óvalo del rostro. El resto de la cabeza estaba cubierta para ocultar el golpe que había sufrido al caer. Aunque estaba pálida, tenía el semblante tranquilo. Parecía dormida. Mirando aquel rostro familiar, Sara recapituló escenas vividas con su madre. Pero casi no pudo evocar nada de su infancia con ella. De esa época a quien más recordaba era a su padre. Los recuerdos más vívidos con su madre se remontaban a su adolescencia, y siempre estaban unidos a peleas y desencuentros. Quiso llorar, pero no pudo. Sobre todo al darse cuenta de que su madre estaba allí, de cuerpo presente, y se había ido de este mundo sin que ella tuviera la oportunidad de conocerla realmente. Y aunque las lágrimas no acudían a sus ojos, notó cómo la tristeza le atenazaba el pecho como si fuera una garra. Su hermana se acercó en esos momentos y cuando sus miradas se cruzaron Carmen se abrazó a ella y empezó a llorar. Permanecieron unos momentos abrazadas ante el cadáver de su madre, hasta que su hermana se serenó y le dijo:

-Anda, vamos a comer algo y a que nos dé un poco el aire. El ambiente aquí es irrespirable.

Agarradas por la cintura, Sara y Carmen se encaminaron a la cafetería que había en el mismo complejo mortuorio. Cuando iban de camino, Carlos las alcanzó y le dijo a Sara que se iba a Barajas para recoger a Rodrigo, y que allí mismo tomarían un bocadillo. Ella asintió con la cabeza como única respuesta, y siguió andando. Al llegar a la cafetería, las dos hermanas cogieron algo para comer en el autoservicio y se instalaron en la mesa más apartada y discreta que encontraron en un rincón. Nada más sentarse, Carmen le preguntó:

-¿Qué os pasa a Carlos y a ti? Y no me digas que nada porque el ambiente de frialdad que hay entre vosotros se podría cortar con un cuchillo.

A Sara le sorprendió la pregunta de su hermana, porque su relación siempre había sido superficial y no estaba acostumbrada a hablar con ella de cosas personales. Pero ese desconcierto inicial dejó paso a una sensación de íntimo agradecimiento, que le hizo responder a Carmen con toda sinceridad.

Necesitaba contárselo a alguien.

- Tengo un amante, dijo

- ¿Y lo sabe Carlos?, preguntó su hermana.

- Aún no –respondió Sara-. Lo cierto es que hace mucho tiempo que las cosas no van bien entre nosotros.

- Tu amante ¿cómo se llama? –preguntó Carmen- ¿está casado?

- Si, está casado, y se llama Andrés.

- ¿Andrés y tú estáis dispuestos a separaros para vivir juntos?, continuó preguntando Carmen.

- ¡Venga! –dijo Sara intentando forzar una sonrisa que no le salió- deja de interrogarme en plan abogada matrimonialista...

- Perdona –la interrumpió Carmen- debe ser deformación profesional. No quiero someterte a ningún interrogatorio. Si te pregunto es porque sinceramente me interesa saber lo que te pasa.

- No, perdóname tú a mí. Sé que preguntas con buena intención. Lo que pasa es que, como no tenemos costumbre de hablar sobre nuestras vidas personales o sobre lo que sentimos, tu pregunta me ha cogido de sorpresa, se disculpó Sara.

- Tienes razón. Tú y yo nunca hemos intimado mucho, pero esa es una de las cosas que estoy dispuesta a cambiar. Y más ahora que ya no está mamá. Ten en cuenta que en estos momentos tú eres mi única familia, concluyó cogiendo la mano de su hermana en un gesto de cariño.

Tras un breve silencio, Sara le contó a Carmen que Andrés y ella se habían conocido a través del correo electrónico, y cómo habían ido congeniando hasta

terminar por conocerse personalmente, convirtiéndose en amantes. También le contó que Andrés no iba a dejar a su actual mujer porque, según decía, no quería perder a sus dos hijos pequeños, como había perdido a su hija tras la separación de su primera mujer. Carmen suspiró profundamente y preguntó:

- ¿Y qué vas a hacer? La verdad, no te imagino manteniendo una relación a escondidas de tu marido. ¡Tú siempre has ido por lo derecho y a las claras! Algo que, por cierto, irritaba mucho a mamá. Recuerdo que ella siempre me decía que si hubieras sido un indio, llevarías las plumas más grandes y más vistosas para que te vieran venir, añadió sonriendo con nostalgia.

- No sé qué voy a hacer, estoy bastante confundida –dijo Sara con un tono de preocupación en la voz- Por una parte, mis sentimientos hacia Andrés son muy fuertes. Creo que nunca en mi vida me he entendido con ningún hombre como me entiendo con él. Ni siquiera con Carlos. Pero por otra parte me desconcierta. Veo cosas que no me encajan.

- ¿Qué cosas? –preguntó Carmen- ¿Crees que no te quiere como tú a él?

- No, no es eso. Es difícil cuantificar quien quiere más a quien. No es eso. Creo que los sentimientos son mutuos y que también Andrés se entiende conmigo como no se ha entendido con ninguna otra mujer a lo largo de su vida. De eso no tengo ninguna duda... Pero...

- ¿Entonces donde está el problema?

- No sé –añadió Sara encogiéndose de hombros- ahora que le conozco personalmente creo que existen contradicciones entre el Andrés con el que he intimado a través de la escritura, y el Andrés de carne y hueso. Sobre todo en lo que respecta a su familia. Sin embargo, estoy segura de que el auténtico Andrés, el de verdad, es el que se ha estado escribiendo conmigo.

- Pero eso que me dices es algo muy grave, dijo Carmen.

- Si, ya lo sé. Por eso estoy muy preocupada. Quiere estar conmigo, pero de tapadillo, sin que nadie se entere. Sin que se entere su mujer, naturalmente, y sin que nuestra relación afecte para nada a su vida familiar.

- Pero eso es imposible, Sara, y tú lo sabes. Es de una ingenuidad tremenda. Esas cosas tarde o temprano terminan saliendo a la luz. Te lo digo por experiencia. Estoy harta de tratar profesionalmente estas situaciones, y siempre terminan en divorcios.

- Ya. Pero lo peor no es que pretenda que nuestra relación no le afecte a su vida familiar. Lo peor es que quiere que tampoco afecte a la mía. Y eso si que ya me parece totalmente imposible, concluyó Sara.

Las dos hermanas acabaron de comer rápidamente en silencio y decidieron volver al tanatorio, sin tomar el café, porque ya habían estado ausentes demasiado rato. Mientras regresaban, Sara le preguntó a Carmen si seguía con la idea de dejar su trabajo.

- Sí –respondió- ya lo tengo todo dispuesto. Iba a decírtelo. Dentro de una semana dejo el bufete y me marché a recorrer a pie el Camino de Santiago.

- ¿Qué? –dijo Sara mirándola con cara de asombro- si me hubieras dicho que te ibas con los esquimales, no me habría extrañado tanto. ¿Y eso? ¿Cómo te ha dado por ahí?

- No sabría explicártelo –añadió Carmen- ¿te acuerdas cuando éramos pequeñas y papá nos mostraba en el cielo la Vía Láctea?

- Es curioso –meditó Sara- lo había olvidado por completo... Pero si, me acuerdo. Me acuerdo que nos señalaba las estrellas y nos enseñaba sus nombres.

-Pues unas noches después de aquella en la que Miguel se marchó de casa, soñé que estaba haciendo a pie el Camino de Santiago. Fue un sueño muy vívido que recordaba perfectamente cuando me desperté; algo nada habitual en mí. Y desde ese momento, empezaron a aparecer en mi vida, por todas



partes, referencias al Camino de Santiago. Sé que suena un poco raro, pero eso me hizo pensar que tenía que ir. Así que, en cuanto arreglemos todo el papeleo de mamá –añadió con alegría- me cuelgo la mochila y me voy a Roncesvalles. ¿Qué te parece?

- Me parece fenomenal –la abrazó Sara- estoy por irme contigo...

Los semblantes de las dos hermanas eran tan alegres, que cuando entraron al tanatorio se hicieron un gesto de complicidad para cambiarlos, con el fin de no llamar la atención. Nadie hubiera entendido que con su madre allí muerta ambas se mostraran tan felices. Sin embargo así era. Sara miró a Carmen y se sintió feliz. Nunca había estado tan cerca de su hermana como en aquellos momentos. La imagen de una distante y altiva doña perfecta, que durante tantos años ella había tenido de Carmen, había quedado definitivamente hecha añicos para dar paso a la de una mujer sensible e inteligente, que afrontaba su futuro con una valentía envidiable. Emocionada y contenta con el ser humano que acababa de descubrir, Sara se acercó hacia el lugar donde estaba el ataúd con su madre, y mirando aquel rostro tranquilo a través del cristal, le dijo en un tono imperceptible:

-Tú te has ido sin que yo pudiera conocerte, pero te juro que con Carmen no me va a pasar.

Tras pronunciar estas palabras, Sara se volvió y se encontró de frente con el rostro de Rodrigo. Abrazó a su hijo con todas sus fuerzas y sólo entonces pudo volver a llorar.

## **Capítulo XVI**

Las horas transcurrieron con mucha lentitud durante la madrugada en que Sara veló el cadáver de su madre. El sueño y el cansancio consiguieron vencerla en algunos momentos, pero la mayor parte del tiempo estuvo despierta. Sin embargo, no podía pensar en nada, tenía la mente en blanco. Observaba todo lo que pasaba a su alrededor como si fueran escenas en las que ella no pudiera intervenir. Quiso pensar en la conversación que había mantenido con Andrés, pero no pudo. Ningún pensamiento conseguía enraizar en su mente. Durante toda la tarde y hasta altas horas de la noche, fueron muchas las personas que pasaron por el tanatorio. Entre ellas Inés que, en cuanto se enteró de la noticia, acudió a dar el pésame a Sara. Cuando ésta la vio llegar se sonrojó de forma involuntaria, a pesar de que su agente literario no mencionó en ningún momento nada relativo a la cesión de su apartamento. Fue la propia Sara, cuando se despedía de Inés, la que le dijo:

- Espero que hayas encontrado todo en orden.
- Claro, mujer, no te preocupes ahora de eso. Todo estaba perfecto. Tanto – añadió Inés con un guiño de complicidad- que estoy dispuesta a dejarte las llaves otra vez cuando las necesites. Me las pedirás ¿verdad?

Sara asintió con la cabeza, sin poder evitar que los colores acudieran otra vez a sus mejillas.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, sólo los familiares más allegados se quedaron velando el cadáver de Ana Martín. Sus hijas, su yerno y su nieto.

Este último estaba muy apenado. Al ser Rodrigo el único nieto había creado unos lazos afectivos con su abuela que la mujer no tenía con ninguna otra persona. Todos estaban afectados y cansados y, aunque la madrugada transcurrió con mucha lentitud, apenas cruzaron palabra entre los cuatro. Rodrigo y su padre fueron los que más hablaron al principio de la noche. Pero conforme iban pasando las horas el silencio se fue imponiendo y cada uno se recogió en sus propios pensamientos. Sólo de vez en cuando se escuchaban los llantos y lamentos de otras personas que, en la sala contigua, velaban también a algún familiar fallecido. Con las primeras luces del día, acordaron ir a sus casas a cambiarse de ropa y disponerse para el entierro. La primera en marcharse fue Carmen y cuando ella regresó al tanatorio se fueron los demás. Al llegar a su casa, se asearon rápidamente y se vistieron con ropa oscura para la ocasión. Rodrigo se puso un traje, cosa nada habitual en él, y cuando Sara lo miró se sintió orgullosa de su hijo. Sobre todo cuando el joven dijo a modo de explicación: “A la abuela le hubiera gustado verme así”. Durante el trayecto en coche y el escaso tiempo que permanecieron en su casa, Carlos estuvo solícito y conciliador con Sara. Pero ella seguía manteniendo el distanciamiento y la frialdad que había provocado su última discusión. Al volver de nuevo al tanatorio tuvieron que atender a muchos conocidos que se habían acercado para asistir al entierro de Ana Martín. Cuando el coche fúnebre aparcó a las puertas del mortuario, cargado de coronas y ramos de flores, los encargados de la funeraria avisaron a la familia por si querían estar presentes cuando cerrasen el ataúd. Sara, Carmen y Rodrigo contemplaron abrazados, sin poder contener las lágrimas, cómo el cuerpo de su madre y abuela quedaba encerrado para siempre en la caja de madera. Mientras Carlos y su hijo ayudaron a trasladar el féretro hasta el coche de difuntos, uno de los hombres de la funeraria se acercó a Sara y le puso una pequeña llave en la mano. “Tenga –le dijo- es la llave del ataúd”. Sara la miró atónita, la apretó en

su mano y después se la guardó en un bolsillo de la chaqueta de cuero que llevaba puesta. Nunca se le había ocurrido pensar que los ataúdes tuvieran llave. Le pareció algo ridículo. ¿Cómo iba alguien a abrir un ataúd que estaba varios metros bajo tierra o dentro de un nicho?, pensó. El resto del ceremonial fúnebre transcurrió con mucha rapidez. La misa, celebrada en la misma capilla del cementerio, discurrió con celeridad porque había otro funeral esperando. Y las labores de entierro las realizaron los empleados del cementerio con rutinaria y aséptica profesionalidad. Al introducir en un nicho, situado en la tercera planta de un gran pabellón, la caja que contenía los restos de su madre, Sara se despidió mentalmente de ella. “Buen tránsito –le dijo- y perdóname si no he sabido comprenderte”. Este pensamiento provocó nuevamente que las lágrimas acudieran a sus ojos, y fue en esos momentos cuando Carlos se acercó hacia ella por detrás y la abrazó. Esta vez, Sara no rechazó el consuelo de su marido. Después de que el nicho quedase sellado provisionalmente, a la espera de la lápida definitiva, los conocidos allí congregados volvieron a darles el pésame y empezaron a despedirse, hasta que sólo quedaron los familiares más allegados. Al cabo de unos momentos, también se marchó Carmen, citándose con su hermana a la mañana siguiente en casa de su madre. Cuando Sara se quedó sola con su marido y su hijo, Rodrigo le dijo que, si no le importaba, cogería esa misma tarde el avión para regresar a Barcelona, porque al día siguiente debía entregar un proyecto cinematográfico. Sara respondió a su hijo que no se preocupase, que estaba bien, y que ella misma le llevaría al aeropuerto. Unas horas después, tras haber pasado por su casa y haber comido los tres juntos, Carlos se fue a trabajar y Sara despedía a Rodrigo en la terminal del Puente Aéreo en Barajas.

Cuando regresó a su domicilio, Sara se dejó caer en un sillón del salón y pensó en llamar a Andrés por teléfono. Sin embargo, desistió de hacerlo porque los viernes por la tarde él nunca iba a la Universidad. En esos

momentos lo que más necesitaba era hablar con Andrés, y sin embargo, posiblemente no pudiera hacerlo hasta el lunes. Le echaba mucho de menos y le hubiera gustado, por encima de cualquier otra cosa, escuchar su voz. Aunque fuera a través del teléfono. Pero la prohibición expresa que tenía de llamarle a su casa, le impidió marcar su número. Se sentía muy cansada. Pero no era sólo el cansancio físico producido por la noche sin dormir. Se sentía cansada por dentro, desanimada. Como si de pronto su alma tuviera que cargar con más cosas de las que ella podía asumir. Con la fatiga reflejada en su rostro, Sara se levantó del sillón y arrastró su cuerpo escaleras arriba hacia su dormitorio. Al llegar allí, bajó un poco la persiana, dejando sólo las rendijas, se desnudó, se puso el camisón y se metió en la cama con la intención de dormir un poco. Sin embargo, no podía conciliar el sueño. Quería meditar sobre la muerte de su madre, pero no dejaba de pensar en Andrés, en que lo necesitaba a su lado, y ni siquiera podía llamarlo por teléfono. Se sintió angustiada, como atrapada en un túnel cuyo final no se vislumbraba. Pensó que era Andrés quien la debía haber llamado. Pero luego se acordó de que había sido ella misma quien insistió en que no lo hiciera. Aún así, Andrés sabía que el entierro de su madre había sido a las diez de esa mañana y, sin embargo, no la había llamado. El círculo vicioso que estaban siguiendo sus pensamientos hizo que Sara se enfadase consigo misma. Saltando de la cama con decisión, dijo en voz alta: “Esto no puede seguir así”. Con ademanes rápidos bajó al salón, cogió su bolso y buscó en la agenda el número de la casa de Andrés. Se sentó junto al teléfono y lo marcó. A la segunda llamada una voz femenina le respondió: “Diga”, pero nada más oírla, Sara, con la mano temblorosa, colgó inmediatamente el teléfono. Al hacerlo, se sintió aún peor que antes. Una fuerte impresión le golpeó en el lugar donde se asientan las emociones, oprimiéndole el pecho. Y llena de rabia corrió escaleras arriba para ir a desplomarse sobre su cama. Allí empezó a llorar con gran

desconsuelo hasta que se fue calmando. Cuando se hubo desahogado, suspiró profundamente varias veces seguidas, se acurrucó bajo las sábanas y, casi instantáneamente, se quedó dormida.

Cuando se despertó ya casi había anochecido. Miró el reloj y vio que eran las ocho y veinte de la tarde. Se puso la bata encima del camisón y bajó a la cocina a prepararse un té con miel. Derramó el agua caliente sobre la infusión en una taza y subió a su estudio, donde empezó a bebérsela a pequeños sorbos mientras conectaba el ordenador. Después, se sentó frente a la pantalla y empezó a escribir a Andrés. Las palabras fluían en torrente y las ideas se agolpaban en su mente con más rapidez de la velocidad que llevaban sus dedos saltando por el teclado. Con toda sinceridad, pero sin concesiones, Sara le describió a Andrés su estado de ánimo y le expresó la autenticidad y profundidad de sus sentimientos hacia él. Recordó el apasionamiento con que se habían amado en casa de Inés y le subrayó lo importante que él era en su vida y la influencia tan positiva que ejercía sobre ella. “Yo nunca te voy a pedir nada Andrés –añadió- no quiero crearte ningún tipo de intranquilidad y comprendo y acepto tu decisión de no romper a tu familia. Te puedo asegurar que mi amor por ti es absolutamente honesto y desinteresado. Pero si yo no te pongo condiciones, te ruego que tampoco me las pongas tú a mí, imponiéndome que silencie nuestra relación a mi marido. Para ti quizás sea fácil continuar con tu vida familiar sin que tu mujer note nada, pero para mí no lo es. A mí me resulta muy difícil mantener la convivencia con Carlos mientras estoy enamorada de ti. Por otra parte –concluyó- no debes sentirte culpable si mi matrimonio llega a romperse. Como te he comentado en otras ocasiones, está roto hace mucho tiempo. Aunque yo haya necesitado conocerte a ti para darme cuenta de ello”. Cuando Sara terminó de escribir a Andrés se sintió mucho más tranquila y decidió que al día siguiente hablaría sinceramente con Carlos. Fuera cual fuera el criterio de Andrés, ella ni podía

ni quería continuar en ese estado. Nunca pensó que podría mantener con alguien una relación epistolar tan intensa como la que había tenido con Andrés. Y mucho menos, que llegaría a enamorarse de esa persona. Ahora, las cosas habían ido ya demasiado lejos y no tenían marcha atrás. Desde el momento en que se conocieron personalmente, la relación entre ellos había dejado de ser algo meramente virtual para convertirse en un vínculo afectivo, donde los sentimientos jugaban un importante papel. Y era ridículo e ingenuo pretender que esto no afectase a sus respectivas vidas familiares. Con las ideas claras y una gran tranquilidad interior, como no la había tenido en mucho tiempo, Sara remitió a Andrés por correo electrónico la carta que acababa de escribirle y bajó a la cocina a prepararse algo para cenar. Mientras lo hacía, recibió dos llamadas telefónicas. Una era de Rodrigo, para preguntarle cómo se encontraba y para comunicarle que él había llegado bien a Barcelona. La otra llamada era de Carlos para anunciarle que se iba a retrasar un poco. Tenía que concluir la supervisión de una campaña publicitaria esa misma noche, ya que durante el fin de semana los creativos no iban a trabajar. Carlos se interesó también por el estado de ánimo de Sara, y ésta le dijo que se encontraba bien, aunque muy cansada, por lo que pensaba acostarse enseguida. Y así lo hizo. En cuanto recogió lo que había utilizado para la cena se acostó y, sin permitirse pensar en nada, rápidamente quedó rendida por el sueño.

Al día siguiente, y después de haber dormido toda la noche de un tirón, Sara se despertó muy temprano, cuando apenas acababa de amanecer. Se levantó con mucho cuidado para no despertar a su marido, y se aseó y vistió con el mismo sigilo. Sin entretenerse para desayunar, cogió su coche y se dirigió hacia casa de su madre, donde había quedado con su hermana. La circulación era fluida los sábados a esas horas tan tempranas, y no tardó en llegar. Aparcó el coche muy cerca del portal, y comprobó que aún quedaba

más de una hora para que llegase Carmen. No se sintió con ánimos para subir ella sola al piso, y decidió dar un paseo por el Parque del Oeste, ubicado cerca de allí. Hacía una mañana soleada, típicamente primaveral. Al entrar en el recinto, un fuerte olor a tierra mojada le llenó el alma. Los encargados del jardín estaban regando y las flores albergaban entre sus pétalos pequeñas gotas de agua. Aquel parque ya no estaba igual que cuando su padre las llevaba a pasear, a ella y a Carmen, cogidas cada una de una mano. Sin embargo, el olor a tierra mojada le devolvió aromas de su infancia y de su adolescencia.

Respiró profundamente y al hacerlo recordó que allí, en aquel parque, se había fumado su primer cigarro cuando tenía... ¿cuántos años? ¿doce, trece? Era un Philips Morris largo, cuyo humo no se pudo tragar porque la hacía toser. Sara pensó que era curioso cómo los olores podían despertar los recuerdos. Incluso los que estaban escondidos en los rincones más recónditos de la memoria. A pesar del tiempo que había transcurrido, ella aún tenía metido dentro el olor del colegio de monjas al que había asistido de pequeña. Olor a rancio. A una mezcla de sudor y comida, a incienso y velas. Y al aguarrás y la cera con que les obligaban los sábados, que en aquella época había colegio por la mañana, a limpiar los pupitres de las clases. Por muchos años que pasasen, ella no podría olvidar nunca ese olor. Continuando con su paseo por aquel parque, Sara pensó que ahora ya no había olores tan penetrantes como los de antes. Los olores de ahora eran todos artificiales. Olía a falsa pulcritud, a desinfección. A desodorante y a perfume, a ambientador antitabaco. Olores artificiales para maquillar los otros, los olores de verdad. Sentada en un banco al sol, percibió los trinos de los pájaros. Miró hacía los árboles y los vio revolotear. Pensó que seguramente llevarían cantando desde que había llegado al parque, pero ella no los había oído hasta ese momento. Reflexionó sobre cuantas cosas no vemos ni oímos al cabo del día, y sin embargo están allí. Cerró los ojos, y trató de percibir el sonido de las aves. Al cabo de unos momentos, había



distinguido varios gorjeos distintos. Y hasta le pareció que le hablaban. Abriendo los ojos y dirigiendo la vista hacia las ramas preguntó en voz baja: “¿Qué queréis decirme?” Los pájaros redoblaron sus trinos y Sara continuó con su juego: “¡Eh! No tan deprisa, que no os entiendo”. Luego, como si en verdad estuviera manteniendo una conversación con aquellas aves, continuó hablando: “Si, ya sé que mi vida va a cambiar. Sois muy listos –añadió- pero no me habéis dicho nada nuevo. Eso también lo sé yo”. Al oír sus propias palabras, Sara permaneció un rato pensativa y, de repente, se levantó y se encaminó velozmente hacia casa de su madre. Antes de irse, volvió a mirar las ramas de los árboles mientras hacía un gesto con la mano para despedirse de los pájaros.

Cuando llegó al portal, José le informó que “doña Carmen” acababa de subir. Al entrar al piso de su madre comprobó que su hermana ya se había encargado de que limpiasen la sangre que había en el cuarto de baño. Todo estaba pulcro y en orden, y no había ninguna señal de que la muerte hubiera pasado por allí. Cuando Sara hubo terminado de recorrer toda la casa, Carmen le dijo: “Bueno, ¿por donde empezamos?, porque aquí hay para rato”. Sara se encogió de hombros y le respondió: “Tú mandas, ya sabes que para estas cosas soy una nulidad”. Empezaron por el dormitorio de su madre, que aún conservaba los muebles de cuando se casó con su padre. Era la única pieza de la casa que no había sido modernizada y entrar en ella era como introducirse en el túnel del tiempo y viajar a una época ya pasada. Aunque la habitación era luminosa, los muebles oscuros y antiguos le daban cierto aire sombrío. Antes de empezar a vaciar el armario y los cajones, Carmen le dijo a Sara que quería coger el tren hacia Pamplona, y desde allí un autobús a Roncesvalles, el 3 de mayo, cinco días después. Por lo que su intención era aprovechar el fin de semana y el puente del primero y el dos de mayo, que también era fiesta en Madrid, para concluir la revisión de la casa de su madre. Desde hacía ya

mucho tiempo, Ana Martín había dispuesto en su testamento que todo lo que tenía se dividiera a partes iguales entre sus dos hijas. Y ambas estaban de acuerdo en poner a la venta aquella casa. Durante toda la mañana, las dos hermanas metieron en cajas de cartón, que les había proporcionado José, las ropas de su madre y distintos enseres de la casa, que serían llevados a una institución benéfica. Mientras lo hacían, los recuerdos les iban saliendo al paso una y otra vez. De vez en cuando, Sara interrumpía a Carmen con algún vestido en la mano y le preguntaba: “¿Te acuerdas de esto?”. O era su hermana la que le enseñaba a ella las notas del colegio de cuando eran pequeñas, que su madre tenía guardadas entre las sábanas, o los recordatorios de su primera comunión. En una pequeña caja de plástico aparecieron las ombligueras que habían utilizado ambas de recién nacidas, con unos pequeños cartelitos en los que se indicaban sus nombres. Reviviendo tantos recuerdos, Sara se olvidó de Andrés. Por eso se sorprendió cuando su teléfono móvil le avisó de que tenía un mensaje escrito, y vio que era de él. Nunca antes había utilizado ese sistema para ponerse en contacto con ella. Con cierto nerviosismo, pulsó la tecla correspondiente y leyó: “¿Cómo estás? Te llamaré esta tarde. No me contestes aquí”. Sara sintió una gran alegría ante la perspectiva de poder hablar con Andrés. Se preguntó si él habría tenido ocasión de leer la carta que le había enviado el día anterior. Pero dedujo que no, que lo más probable es que no pudiera verla hasta el lunes, cuando volviera a la Universidad. Si es que no hacía puente ese día. Visiblemente contenta por el mensaje que había recibido, Sara continuó junto a su hermana removiendo el pasado que se escondía en aquellos cajones. Cuando se hizo la hora de comer, ambas bajaron a un bar cercano y se pidieron unos bocadillos. Mientras se los comían, Carmen se mostró muy ilusionada con la perspectiva de recorrer a pie el Camino de Santiago y le contó a Sara con entusiasmo sus preparativos. Le mostró las botas que llevaba puestas y le explicó que ya hacía

tiempo que andaba con ellas, con el fin de domarlas para que no le hicieran rozaduras durante su marcha por el Camino. Sara bromeó y le dijo que, en verdad, se la veía como niña con botas nuevas. De pronto Carmen le preguntó:

- ¿Por qué no te vienes conmigo?

- No, por Dios –respondió Sara- no me veo yo andando 800 kilómetros...

- ¿Por qué no? –la interrumpió Carmen- yo tampoco me hubiera visto hace dos meses, y sin embargo, aquí me tienes.

- Ya –dijo Sara- pero a ti nada te retiene aquí. Y yo tengo un problema grave con el que me tengo que enfrentar. Si me fuera contigo, además de la mochila tendría que cargar con mi problema a cuestas, y no podría soportar tanto peso. Eso sí, quiero que me llames o me escribas, y me cuentes tu experiencia con pelos y señales. Bueno... lo que se pueda contar claro, añadió con un tono de malicia.

Las dos hermanas rieron y siguieron hablando mientras se tomaban un café. Cuando terminaron y se dirigían de nuevo a la casa de su madre, Carmen se paró en seco y exclamó de pronto:

-¡¡Dios, casi me olvido!! No te he dicho que mi ex marido y su preciosa muñequita van a tener un bebé.

-¿Qué me dices? –se asombró Sara- pero si contigo no quiso tener hijos y a los que tuvo con su primera mujer nunca les hizo ni puñetero caso.

- Pues ya ves –continuó Carmen con regocijo- me enteré el otro día. Ahora resulta que la espantó y las prisas por acelerar el divorcio se debían a que la había dejado preñada.

Riéndose abiertamente, como si lo que le había contado Carmen fuera la noticia más graciosa del mundo, Sara le preguntó a su hermana.

- Hombre, ella es muy joven, ¿pero es que Miguel no sabe que existen métodos anticonceptivos? Condones, por ejemplo.

- Vete tú a saber. Durante nuestro matrimonio fui yo la que tomé la píldora. De todas formas –añadió Carmen con seriedad fingida- ya sabes que él no se ponía nada que no fuera de marca. Y que yo sepa, hay condones de sabores, pero no de Lacoste ni de Emidio Tucci.

Las últimas palabras de Carmen fueron celebradas con grandes carcajadas por las dos hermanas. Aún les duraba la risa cuando entraron al portal de casa de su madre, y esto provocó que José las mirase con un gesto de desaprobación, mientras murmuraba algo entre dientes.

Al llegar de nuevo al piso continuaron con su labor de revisión separando lo que debían llevarse de lo que tenían que tirar. Conforme avanzaba la tarde, Carmen observó que Sara consultaba continuamente el reloj y se iba poniendo cada vez más nerviosa, esperando la llamada de Andrés. Eran casi las ocho cuando éste la llamó, y Sara se metió sola en una habitación para hablar con más intimidad. Lo primero que le dijo Andrés es que casi no disponía de tiempo para hablar con ella. Según le explicó, su mujer, como todas las tardes, había bajado con los gemelos al Retiro, que estaba situado frente a su casa, y él había logrado quedarse, para poder llamarla, con la excusa de que debía terminar un trabajo en el ordenador.

- Pero tengo que bajarme enseguida –añadió- porque sino mi mujer sospechará algo raro.

A Sara le dieron ganas de colgarle el teléfono y gritarle que se fuera con su mujer, pero en lugar de eso le preguntó, intentando ocultar su mal humor:

- ¿Has visto la carta que te remití anoche por correo electrónico?

- Sí, la he visto –le respondió- esta mañana he tenido que ir a mi despacho a por unos exámenes que tengo que corregir, y he mirado el correo, por si me habías escrito. No te he podido llamar desde allí y por eso lo hago ahora, para pedirte que no hables con tu marido.

Un pesado silencio siguió a las palabras de Andrés. Sara se sintió cansada de pronto, sin saber qué decir. Finalmente habló:

- Mira Andrés, creo que este no es un asunto para hablarlo por teléfono.

¿Cuándo nos podemos ver?

- Hasta el lunes no podremos hacerlo. En la Universidad hacemos puente, pero diré en mi casa que tengo que ir y podemos quedar por la mañana. ¿Te parece bien?

Después de quedar con Andrés, Sara colgó el teléfono sintiendo muchas ganas llorar. Pero no lo hizo. Continuaron con el trabajo de revisión una hora más, hasta que decidieron dejarlo para el día siguiente. Con toda prudencia, Carmen evitó preguntarle a Sara por su conversación con Andrés. Cuando se despidieron ya en la calle, abrazó a su hermana mayor y le dijo: “Venga, no te preocupes, ya verás como todo sale bien”. Sara no respondió, sólo asintió con la cabeza y se encaminó hacia el coche para regresar a su casa. Condujo como una sonámbula, sin darse cuenta del camino, sólo pensando en la insulsa conversación con Andrés, y en que su relación con él iba a ser mucho más difícil de lo que esperaba. Pensó que la vida era sorprendente, sin saber que la sorpresa del día aún estaba por llegar. Después de guardar el coche en la cochera entró al salón y vio a su marido sentado en el sofá, con muy mala cara. Al verla, Carlos le preguntó a bocajarro:

-¿Quién es Andrés Salinas Torres?

## **Capítulo XVII**

Nada más escuchar la pregunta de Carlos, y aún antes de que le diera tiempo a responder, Sara vio encima de la mesita que había delante del sofá un montón de folios. Inmediatamente reconoció las cartas de Andrés, que ella tenía archivadas en su ordenador, y pensó que su marido las había encontrado e de qué. Con la mirada fija en esos folios y con una creciente indignación por dentro, Sara respondió:

-¿Quién te ha dado permiso para sacar esas cartas? Me parece que van dirigidas a mí, y no a ti. No tienes ningún derecho a leer mi correspondencia.

-Y tú –dijo Carlos- ¿tienes derecho a engañarme?

- Iba a decírtelo, respondió Sara con un tono crispado en la voz.

- Pues dímelo. Aún no has contestado a mi pregunta. Te la repetiré otra vez:

¿Quién es Andrés Salinas Torres?

- Es un amigo, dijo Sara bajando la voz.

- ¿Ahora te acuestas con los amigos?, preguntó Carlos de forma despectiva.

- Vaya –dijo Sara con furia, saliendo con rapidez de la habitación y encaminándose hacia las escaleras- veo que has estado muy entretenido leyendo mi correspondencia privada. No sé para que me preguntas, si ya lo sabes todo.

Sara subió hasta su estudio y vio, sobre la mesa del ordenador, las cartas impresas que ella le había enviado a Andrés. Carlos, que había subido tras ella, continuó gritándole, muy alterado.

- Sí, me he enterado de todo. He leído toda vuestra ardiente correspondencia. Las cartas que él te ha escrito a ti, y las que tú le has mandado a él. Me he encontrado con esa sorpresita, cuando he ido a utilizar tu ordenador para revisar un contrato de la agencia. Ahora comprendo muchas cosas y de dónde ha salido tu repentina euforia. ¡Esto es alucinante! ¡Y yo preocupándome por ti!

En silencio, Sara se dejó caer en el sofá tratando de contener la indignación que sentía en esos momentos. No sabía qué era lo que le irritaba más. Si que Carlos le hubiera leído las cartas, o que se hubiera enterado de todo sin darle tiempo a contárselo, como era su intención. La rabia le impedía hablar, pero su marido, un poco más calmado, se sentó a su lado e insistió:

-Bueno, pues tú dirás, sigo esperando una explicación.

Sara suspiró profundamente, y tras un breve silencio respondió:

- No hay nada que explicar. Me he enamorado de otro. Eso es todo. Nunca pensé que me ocurriría algo así, y menos de esta forma tan estúpida, a través de Internet, pero ha ocurrido. Puesto que has leído todas las cartas debes saber que mi intención era contártelo...

- Pero no me lo has contado –la interrumpió Carlos- y he tenido que enterarme de pura casualidad. Voy yo tan inocente con mi disquete a mirar un contrato, y me encuentro con que mi mujer me está poniendo los cuernos a la chita callando. ¡Ese no es tu estilo, Sara!, añadió gritando mientras se levantaba del sofá.

- Tienes razón –se quejó ella elevando también la voz- no es mi estilo. ¿Y el tuyo –preguntó- el tuyo es espiar lo que tengo en mi ordenador? ¿Dime, es ese tu estilo? Porque las cartas estaban guardadas en una carpeta. Y si no la abres, no puedes ver lo que contiene, gritó cada vez más enfadada.

Ambos permanecieron un buen rato en silencio, sin mirar al otro, concentrados en sus propios pensamientos. Fue Carlos el primero en volver a hablar, al preguntar a su mujer:

-¿Qué piensas hacer ahora? Porque según se deduce de tu última carta tu amiguito del alma no tiene la más mínima intención de dejar a su mujer. Te quiere mucho, pero sólo para un ratito. Lo que le interesa es un “apaño” contigo, pero sin que eso ponga en peligro su sagrada familia, dijo pronunciando las palabras con un marcado retintín.

La indignación de Sara crecía por momentos. Sin poder ocultar su rabia le respondió a gritos:

- A ti eso no te importa. Lo que decidamos hacer Andrés y yo no es cosa tuya. Eso sólo nos incumbe a nosotros, pero a ti no te interesa.

- Naturalmente que me interesa –dijo Carlos- si alguien se está acostando con mi mujer me interesa.

- ¿Mi mujer? –tronó Sara- ¿Y yo no cuento? ¿Acaso soy un objeto de tu propiedad?

- No eres ningún objeto, pero te guste o no, eres mi mujer. Al menos de momento, concluyó Carlos.

- Puedo dejar de serlo cuando quieras –le respondió Sara retándole con la mirada- lo mejor que podemos hacer es separarnos...

- No tan deprisa –la interrumpió Carlos- ahora no tengo ganas de seguir discutiendo. Estoy cansado y tengo sueño. Vosotros ya os habéis divertido, ahora me toca a mí.

Sorprendida por la brusquedad con que su marido había cortado la conversación, y por sus últimas palabras, Sara contempló a Carlos saliendo de la buhardilla. Nada más quedarse sola se levantó del sofá, cerró la puerta de un portazo y empezó a llorar. La forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos le provocaba sentimientos de cólera hacia su marido. No



entendía qué había querido decir Carlos con que ahora le tocaba divertirse a él. Pensó que debía avisar a Andrés, pero no había modo de hacerlo hasta que se vieran en la mañana de lunes. Con rencor creciente hacia su marido, resonó en sus oídos la frase que acababa de decirle: “Tu amiguito del alma no tiene la más mínima intención de dejar a su mujer. Te quiere mucho, pero sólo para un ratito”. La furia que venía experimentando hacia Carlos, se hizo extensiva en esos momentos al propio Andrés. Por primera vez en los últimos meses dudó abiertamente de él y vio a esa persona especial, con la que tanto sintonizaba y a quien tanto amaba, como un hombre de lo más vulgar. Lo vio como el típico “cincuentón” que se dedica a ligar amparándose en que no es feliz con su mujer, de la que, sin embargo, no quiere separarse. Sara continuó llorando con rabia y con un fuerte resentimiento hacia Andrés. Era como si todas las dudas que ella había ido acallando desde que recibió su primera carta, adquirieran de repente vida propia, y hubieran decidido dejar de esconderse para salir a la luz. Sara intentó silenciar estos pensamientos, pero éstos ya se habían rebelado y era demasiado tarde para ignorarlos. Se sintió apesadumbrada y pensó que, en el mejor de los casos ¿qué tipo de relación le esperaba a ella con Andrés? Después de haberse conocido personalmente y de haber hecho el amor, ya no tenía sentido continuar con un contacto exclusivamente epistolar. Gracias a las cartas, se habían conocido en profundidad, habían intimado y habían llegado a amarse. Pero desde el momento en que se habían visto, la relación a través de la escritura se quedaba demasiado corta, fuera de lugar. En lo más profundo de su alma una certeza luchaba por salir, aunque ella se negaba a albergar ese sentimiento. Con un gran agotamiento interior, finalmente Sara cedió. Y al dejar emerger el torrente de sus emociones supo, sin lugar a dudas, que su relación con Andrés terminaría por romperse y que tampoco podría seguir con Carlos. Un terrible sentimiento de soledad se apoderó de ella. Y, sin embargo,

al cabo de unos momentos, experimentó una gran paz interior que la arrastró al sueño de forma tranquila.

Durante todo el domingo Sara permaneció junto a su hermana en casa de su madre, dedicada a revisar cajones y empaquetar cosas. Su estado de ánimo continuó siendo tranquilo, como el que se sabe poseedor de un secreto que no conoce nadie más. No comentó a Carmen nada de lo que había pasado con Carlos la noche anterior, y tampoco vio a su marido en todo el día. Cuando ella se levantó por la mañana, después de haber dormido en el sofá de su estudio, Carlos se había ido. Y cuando Sara regresó a su casa por la noche, él ya había ocupado el dormitorio, y ella optó por volver a dormir en el sofá de la buhardilla. En su interior, había pactado una tregua consigo misma hasta que el lunes pudiera hablar con Andrés. Y para su asombro, la estaba cumpliendo a la perfección, sin dejar que ningún pensamiento relativo al conflicto que vivía anidara en su mente. Sin embargo, cuando se levantó el lunes y se encaminó a su cita con Andrés, todas las defensas que había levantado en su interior se vinieron abajo y ella volvió a encontrarse muy alterada. Cuando llegó a la cuesta de Moyano, que es donde habían quedado, Andrés ya la esperaba hojeando libros. Se besaron en las mejillas y él la cogió del brazo llevándosela hasta la terraza de un bar cercano, en una discreta calle de la zona. “Me gustaría pasear contigo de la mano por el Retiro –le dijo- pero quizás baje Pilar con los niños”. La alegría que se reflejaba en el rostro de Andrés, contrastaba con la preocupación que se veía en la cara de Sara. Sin muchos preámbulos, ésta le contó lo que había sucedido el sábado por la noche en su casa, y cómo su marido se había enterado de su relación, con pelos y señales, gracias a que había leído todas las cartas que se habían intercambiado. Andrés escuchó el relato de Sara sin interrumpirla, y las primeras palabras que pronunció fueron para reprocharle que no hubiera sido más cuidadosa a la hora de guardar su correspondencia.

-¿Cómo no se te ocurrió guardarlas con una contraseña? –dijo Andrés- yo tengo todas tus cartas camufladas dentro de varias carpetas y con distintas contraseñas. Es imposible que nadie pueda pillarlas.

Sara se quedó atónita. No podía creer que lo que más le preocupase a Andrés en esos momentos era qué sistema había utilizado ella para guardar sus cartas en el ordenador. Tras un pesado silencio acertó a decir:

- Nunca pensé que debiera esconderlas. No creí que Carlos se dedicara a registrar en mi correo electrónico.

Andrés le cogió con discreción una mano y como si se tratase de una niña pequeña a la que hay que tranquilizar le dijo:

- Bueno, no te preocupes, ahora lo importante es apaciguar a tu marido. Debes decirle que has roto conmigo. ¿Quieres que hable yo con él?

Sara miró a Andrés con cara de incredulidad, pero éste continuó hablando.

- Lo mejor es que no se hubiera enterado de nada, pero una vez que lo sabe hay que convencerle de que hemos terminado nuestra relación –añadió- y claro, a partir de ahora tendremos que ir con muchísimo cuidado...

-Yo no voy a decirle a Carlos que hemos terminado –le interrumpió Sara con determinación- no quiero pasarme la vida escondiéndome como si estuviera haciendo algo malo.

- No hace falta que tú le digas nada si no quieres –le dijo Andrés sonriendo y acariciándole la cara- yo puedo ir a verle y hablar con él. Así sonará mucho más convincente y nosotros podremos seguir juntos como si no hubiera pasado nada. Aunque, eso sí, con mucho cuidado. Ahora tendremos que extremar las precauciones.

Sara no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué era exactamente lo que le proponía Andrés, que hiciera como si no hubiera pasado nada?

- ¿Cómo quieres que actuemos como si nada hubiera pasado? ¿Crees de verdad que no ha pasado nada? ¿Crees que yo puedo llegar ahora a mi casa y

decirle a mi marido que ya no estoy enamorada de ti y que quiero seguir con él? ¿Cómo puedes proponerme algo así?, preguntó Sara cada vez más enfadada.

- Así es como tienen que ser las cosas, Sara –respondió Andrés sorprendido por la reacción de ella- siempre he condicionado nuestra relación a que ésta no afectase a nuestros matrimonios ni a nuestras vidas familiares. ¿Sabes lo que a mí me gustaría? Me gustaría estar contigo todos los días. Verte a diario, ir al cine contigo, viajar juntos, compartir todo. Eso es lo que me gustaría, pero no puede ser. Te quiero muchísimo, mucho más de lo que tú te crees, y nunca he mantenido con nadie una relación de igual a igual, con tanta intensidad y tanta intimidad como la tengo contigo. Por eso no quiero perderla por nada del mundo, pero las cosas no son como a mí me gustaría que fueran. Si yo no estuviera casado y tú tampoco –añadió- ya estaríamos viviendo juntos, pero no puede ser. Mis hijos son muy pequeños y vivimos en una sociedad que se sustenta en ciertas reglas. Pensar de otra manera es una ingenuidad, y supone no tener los pies en el suelo. Por eso tenemos que seguir viéndonos a escondidas, y para ello es necesario que tu marido crea que hemos roto. ¿Le dirás que ya no estamos juntos?

Mientras le hacía esta pregunta, Andrés cogió con sus manos los hombros de Sara, y la volvió un poco hacia él para verle directamente los ojos. Ella bajó la mirada y él le cogió suavemente por el mentón con una mano, obligándola a levantar la vista. Sara tenía ganas de llorar, y tragó saliva para evitar que se le saltasen las lágrimas. Una profunda tristeza se reflejaba en sus ojos cuando éstos se encontraron con los de Andrés, que le dirigía una mirada suplicante. Sin decir palabra, él hizo un gesto de interrogación casi imperceptible, y Sara respondió en voz baja:

-Sí, se lo diré.

Permanecieron un rato en silencio, mientras Andrés le acariciaba el cabello con ternura y le besaba las manos que tenía cogidas entre las suyas. Sara se sintió muy cansada, sin fuerzas para seguir discutiendo. Miró el reloj, y le dijo que debía volver a casa de su madre para terminar de empaquetar cosas, porque su hermana se quería marchar de viaje al finalizar el puente, dejando el piso vacío. Andrés quedó en llamarla por teléfono cuando volviera el jueves a la Universidad, un día después de la festividad del 2 de mayo, o durante el puente si tenía ocasión de hacerlo. “Aunque es muy difícil –le dijo- porque cuando no trabajo, en mi casa no puedo estar ni un minuto solo”. Sara asintió con la cabeza con gesto de cansancio, al tiempo que le respondía: “No te preocupes. Estaré bien”.

Cuando se despidió de Andrés, Sara creyó que el mundo se movía bajo sus pies. Un sentimiento de desolación se adueñó de su alma y pensó que iba a desplomarse allí mismo en plena calle. No tenía fuerzas para sostenerse en pie. A tientas, abrió su bolso y buscó en su interior las gafas de sol para ponérselas y que nadie notase que estaba llorando. Abrió la boca para respirar porque el aire no le llegaba a los pulmones. Una sensación de ahogo anidó en su pecho, mientras las manos le sudaban y las piernas le temblaban. Un ligero vértigo la obligó a apoyarse en una pared para no caerse, y allí permaneció un rato que le pareció eterno, gimiendo y llorando. La gente que pasaba por su lado la miraba de reojo, pero nadie se acercó a ella para ver si necesitaba ayuda. Poco a poco se fue calmando y echó a andar como una sonámbula, sin saber muy bien hacia donde se encaminaba. Cuando pudo pensar con un poco de claridad, recordó que debía ir a casa de su madre. Y aunque quedaba lejos de donde se encontraba, decidió que iría andando. Necesitaba caminar para poner en orden sus ideas y para que le diera el aire. Por primera vez reparó en el día que hacía, y vio que era magnífico. Cálido y soleado. Se quitó la chaqueta que llevaba puesta y se remangó la camisa hasta el codo. Aspiró el aire con fuerza

y se encaminó con determinación hacia la casa de su madre, procurando no pensar. Se preguntó si el hombre del que acababa de despedirse era el mismo Andrés del que ella se había enamorado. Algunas de las palabras que él había pronunciado esa mañana, eran inconcebibles en el Andrés que ella creía conocer tan bien. Mientras seguía caminando, Sara se dijo que no era posible que se hubiera equivocado tanto a la hora de saber cual era la auténtica personalidad de Andrés. El que ella había conocido a través de los escritos, con el que había intimado, y al que amaba, era una persona única y especial. Sensible, honesta y valiente, que anteponía siempre sus sentimientos y convicciones a los condicionamientos sociales. O al menos eso era lo que ella había creído hasta ese momento. Sin embargo, el hombre del que se acaba de despedir era una persona cobarde, incapaz de dejar a su mujer, con la que no tenía nada en común, absolutamente tiranizado por su esposa y supeditado al qué dirán. Y lo que ese hombre le proponía era una relación clandestina, una especie de doble vida basada en mantener la apariencia social y en el engaño a sus respectivos cónyuges. Pero Sara no quería vivir así. Amaba a Andrés, no podía negarlo, y por eso estaba dispuesta a seguir con él, a pesar de todo. Aunque no creía que una situación así pudiera durar. Pero de ninguna manera iba a mentir a Carlos, diciéndole que había roto con Andrés cuando eso no era verdad. Y no sólo no iba a engañarle, sino que hablaría con su marido para pedirle la separación. Al margen de su relación con Andrés, lo que veía con claridad es que su matrimonio estaba roto desde hacía tiempo, y lo mejor era ponerle fin. No deseaba hacer daño a Carlos. Estaba convencida de que su marido aún la quería. Y pensó que ella también le quería a él. Sin embargo, con el tiempo ambos se habían ido distanciando y su amor inicial había ido dejando paso a un cariño casi fraternal, que nada tenía que ver con lo que ella sentía por Andrés. Reconfortada con la decisión de separarse de su marido, que acababa de tomar, Sara pensó en cómo reaccionaría Andrés. Casi

inmediatamente, la fuerza interior que acababa de experimentar se esfumó por completo y volvió a sentirse cansada, floja y mareada, al ver que era precisamente la relación con Andrés, y no la que tenía con su marido, la que le provocaba el conflicto. Casi sin darse cuenta, como una autómatas, continuó andando hasta que llegó al portal de casa de su madre, y a duras penas consiguió coger el ascensor. Cuando su hermana le abrió la puerta y la vio, le dijo asustada:

- Dios mío, Sara, estás pálida. ¿Qué te pasa?

Sara se desplomó literalmente en sus brazos, y mientras las lágrimas acudían en torrente a sus ojos le respondió:

- Ya no puedo más.

## **Capítulo XVIII**

Carmen ayudó a Sara a entrar y a tumbarse en la cama de su madre. Le tocó la frente y comprobó que tenía fiebre. La tapó con una manta y cuando Sara intentó hablar, le puso la mano sobre los labios y le dijo: “Ahora no, luego me lo contarás, ahora descansa un poco”. Le cogió la mano y se quedó con ella un rato hasta que la respiración de su hermana mayor se acompasó y confirmó que se había dormido. Sara continuó durmiendo varias horas, mientras Carmen pasaba de vez en cuando a la habitación para ver cómo estaba. Cuando se despertó ya había anochecido. Al abrir los ojos en un dormitorio que no era el suyo, le costó un tiempo verificar dónde estaba y recordar cómo había llegado hasta allí. Cuando se acordó de lo que había sucedido intentó levantarse. Pero Carmen, que entraba a la habitación en esos momentos, se lo impidió.

-Estate quieta –le dijo- hace un rato tenías fiebre. Mejor quédate en la cama un poco más y, si quieres, cuéntame lo que ha pasado.

Sara hizo un relato cronológico a su hermana, empezando por la noche en que Carlos había descubierto las cartas de Andrés. Después le contó la conversación que esa misma mañana había tenido con éste, y la decisión que ella había tomado de separarse de su marido, después de haber hablado con Andrés. Carmen la escuchó en silencio y cuando Sara terminó de hablar, le tocó de nuevo la frente como dándose tiempo para responder.



-Ya no tienes fiebre –le dijo- has debido de sufrir una bajada de tensión o algo así, a causa del berrinche y de la caminata que te has dado. ¡A quién se le ocurre venirse andando desde Atocha, y además en esas condiciones! Tú debes estar loca, hermanita, le riñó cariñosamente.

Sara se encogió de hombros y le respondió:

-No te estoy siendo de mucha ayuda en estos momentos, ¿verdad? Te estás cargando tú sola con todo el trabajo de la casa, y encima tienes que soportar estos numeritos.

-No te preocupes ahora por eso. La casa ya está casi preparada. Aunque mañana sea fiesta, he conseguido que vengan por la tarde a llevarse las cajas y los muebles. Así que en 24 horas estará vacía. Lo que me preocupa eres tú. Para empezar, esta noche te vienes a dormir conmigo. Llamas a Carlos, o si quieres lo llamo yo, y le dices que te vienes a mi casa a dormir porque hoy vamos a terminar de recoger ya tarde, y mañana vienen a llevarse los muebles. Y luego Sara –añadió suspirando- luego tienes que empezar a tomar las riendas de la situación, porque este problema te está desbordando. Me gustaría que hubieras visto en qué condiciones has llegado hasta aquí. Estabas hecha un guiñapo. ¡Nunca te había visto así! Y eso no puede ser. A mí me tienes aquí para hablar todo lo que quieras, pero las decisiones las tienes que tomar tú. Me da la impresión de que el problema no es que tengas dudas, que no sepas qué hacer. Tú eres una persona inteligente y creo que en tu fuero interno tienes las cosas muy claras. El problema no es que no sepas qué hacer. El problema es que no quieres aceptar la situación, porque a ti te hubiera gustado que fuera de otra manera. Pero es lo que hay. Tú estás dispuesta a dejar a Carlos y a irte a vivir con Andrés. Pero Andrés es menos valiente que tú y no va a dejar a su mujer. Yo creo que te quiere y sabe que está perdiendo una oportunidad de oro, pero él no va a dar el paso que tú quisieras. No te engañes, Sara. Y como tampoco quiere perderte, te propone una relación clandestina.

Lo que tú tienes que decidir es si, por mantener su amor, te compensa la vida que él te ofrece: citas a escondidas a costa del tiempo que pueda robarle a su familia... La verdad es que yo no te veo en el papel de sufrida amante... Y, bueno –concluyó- ya no te digo nada más. Creo que ya he hablado bastante. Incluso me he pasado porque yo no soy quien para darte consejos. Como te he dicho, la decisión la tienes que tomar tú. Pero no te precipites, no hace falta que sea hoy mismo. Tómate tu tiempo.

Sara meditó las palabras de su hermana, y pensó que había hecho una síntesis lúcida de la situación. Y además tenía razón. De pronto, Carmen se levantó de la cama y salió corriendo de la habitación, mientras le decía:

-Espera un momento. Creo que hay algo que te puede servir.

Al cabo de unos instantes, volvió con una caja de cartón, que estaba precintada con cinta adhesiva, y la abrió. De su interior sacó un pequeño librito y se lo dio a Sara.

-Este libro es mío –dijo- lo encontré ayer en un cajón, junto con todas estas cosas que me dejé aquí cuando me marché de casa para casarme con Miguel. Lo había olvidado por completo. Sin embargo, cuando era joven su lectura me impactó y lo tenía siempre a mano en la mesilla de noche, como libro de cabecera. Ojalá durante todos estos años lo hubiera recordado más veces – añadió pensativa- Mira, lee esto.

Sara cogió el librito entre sus manos. Era de Epicteto y se titulaba: “Un manual de Vida”. Lo abrió, y antes del prólogo había una frase: “Primero descubre lo que quieres ser; luego haz lo que tengas que hacer”. Sara había leído hacía tiempo a Epicteto y a otros estoicos como Marco Aurelio y Séneca. Muchas veces había intercambiado con Andrés citas de estos filósofos en sus cartas. Carmen le indicó que se saltase el prólogo y se fuera a la primera página del Manual, cuyo título era: “Saber lo que puedes controlar y lo que no”.

-Lee aquí, dijo su hermana.

En voz alta Sara empezó a leer: “La felicidad y la libertad comienzan con la clara comprensión de un principio: algunas cosas están bajo nuestro control y otras no. Sólo tras haber hecho frente a esta regla fundamental y haber aprendido a distinguir entre lo que podemos controlar y lo que no, serán posibles la tranquilidad interior y la eficacia exterior”. Sara bajó la voz para leer lo que, según Epicteto, estaba bajo control y fuera de él, y se detuvo en otro párrafo a continuación, que leyó en voz alta a su hermana: “Intentar controlar lo que no podemos tiene como único resultado el tormento”.

-¿Lo ves? –dijo Carmen- intenta aplicar este principio a tu problema. Parece simple ¿verdad?, pero no lo es. Viviríamos mucho más felices si aceptásemos que hay cosas que no dependen de nosotros y que no podemos cambiar...

-Pero eso sería resignarse –la interrumpió Sara- y yo odio la resignación. Me parece un sentimiento de lo más reaccionario, propio de personas retrógradas y cobardes, y yo no lo soy.

-Eso te pasa por confundir la resignación con la aceptación, respondió Carmen contenta, como si hubiera descifrado un acertijo.

-Después de que me abandonase Miguel –continuó- mi vida se vino abajo. Yo tampoco lo aceptaba y me rebelaba contra una situación que me parecía injusta. Interiormente me consideraba una víctima, sentía pena por mí misma. Durante todo el día, y sobre todo por la noche, repetía frases como “por qué me pasa esto a mí”, y cosas por el estilo. En aquellos momentos cayó en mis manos un libro de ensayos de Ernesto Sábato, en el que establecía la diferencia entre resignarse y aceptar. Sábato piensa como tú porque dice que resignarse es una cobardía y una indignidad, ya que supone dejar de luchar por aquello que vale la pena. Sin embargo, la aceptación es respetar la voluntad del otro. Ya sea de otra persona o, en un sentido más trascendente, del destino.

Y tú Sara, debes aceptar la decisión que ha tomado Andrés de no dejar a su mujer. Sobre todo porque esa decisión no depende de ti.

Sara meditó en silencio lo que le estaba diciendo Carmen. Pero su hermana todavía no había terminado. Una vez puesto el clavo, aún le faltaba remacharlo y añadió:

-Si me permites que te diga lo que pienso de verdad, te diré que aquí el único que se está resignando y que está actuando como un cobarde es Andrés.

Perdona que sea tan brusca, pero creo que debo decírtelo. Tú ya has tomado la decisión que depende de ti, y has resuelto separarte de Carlos para irte a vivir con él. Pero si él no está dispuesto, a ti sólo te queda aceptarlo. Y cuanto más tardes en hacerlo más sufrirás. Tu decisión no es resignada ni cobarde. Pero la suya sí.

La conversación con su hermana actuó como un sedante en el ánimo de Sara. Sobre todo al recordarle algo tan simple como que era ella, y sólo ella, la que tenía potestad para decidir sobre su vida. Al menos en las cosas que no dependieran de los demás. Mucho más tranquila y con una creciente seguridad por dentro, Sara se levantó de la cama y se dispuso a guardar en su bolso el librito de Epicteto que le había dejado Carmen. Antes de hacerlo, lo abrió al azar y leyó la siguiente frase: “No consientas que te hagan daño y no te lo harán. Sobre esta elección sí tienes control”. Sara cerró el libro y sonrió al ver cómo esa frase daba respuesta a lo que ella estaba pensando en esos momentos. Emocionada, recordó cómo a lo largo de su vida los libros le habían ido ayudando a superar las etapas conflictivas. Sus queridos libros. Siempre habían estado ahí y aparecían en el instante oportuno, con la frase justa, para reconfortar el alma dolida y sedienta de aliento. Pensó que no había amigo más seguro y más fiel que un libro. Y rememoró cómo el amor por los libros fue, precisamente, lo primero que la había unido a Andrés. “Mi querido Andrés –dijo en voz baja- ¿por qué ya no te conozco?”. Carmen interrumpió

sus pensamientos justo antes de que Sara se dejase llevar por la melancolía. La apremió para que se preparase, y juntas se marcharon a casa de Carmen en su coche. Cuando llegaron, Sara llamó a Carlos y le dijo que esa noche se iba a quedar a dormir allí, y que hablaría con él cuando volviera al día siguiente. Su marido le repitió que no había prisa, y a Sara le pareció notar un tono irónico en su voz, que consiguió irritarla.

- Vale Carlos, no hay prisa –le respondió- pero mañana sin falta tenemos que hablar.

Cuando colgó el teléfono, Sara se quedó pensativa porque no acertaba a comprender la actitud de su marido, y pensó para sus adentros: “Algo trama. Le conozco. No sé lo que es, pero algo se lleva entre manos”. Después, con repentino buen humor se dijo en voz alta: “Pero como lo que él haga no depende de mí...”

El primero de mayo, Día del Trabajo, Sara y Carmen pasaron toda la jornada trabajando para hacer honor a la festividad. Durante la mañana terminaron de clasificar todo lo que ya estaba embalado. Y después de comer rápidamente, desde que llegó el camión para llevarse los muebles hasta por la noche, no pararon ni un minuto. Cuando el mobiliario fue retirado, sólo quedaron en la casa unas cuantas cajas que contenían la ropa de su madre, y que vendrían a recoger para llevarla a una institución benéfica. Pero de eso se iba a encargar José. El portero tenía unas llaves del piso, y otro juego estaba ya en poder de la inmobiliaria que lo iba a poner en venta. Antes de irse esa noche, las dos hermanas recorrieron las habitaciones vacías en las que durante tantos años había vivido su madre y ellas mismas cuando estaban solteras. Mientras Sara echaba un último vistazo a aquella casa deshabitada, un escalofrío recorrió su espalda. Pensó en el escaso valor de la existencia y en lo poco que dura. Allí, entre esas paredes desnudas, había vivido un ser humano. Pero ya no quedaba ni rastro de ello. ¿Qué quedaba de sus sueños? ¿A dónde

había ido a parar toda esa vida? ¿Quién se acordaría del paso de Ana Martín por este mundo? Cuando su familia más cercana ya no estuviera aquí para recordarla ¿quién iba a revivirla en su memoria? Con lágrimas en los ojos, Sara sintió en esa casa la presencia de la muerte. Vio el cuerpo de su madre yaciendo dentro del nicho, guardado bajo llave en el ataúd. Y vio cómo sus ropas y todos los enseres que habían formado parte de su vida cotidiana, quedaban relegados al anonimato en el fondo de unas cajas de cartón. Esos objetos que habían tenido un significado especial para su madre, cargados de propósito y de recuerdos, ya no eran nada. Sólo cosas inanimadas que irían a parar a un vertedero o que caerían en otras manos, incapaces de comprender su significado. Al abandonar aquella casa, Sara supo por qué unos momentos antes había sentido con tanta fuerza la presencia de la muerte. Era porque su madre acababa de morir realmente. Su corazón había dejado de latir unos días antes, pero hasta que la casa no había quedado vacía, hasta que sus cosas no habían sido dispersadas y desmanteladas, parte del espíritu de su madre, que aún vivía en esos objetos, no había abandonado definitivamente este mundo.

Sara declinó el ofrecimiento de su hermana para llevarla en coche a su casa, y Carmen bromeó con ella diciéndole:

- No pensarás irte andando. Itimátum e tienes mucha afición a caminar por Madrid de una punta a otra.

- Tú te vas a recorrer todo el norte de España –respondió Sara sonriendo- y yo no te regaño por ello. Pero no te preocupes que cogeré un taxi.

Las dos hermanas se despidieron en la calle. Pero antes, Carmen informó a Sara de la hora en que dos días después cogería el tren con destino a Pamplona, y le contó que llegaría allí a media tarde, justo a tiempo de coger un autobús para Roncesvalles. Esa misma noche dormiría en el albergue y asistiría en la Colegiata a la llamada “misa del peregrino”, en la que bendecían, en varios idiomas, a los que iniciaban el Camino de Santiago.

- Te llamaré y te escribiré desde el Camino –dijo Carmen- tú puedes localizarme cuando quieras, porque me llevo el móvil.

-¡Vaya una peregrina! –rió Sara- me gustaría verte por un agujerito. ¡Quién nos iba a decir que te iba a dar por ahí!

-Desde luego, la primera sorprendida soy yo, pero... La vida es un misterio, hermanita, no lo olvides. Y sólo cuando la vivimos como un misterio, la disfrutamos plenamente y nos cuenta sus secretos. Sólo los tontos intentan vivirla como algo seguro y predecible...

Sara abrazó a su hermana con gran emoción, y en el fondo de su alma le deseó lo mejor en ese nuevo camino vital que iba a emprender. Cuando se separó de ella, mientras un taxi la llevaba a su casa, sintió una especie de vacío interior.

La iba a echar de menos. Era curioso, habían pasado años enteros casi sin hablarse, con un contacto exclusivamente superficial. Y sin embargo, en los últimos días Carmen la había ayudado más que nadie. Seguramente su hermana llevaba razón y a la vida había que tratarla como un misterio insondable. Cuando el taxi se alejó y Sara se vio ante la puerta de su casa, se dio cuenta de que no tenía ningunas ganas de entrar. Y mucho menos de hablar con Carlos. Se sentía agotada. Pero era sólo un cansancio físico, provocado por el trajín en casa de su madre. Por dentro se sentía bien.

Tranquila y segura con la decisión que había tomado de separarse de su marido. Primero hablaría abiertamente con Carlos, y después ya vería cómo reaccionaba Andrés. Aunque había meditado sobre lo que le dijo su hermana, y ella no se veía en el papel de “sufrida amante”, Sara también pensaba que Andrés y ella tenían un camino por recorrer juntos, que apenas acababan de iniciar. Metiendo la llave en la cerradura, se decidió a entrar y pensó que esa misma noche hablaría con Carlos. Sin embargo, no fue posible. Nada más abrir la puerta oyó voces en el salón y dedujo que había alguien más. Eran unos vecinos de la urbanización que estaban con su marido viendo en la

televisión un partido de fútbol. Al verla entrar, Carlos se fue hacia ella muy solícito, y los vecinos le dieron el pésame por la muerte de su madre. Sara, un poco contrariada porque la visita desbarataba sus planes, se despidió de los vecinos y le dijo a Carlos que, como estaba muy cansada, se iba a acostar. Mientras los hombres seguían viendo el fútbol, ella cenó en la cocina un vaso de leche con dos magdalenas y al terminar subió a su dormitorio y se acostó. Su último pensamiento antes de dormirse fue que al día siguiente no iba a consentir que Carlos se escabullera sin hablar. Malévolamente, concluyó que la fecha del 2 de mayo era muy adecuada para lo que le tenía que decir a su marido.

Cuando Sara se despertó al día siguiente comprobó que Carlos ya no estaba en la cama. Aún medio adormilada, pensó que éste quizás no había dormido allí. Sin embargo, una inspección más exhaustiva le confirmó que sí, que Carlos había pasado la noche junto a ella, a pesar de que no había notado su presencia en la cama. Un poco enfadada, pensando que tampoco ese día iba a tener la oportunidad de hablar con él, Sara se levantó con rapidez y bajó corriendo para ver si su marido estaba en la planta baja. Cuando llegó a la cocina vio, a través de la ventana, que éste estaba arreglando el jardín. Carlos también la vio a ella y, sonriéndole, la saludó con la mano. Algo molesta y escamada por la actitud de su marido, que se comportaba como si no hubiera pasado nada, Sara subió a ducharse y a vestirse. Después bajó al salón, donde se encontraba Carlos leyendo el periódico, y le dijo sin más preámbulos:

- Voy a separarme de ti. Tu dirás cómo lo hacemos. Si quieres, podemos presentar una demanda de mutuo acuerdo y si no la presentaré yo por mi cuenta.

Carlos dejó de leer el periódico y la miró con extrañeza.

- No digas tonterías. ¿Por qué habríamos de separarnos?



- Lo sabes perfectamente –respondió Sara visiblemente irritada- porque estoy enamorada de otro.

- Ya, pero ese otro no está enamorado de ti.

-¿Y tú que sabes? –le increpó Sara- ¿Es que no quieres enterarte de lo que está pasando?

- No Sara –gritó Carlos- la que no quieres enterarte eres tú. Si nos separamos te quedarás más sola que la una, porque tu querido Andrés ni está enamorado de ti, ni piensa dejar a su mujer.

Aquello era más de lo que ella podía soportar. ¿Pero quién se había creído Carlos que era para hacer esas afirmaciones? Con rabia contenida le preguntó:

-¿Y tú cómo sabes que no me quiere? ¿Acaso te lo ha dicho él?

- Sí Sara –contestó Carlos más calmado- me lo ha dicho él. Ayer tuvimos una larga conversación y me lo dijo él. Ya es hora de que se terminen los engaños y pongamos todas las cartas sobre la mesa. Porque el juego aún no ha terminado. Yo diría –sentenció- que acaba de empezar.

## **Capítulo XIX**

Sara no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo que Carlos y Andrés se habían visto sin que ella lo supiera? ¿Cómo era posible que Andrés no le hubiera dicho nada? Se quedó tan atónita con lo que oía que no pudo hablar. Una mezcla de dolor y de rabia se había instalado en su pecho y le subía por la garganta apretándose como si fuera una garra. Intentó decir algo pero no pudo articular palabra. Sólo un sonido gutural e ininteligible salió por su boca. Respiró profundamente y con la fuerza que le dio el aliento pudo por fin hablar, sin ocultar su indignación:

- Me estás diciendo que os habéis reunido los dos a hablar de mí sin que yo lo sepa. ¡No me lo puedo creer! ¿De quién ha salido la brillante idea? ¿Has sido tú el artífice de esa entrevista? Vamos, dime, ¿has sido tú?

- Sí, qué pasa, he sido yo –respondió Carlos- Quería saber cuales eran sus sentimientos hacia ti y qué planes llevaba. Tú estás totalmente deslumbrada con él, pero ese no es su caso. Fíjate que hasta me ha llegado a decir que no eres su tipo...

La indignación de Sara iba creciendo por momentos hasta convertirse en un fuerte sentimiento de cólera, que le trepaba desde la boca del estómago y le llegó hasta las mejillas. Aunque no podía vérselas, notó cómo éstas se le enrojecían y le echaban fuego. A esas alturas, no sabía con quien estaba más irritada, si con su marido o con Andrés. “¿Cómo que no soy su tipo?”, repitió para sus adentros. Carlos seguía hablando pero ella no le escuchaba. Sólo oía

su voz a lo lejos porque en el interior de su mente aún seguían resonando las mismas palabras. “Que no soy su tipo –se repetía- lo único que me faltaba era oír este tipo de comentarios machistas –se dijo- Esto es alucinante” De pronto, Sara soltó una carcajada forzada que desconcertó a Carlos.

-¡Esto sí que es bueno! –dijo en voz alta- Es increíble.

-No estás escuchando lo que te digo –añadió Carlos, molesto por la reacción de ella- y deberías poner atención porque lo que estoy diciendo te interesa.

-Claro, claro, llevas razón. Perdona, soy toda oídos –afirmó Sara sentándose con exagerados ademanes de ponerse atenta- Dime, dime, me interesa mucho esta conversación.

-No te lo tomes a pitorreo, Sara, que esto es muy serio. Te he dicho que iba a poner las cartas sobre la mesa y voy a hacerlo. Yo no debería contarte la charla que tuvimos. Eso fue lo que convinimos de mutuo acuerdo. Pero lo hago porque tú no entras en razones y sigues empeñada en que nos separemos. Así que lo mejor es que lo sepas todo. Aunque no te guste oír lo que te voy a decir.

Carlos hizo un silencio que a Sara le pareció demasiado teatral, y continuó hablando. Se notaba que su marido estaba disfrutando, y ella lo odió por eso.

-Lo que me dijo tu amigo del alma es que él te admiraba muchísimo como escritora y que la relación que iniciasteis por correo electrónico fue desembocando en algo más. Que él nunca quiso conocerte personalmente para evitar que pasara lo que ha pasado. Pero que al conoceros la relación se os ha ido de las manos, y casi sin poder evitarlo llegasteis a acostaros. Aunque sólo ha sido una vez. La primera y la última, según me dijo. Yo creo que es sincero –añadió mirando a Sara de reojo para ver su reacción- y me ha asegurado que no tiene la más mínima intención de dejar a su mujer, porque la quiere mucho y su familia es muy importante para él. Dice que es consciente de que tú estás enamorada de él y no quiere hacerte daño. Por eso lo que decidimos es que,

poco a poco, él iba a ir distanciándose de ti, para que no sufieras, hasta acabar con la relación. Incluso se comprometió a tenerme informado de la marcha de los acontecimientos.

Carlos hizo un silencio y añadió en tono conciliador:

-Yo tampoco quiero que sufras, Sara. Creo que estás totalmente deslumbrada con esta persona, pero ya ves que él no siente por ti lo mismo que tú por él. Y aunque sea duro, tienes que aceptarlo.

Carlos volvió a callarse esperando alguna reacción de su mujer. Pero ésta permanecía sentada en silencio, mirando al vacío con los ojos brillantes de rabia. Al cabo de unos instantes, como si volviera de otro mundo, Sara se levantó y gritó llena de ira:

-¿Cómo que habéis decidido? ¿Habéis decidido por mí? ¿De verdad vosotros dos habéis decidido algo que afecta a mi vida? ¿Y yo, cuento yo para algo? ¿Os habéis preguntado alguno de los dos cuales son mis sentimientos y qué es lo que yo quiero hacer? Porque digo yo, que algo pintaré en esta historia ¿o no? A ver, dime, ¿qué se supone que debo hacer ahora? ¿Qué habéis de-ci-di-do –dijo recalcando la palabra- que haga yo?

Carlos se acercó hacia Sara, que estaba fuera de sí, e intentando tranquilizarla. Pero ella se lo impidió, retrocediendo unos pasos.

-Ni se te ocurra tocarme, dijo con voz quebrada mientras empezaba a llorar.

-Vamos Sara –dijo Carlos- tranquilízate. Sé que estás sufriendo una desilusión, pero yo estoy aquí contigo y te perdono. No me hace ninguna gracia que te hayas acostado con ese tío, pero tampoco es el fin del mundo. Yo quiero que sigamos juntos. Tú sabes que te quiero. Es verdad que últimamente hemos estado un poco distanciados, por eso tú te has volcado en otra persona. Pero lo importante es que nos queremos...

-Te equivocas –le interrumpió Sara mucho más calmada- yo ya no te quiero, Carlos, y voy a separarme de ti. Esa es una decisión que está tomada y de la

que no voy a volverme atrás, porque estoy completamente segura. Puede que en estos momentos me encuentre confusa con relación a otras cosas. Pero no sobre esto.

-Creo que debes recapacitar –añadió Carlos con un tono amenazante en la voz- piensa si te compensa lo que vas a hacer, porque puedes quedarte sola. Sin el uno y sin el otro.

Al oír estas palabras, Sara sintió una mezcla de desprecio y pena por su marido. Con un repentino aplomo y serenidad le respondió:

-Espero no tener nunca que plantearme la vida en esos términos tan mercantilistas, sopesando fríamente qué me compensa más. No creo que haya que tratar los sentimientos y los afectos como si fueran pérdidas o ganancias en bolsa. No es una cuestión de qué gano, qué pierdo, o qué me compensa más, si quedarme contigo o con Andrés. Mi vida no está de rebajas –añadió con convicción, mientras miraba fijamente a los ojos de su marido- creo que tengo derecho a decidir sobre ella, y mi decisión está tomada. Lamento que os hayáis tomado tanta molestia en pensar lo que más me conviene, pero ya soy mayorcita para decidir por mí misma. Además –añadió con tristeza- llevo muchos años sola. Llevo mucho tiempo experimentando la peor de las soledades: la que se sufre en compañía. Y siempre he pensado que es mucho mejor estar sola que mal acompañada.

Sara sintió en esos momentos que no tenía nada más que hablar con su marido. Ya le había dicho todo lo que le tenía que decir. Y aunque se encontraba destrozada, también experimentó un gran alivio interior. Como si se hubiera quitado de encima una losa que la había estado aplastando durante mucho tiempo. Dando por finalizada la conversación con Carlos, Sara cogió su bolso y una chaqueta y se dispuso a salir. Antes de hacerlo, le dijo a su marido que necesitaba tomar el aire, y que no la esperase para comer. Carlos intentó continuar la conversación, pero Sara le cortó:

-Lo único que tenemos que hablar es cómo hacemos la separación. Carmen se va mañana de viaje, pero la llamaré antes de irse para ver si en su bufete pueden tramitar la demanda.

Sin dar tiempo a que su marido le respondiese, Sara salió a la calle y empezó a andar sin rumbo fijo. El día era soleado y la mayoría de sus vecinos disfrutaban de la jornada festiva y del buen tiempo en los jardines de sus chalets, o en las terrazas que los bares de la zona habían instalado en la calle. Muchos de ellos, vestidos con chándal y calzando deportivas, paseaban con sus parejas mientras los críos correteaban a su alrededor. Vio a un hombre, que tendría la edad de Andrés, enseñando a su hijo pequeño a montar en bicicleta. Al verlo, Sara pensó en la cantidad de hombres que se habían casado de segundas con mujeres más jóvenes, y que tenían hijos pequeños a una edad en la que casi les correspondía tener nietos. Continuó andando con la intención de salir cuanto antes de su urbanización. Se sentía incómoda y totalmente ajena a esas escenas familiares, de las que se vio muy alejada. A simple vista, todas esas personas eran la imagen viva de la felicidad. Tenían trabajos seguros y bien remunerados. No pasaban penurias económicas. La mayoría tenían títulos universitarios y eran profesionales con acceso a la cultura. Estaban más o menos sanos. Supuestamente, vivían en el mejor de los mundos posibles. Sin embargo, Sara no creía que fueran felices. Su aparente felicidad se le antojó forzada y ficticia. Como parte de una representación, dentro de un mundo hipócrita y superficial, que nada tenía que ver con lo que cada una de esas personas llevaba dentro. Sara pensó en cuántos de aquellos hombres y mujeres estarían deseando que finalizase el puente, para volver a trabajar y poder ver a aquella chica o aquel compañero con los que mantenían la ilusión de una aventura extraconyugal. Se preguntó cuántos de aquellos felices matrimonios se habían vuelto adictos al trabajo para pasar el menor tiempo posible en sus bonitas y cómodas viviendas. Cuántos de ellos llevaban

la doble vida que Andrés le había propuesto a ella. Suspirando profundamente, se dijo para sus adentros: “Andrés, mi querido Andrés, ya casi no te reconozco. Qué poco te pareces a aquél del que yo me enamoré”. Continuó caminando mientras experimentaba un gran dolor por dentro que se le localizaba en el pecho. Llegó a un parque y se sentó a descansar en un banco. De forma involuntaria, escuchó a una mujer ya mayor que le decía a otra de su misma edad, en el banco contiguo:

-Hay días que pos ná... que te levantas así. Te pones a pensar y te echas a llorar... y ya está...

Al escuchar estas palabras, Sara se fijó en la mujer que las había pronunciado. Tendría unos 70 años y vestía de negro. Parecía vigilar a unos niños, que bien podrían ser sus nietos. Seguramente era viuda y tenía que trasladarse de casa en casa para pasar temporadas pactadas con cada uno de sus hijos. Al mirar a aquella mujer, Sara vio reflejado en su rostro la imagen de la tristeza y la soledad. Le recordó a su madre y las lágrimas acudieron a sus ojos. La frase que había pronunciado la anciana se le quedó grabada en el alma. Le pareció que reflejaba, mejor que ningún tratado filosófico, el desamparo y la tristeza del ser humano que se encuentra desterrado en un mundo que le es hostil. También ella se sintió sola y tuvo la tentación de compadecerse de sí misma. Pero no lo hizo. En realidad, para su sorpresa, no pudo hacerlo porque algo se lo impidió. A pesar de que su matrimonio se había deshecho definitivamente, y del sufrimiento que le causaba la previsible ruptura con Andrés. A pesar del dolor, la amargura y la decepción que sentía por dentro, algo en su interior se alzaba aportándole una gran fortaleza y ganas de vivir. Y también una extraordinaria fe en el futuro. Sentada en el banco de aquel parque, donde no había estado nunca hasta ese día, Sara tuvo la total seguridad de que el bloqueo que le había impedido escribir durante el último año se había quebrado. En esos momentos, tuvo la certeza absoluta de que volvería a

escribir con la misma facilidad con que lo había hecho siempre. Y se sintió contenta por ello. Se juró a sí misma que utilizaría ese íntimo convencimiento de que volvería a escribir, como una tabla de salvación a la que aferrarse para seguir viviendo y para tener un objetivo que justificase su existencia. La idea de volver a escribir, olvidada y relegada durante los últimos meses, la hizo sentirse más viva que nunca, a pesar de la inmensa tristeza que inundaba su alma.

Pasó el resto del día deambulando por las calles, metiéndose por sitios donde no había estado nunca y contemplando todo con ojos nuevos, como si acabase de nacer. Comió un bocadillo en un bar, y mientras tomaba café llamó a su hermana por teléfono para contarle todo lo que había pasado, y para preguntarle si en su bufete podían tramitarle la separación de Carlos. Carmen le aconsejó que no presentase todavía esa demanda de divorcio, y que esperase un mes a que ella volviera del Camino de Santiago. Pero a Sara todo ese tiempo le pareció una eternidad, e insistió en regularizar de forma inmediata su situación, dado que había decidido dejar su casa cuanto antes. Ella misma se sorprendió cuando escuchó estas palabras saliendo de su boca. En realidad lo acababa de decidir mientras se lo comunicaba a su hermana, pero no se echó atrás. Al contrario, la idea de empezar una nueva vida ella sola en otra casa, era algo que la atraía poderosamente. Ante la insistencia de Sara, Carmen se ofreció a hablar con uno de sus compañeros del bufete, para que tramitase la demanda de su hermana hasta que, a la vuelta del Camino, ella pudiera hacerse cargo. A la vista del cariz que estaban tomando los acontecimientos, Carmen se ofreció a retrasar unos días su viaje. Pero Sara no quiso. Le reiteró a su hermana pequeña que, aunque estaba triste, se encontraba bien y con la fortaleza suficiente para afrontar la separación de Carlos y su previsible ruptura con Andrés. Tampoco quiso aceptar quedarse con las llaves de casa de Carmen “por si te hacen falta”, según le dijo ésta.



Sara, que con gran seguridad iba tomando decisiones sobre la marcha, le dijo a su hermana que no las iba a necesitar porque empezaría a buscar un piso para vivir, de forma inmediata.

Cuando Sara terminó de hablar con Carmen se sintió aún mejor y más segura de lo que quería. Reemprendió su paseo por lugares desconocidos, y continuó meditando sobre lo que le diría al día siguiente a Andrés, cuando le llamase por teléfono. Ella no pensaba plantearle ningún ultimátum del estilo de: “tu mujer o yo”. Además de que le pareció un planteamiento ridículo, porque las cosas no eran tan fáciles, pensó que Andrés ya había expresado claramente que no iba a abandonar a su familia y qué tipo de relación le proponía a ella. La postura de Andrés estaba clara, pero ¿y la suya? Con el fin de meditar con claridad, estableció consigo misma que se iba a centrar únicamente en lo que ella quería. Sintiendo una gran punzada en el corazón, reconoció, muy a su pesar, que aún quería a Andrés. Algo dentro de ella le seguía diciendo que si el destino los había juntado, era por alguna razón. Y Sara seguía pensando, en lo más profundo de su alma, que Andrés y ella tenían un camino por recorrer juntos. Este, y no otro, era el motivo por el cual ella, hasta el día anterior, aún creía en la posibilidad de continuar viendo a Andrés. Incluso aunque él siguiera con su mujer. Pero ahora la situación había cambiado. Sus sentimientos hacia él seguían intactos, pero las circunstancias habían empeorado. La conversación y la complicidad entre Andrés y Carlos, decidiendo sobre cosas que afectaban a su vida, era algo que ya no podía pasar por alto. Mientras continuaba caminando, a paso lento y sin rumbo fijo, Sara volvió a experimentar la misma rabia y cólera que había sentido por la mañana, durante la discusión con su marido. Algo muy grave se había producido en esa conversación que Andrés le había ocultado. Algo que había hecho que se quebrara su confianza en él. Andrés ya no sólo engañaba a su mujer. También engañaba a Carlos dándole una visión de su relación con ella,

que no se ajustaba a la realidad. Pero había algo peor. También la había engañado a ella al ocultarle la reunión con su marido. Andrés estaba engañando a todo el mundo al no querer afrontar la verdad. Y ella no quería vivir en ese mundo ficticio y lleno de mentiras. Ese mundo falsamente feliz que representaban sus vecinos de urbanización, y al que tanta gente está encadenado. En esos momentos le vino a la memoria una de las primeras cartas que le mandó Andrés, en la que le decía: “Actúo según los dictados de mi conciencia: a los demás los puedo engañar pero a mi conciencia no. Ella es mi mejor juez. Teniendo mi conciencia tranquila soy feliz y siempre lo he sido...” Sara sonrió al recordar este escrito. Era evidente, se dijo a sí misma, que a los demás los podía engañar, pero ¿y a él mismo? ¿Era Andrés feliz y tenía la conciencia tranquila con su actual comportamiento? Suspiró profundamente y concluyó que el pecado más grave que cometía la mayoría de la gente no era engañar a los demás. Sino precisamente engañarse a sí mismos, aunque en el fondo, como decía Andrés, no sea posible burlar a la propia conciencia. Sara pensó que, en esos momentos, lo último que ella quería era engañarse a sí misma. Si, seguía amando a Andrés, pero ya no confiaba en él. Y así iba a decírselo cuando hablasen al día siguiente. En su interior aún seguía albergando la esperanza de que las cosas se arreglaran y ella pudiera volver a ver a Andrés como la persona especial de la que se enamoró. Sin embargo, sabía que eso ya no era posible. De pronto fue consciente de que llevaba mucho tiempo andando, y se dio cuenta de que la luz del sol estaba declinando. Se sintió muy cansada y resolvió que ese no era el momento de tomar ninguna decisión, sin hablar con él. Paró el primer taxi libre que pasó por donde se encontraba, y le dio la dirección de su casa. Cuando llegó, no había nadie. Pensó que era mucho mejor. Se preparó algo de cenar y subió a su estudio con la intención de dormir allí. Cuando se acostó en el sofá, Carlos aún no había llegado y Sara concilió el sueño sin dificultad.

Al día siguiente, Sara escuchó desde la buhardilla cómo su marido sacaba el coche y se alejaba de la casa. Miró el reloj y vio que faltaban unos minutos para las nueve de la mañana. Con movimientos rápidos, se levantó y bajó al salón para llamar a Andrés por teléfono a su despacho en la Universidad. Casi inmediatamente, éste descolgó y a Sara le dio un vuelco el corazón al escuchar su voz. Al comprobar que era ella la que llamaba, y antes de que Sara pudiera pronunciar palabra, Andrés le dijo con tono serio:

- Tenemos que dejarlo, Sara. No hay más remedio. Mi mujer se ha enterado.

## Capítulo XX

Lo que menos esperaba escuchar Sara es lo que oyó. Se quedó tan desconcertada que no supo qué decir. Se suponía que era ella la que iba a llevar la iniciativa de la conversación, pero de pronto las cosas habían cambiado radicalmente, y ahora era Andrés el que le decía que tenían que romper la relación porque su mujer se había enterado. Cuando pudo reaccionar le preguntó:

-¿Y cómo se ha enterado?

-Se lo he contado yo –respondió Andrés con un tono de frialdad en la voz- Se lo he tenido que contar porque tu marido llamó anoche por teléfono a mi casa y me amenazó con decírselo. Estaba muy alterado. Dijo que tú estabas empeñada en separarte, pero que la cosa no iba a terminar así. Que no iba a consentir que su familia quedase destrozada, mientras que yo me quedaba tan fresco y sin problemas en mi casa, porque mi mujer no sabía nada. Así que, antes de que se lo contase tu marido, no he tenido más remedio que decírselo yo. Y no veas cómo se ha puesto. Hemos estado toda la noche sin dormir, discutiendo, hasta hace un rato que ha levantado a los críos para ir al colegio... No sabes lo mal que se lo ha tomado. Yo veía que se tiraba por el balcón... En fin, a la vista de cómo están las cosas, tenemos que dejarlo.

A Sara todo lo que estaba oyendo le parecía inaudito, digno de una comedia de enredo. Sin embargo, se sobrepuso e intentó tomar las riendas de la situación.

-¿Por qué no me dijiste que habías hablado con mi marido?, preguntó a Andrés.

-Vaya, te lo ha dicho –respondió éste cambiando el tono de voz- me llamó y pensé que era mejor ir a hablar con él. Así le podría convencer de que íbamos a separarnos...

-Pero ¿por qué no me lo dijiste?, insistió Sara.

-Porque me hizo darle mi palabra de que no lo haría. Pero claro, ahora me doy cuenta de que él llevaba su propia estrategia. Lo que quería era decírtelo él, y así el que quedaba mal contigo era yo.

A Sara le molestó mucho oír hablar de “estrategia” en algo que afectaba a su vida y a sus sentimientos. Aún así intentó que no se le notase la indignación que sentía por dentro.

- ¿Le dijiste a mi marido que yo no era tu tipo?, preguntó.

- ¿Y qué querías que le dijera? –saltó Andrés- de qué me gustabas mucho? Tenía que convencerle de que nuestra relación era sólo algo pasajero, y todo lo que le dije iba en el mismo sentido. ¡No iba a decirle que te quería y que me gustabas mucho!

Sara no tuvo fuerzas para responder a Andrés después de escuchar estas palabras. En realidad pensó que no tenía nada más que decirle. Como había previsto Carlos, las cartas estaban boca arriba ahora que su mujer también se había enterado. Tras un pesado silencio que pareció durar una eternidad, Andrés volvió a hablar de nuevo con el mismo tono de frialdad y distancia que había empleado al principio de la conversación.

-Lo siento muchísimo, Sara, pero no podemos seguir juntos. Siempre te he puesto como condición previa para seguir con nuestra relación que no se perturbaran nuestras vidas familiares. Y ya ves lo que ha pasado. Todo esto está afectando a mi tranquilidad, y si no tengo tranquilidad, mi felicidad también se ve afectada. A lo mejor soy muy egoísta –añadió- pero por encima

de mi tranquilidad vital no hay nada. Todo el puente lo he pasado pensando en estos problemas y ahora, desde que se ha enterado Pilar, ya no tenemos más remedio que dejarlo. Te ruego que no vuelvas a escribirme ni a llamarme. Yo me he deshecho ya de todas tus cartas. Es mejor así para todos.

Las palabras de Andrés iban clavándose como flechas envenenadas en el interior de Sara. Conforme las iba escuchando se sentía más alejada de aquel hombre al que había considerado su igual, su alma gemela. Guardó silencio mientras él continuaba hablando.

-Me hubiera gustado que las cosas fueran de otra manera. Si tu marido no hubiera metido las narices en tu ordenador, y se hubiera puesto a leer nuestras cartas, todo esto no habría pasado. Tú también debías haber tenido más cuidado a la hora de guardar nuestros escritos –le reprochó a Sara- porque ahora mira el lío que se ha montado y ya no hay marcha atrás.

Andrés se calló unos instantes y Sara continuó en silencio. Al cabo de un rato él volvió a hablar con un tono más conciliador:

-Lo siento muchísimo, de verdad, pero para seguir contigo tendría que separarme de mi mujer, y más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Y esto te lo digo como un gran piropo hacia ti, concluyó.

Si Sara necesitaba que le dieran la puntilla, Andrés se la acababa de dar al pronunciar esa frase. Si había odiado algún refrán a lo largo de toda su vida, por la filosofía cobarde que encerraba, era precisamente ese: “Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”, le martilleó la frase en la mente. Nunca pensó que lo escucharía en boca de Andrés –que se definía a sí mismo como una persona avanzada “del año 3000”- y mucho menos como argumento definitivo para terminar su relación con ella. En su cabeza no cabía la idea de que ningún ser humano, con expectativas de tener una existencia más plena y mejor, renunciase a ello en aras de la supuesta seguridad que le otorgaba lo “malo conocido”. Le vino a la memoria una frase, cuyo autor no recordaba,

que decía: “Quien sacrifica su libertad para conseguir un poco de seguridad, no merece ni la libertad ni la seguridad”. Y detrás de ella, como si se hubiera abierto una compuerta, recordó todas y cada una de las cartas de Andrés en las que éste se mostraba como alguien de mente abierta. Alguien que nada tenía que ver con la persona reaccionaria e inmovilista que era capaz de preferir “lo malo conocido que lo bueno por conocer”. Sara notó cómo la tristeza se instalaba en su pecho, y sintió un fuerte deseo de echarse a llorar. Pero no lo hizo. Se aguantó mientras Andrés se despedía de ella, diciéndole que ya le haría llegar un libro que Sara le había prestado al poco de conocerse personalmente.

Al colgar el teléfono, las manos de Sara temblaron y las lágrimas inundaron sus ojos. Sin poder aguantarse más, dejó de resistirse y se abandonó a su dolor. Durante largo rato lloró con gran desconsuelo, hasta que fueron calmándose sus sollozos. Aunque se sentía destrozada por dentro, hizo grandes esfuerzos por sobreponerse. Respiró profundamente varias veces y se obligó a no pensar. Sin embargo, no había forma de eliminar la gran opresión que sentía en el pecho. Casi sin fuerzas, se levantó del sillón que había junto al teléfono, y miró por la ventana. El día estaba gris y lluvioso, como si el tiempo fuera cómplice de su aflicción. Con el ánimo decaído, Sara subió al cuarto de baño y se metió bajo la ducha. El discurrir del agua sobre su cuerpo le sentó bien. Por eso permaneció más tiempo en la bañera del que normalmente utilizaba en ducharse. Cuando terminó, se puso el albornoz y limpió con la mano el vaho que se había adherido al espejo del lavabo. Al hacerlo, vio la amargura reflejada en su rostro, y al contemplar la tristeza de sus ojos, se prometió a sí misma que no iba a permitir que el sufrimiento y la pena se instalasen en su vida. Al terminar de vestirse, Sara bajó a la cocina con la intención de desayunar, pero el sonido de su teléfono móvil se lo impidió. Al cogerlo, se quedó petrificada.

- Soy la mujer de Andrés –dijo una voz desconocida para ella- Quiero saber en qué plan vas con mi marido. Si piensas seguir con él o si ya no le vas a ver más. Porque claro- razonó- como en mi casa no tengo Internet, no puedo saber si tú sigues escribiéndole por el correo electrónico o si le llamas por teléfono al trabajo.

Cuando Sara pudo recuperarse de su asombro, le respondió de bastante mala gana:

-No, no te preocupes, no voy a llamarle ni a escribirme con él.

Tras la respuesta de Sara, la mujer continuó lanzando todo un rosario de reproches hacia ella. Sara escuchaba, cada vez más molesta, intentando descifrar qué era lo que Andrés había contado a su mujer, y lo que ella debía responder para no entrar en contradicción con la versión que él le hubiera dado. Por las palabras de aquella mujer, Sara dedujo que Andrés le había presentado su relación con ella como algo intrascendente. Y que si se habían acostado, era simplemente porque el asunto se le había escapado de las manos. Sara se tragó su dolor y confirmó esa versión, reduciendo toda la sintonía, la intimidad y todo el amor que sentía por Andrés, a una aventura sexual pasajera. Pero su mujer no se daba por satisfecha. Insistía una y otra vez en saber los detalles, seguramente porque no terminaba de encajarle la historia. Su mayor preocupación no era la relación afectiva que hubieran podido tener, sino que se habían acostado juntos. Esa era su mayor obsesión y, en algún momento de la conversación llegó a culpar abiertamente a Sara de ello, “por haber citado a su marido a solas en un piso, en lugar de quedar en una cafetería”. Intentando profundizar en lo que más le preocupaba, la mujer de Andrés se extrañó de que su marido se hubiera acostado con Sara, ya que para eso, según dijo, “tenía que haber alguna atracción”. Y no contenta con ese comentario, llegó a preguntar a Sara: “¿Y tú crees que ha merecido la pena hacer tanto daño, sólo por pasar bien quince minutos?”. Sara supuso que



Andrés también le habría dicho a su mujer que ella “no era su tipo” y guardó silencio. Sin embargo, tuvo que hacer muchos esfuerzos para no responderle que quince minutos sería lo que ellos tardaban en hacer el amor. Porque Andrés y ella habían estado follando apasionadamente y sin parar casi dos horas.

La conversación entre Pilar y Sara se prolongó más de hora y media. Y conforme iba avanzando, la mujer de Andrés, que desde el principio hizo gala de una gran frialdad y en ningún momento perdió la compostura, fue creciéndose más, mientras que Sara se iba viniendo abajo. Hasta el punto de que no pudo evitar echarse a llorar en varias ocasiones. Cuando terminaron de hablar, Sara estaba indignada y agotada. Ni en sus más delirantes fantasías se podía imaginar que le iba a ocurrir algo así. El diálogo con aquella mujer le había parecido algo irreal y surrealista. Y sin embargo había existido. Seguramente para reafirmarla en su vieja idea de que la realidad siempre supera a la ficción. En aquellos momentos, se sentía más irritada que triste. El dolor que antes la tenía atenazada por dentro había dado paso a una sensación de fastidio. ¿Por qué todo el mundo tenía que inmiscuirse en su relación con Andrés? ¿Con qué derecho la había llamado aquella mujer a hacerle reproches y a pedirle explicaciones? ¿Que se las pidiera a su marido! Le molestaba haber quedado, a los ojos de esa mujer, como la mala de la película y la instigadora del adulterio. Como si Andrés no hubiera tomado parte, y se limitase a ser un pobre inocente, víctima de sus malas artes. En cierto momento, la mujer de Andrés le había llegado a reprochar a Sara que no hubiera puesto freno a la relación con su marido. Según le llegó a decir, debía haber sido ella la que cortase a tiempo “porque para eso eres mujer, y las mujeres somos más largas”.

-¡No te jode –dijo Sara en voz alta para desahogarse- la larga será ella. Yo no voy por la vida con esos planteamientos!

Conforme iba acordándose de la conversación con la mujer de Andrés, Sara iba sintiendo más indignación por dentro. Lo que más le molestaba era que, mientras la otra había permanecido serena, ella no había podido contener las lágrimas. En realidad, le sorprendió el grado de frialdad que había tenido aquella mujer. Y también lo que le dijo de forma despectiva, cuando se despidieron: “No, si yo soy de ideas fijas”. ¿Qué habría querido decir con eso? Sara pensó que quizás su “idea fija” consistía en mantener su matrimonio contra viento y marea. Aún a costa de engañarse continuamente. “Pero ahora ya no le va a resultar tan fácil”, se dijo Sara a sí misma. Ella sabía mejor que nadie que lo único que tenían en común Andrés y su mujer eran sus hijos. Pero nada más. Y ahora, al enterarse de la infidelidad de su marido, a aquella mujer le iba costar volver a confiar en Andrés, por mucho que fuera de “ideas fijas”. Al hilo de estos pensamientos, la indignación que Sara había sentido momentos antes contra la mujer de Andrés se fue convirtiendo en una cierta lástima. No sólo comprendía los esfuerzos que estaba haciendo por salvar su matrimonio, sino que sintió compasión por ella. Según le había comentado, hasta ese momento había tenido a su marido en un pedestal. “Y ahora –se dijo Sara suspirando- el ídolo se le ha venido abajo junto con todo su mundo de aparente felicidad”. Sara no se alegró por ello. No albergaba ningún sentimiento de rencor hacia aquella mujer. Más bien sintió pena por ella. De pronto, Sara decidió que debía llamar a Andrés para contarle la conversación que había mantenido con su mujer, y no entrar en contradicción con la versión que él le hubiera dado. A lo largo de esa mañana, Sara llamó varias veces a su despacho en la Universidad, pero nadie le cogió el teléfono. Finalmente desistió.

No volvió a hablar con él. Aunque estuvo tentada de llamarlo muchas veces, no lo hizo. Y Andrés tampoco la llamó. Los días que siguieron a aquel 3 de mayo fueron especialmente tristes para Sara. El dolor seguía instalado

permanentemente en su pecho, aunque a veces dejaba cierto espacio para un sentimiento de aceptación, que le producía una gran paz interior. Aquella misma tarde, Sara empezó a buscar un piso y, unos días después se fue de su casa. Antes de marcharse mantuvo largas conversaciones telefónicas con su hijo, y también habló a diario con su marido. Rodrigo se portó como el adulto inteligente que ya era, y se dedicó fervientemente a consolar a su padre y a apoyar a su madre. Sara se sintió, más que nunca, orgullosa de su hijo. Y también más unida a él de lo que lo había estado en los últimos años. Carlos fue aceptando poco a poco la separación, aunque en su fuero interno seguía sin comprender la postura de su mujer, y mantenía la esperanza de que algún día volverían a estar juntos. La relación entre Sara y él se fue normalizando, y al cabo de unos días pudieron volver a hablar de forma amistosa, sin rencores y sin reproches. En el fondo, Carlos se sentía culpable de no haber prestado más atención a las necesidades afectivas de su mujer, y concluyó que había sido su excesiva dedicación al trabajo lo que había propiciado que ella se enamorase de otro. El hecho de que Sara y Andrés rompieran su relación, contribuyó poderosamente a que Carlos aceptara mejor la separación de su mujer, y a mantener un vínculo amistoso con ella. Que siempre era mejor que perderla definitivamente.

La noche del 14 de mayo fue la primera que Sara durmió en su nueva casa. Un viejo y luminoso piso, ubicado en el barrio de Malasaña, recientemente remodelado. La mañana de ese mismo día, Sara había firmado el contrato de arrendamiento y le habían dado las llaves. Y aunque la casa no tenía muebles, esa noche ya quiso dormir allí. Lo hizo en el suelo, en un saco de dormir y sobre una colchoneta que había comprado por la tarde en una tienda de deportes. Había querido alquilar un piso totalmente vacío donde pudiera ir colocando los muebles que ella fuera comprando. Por algún mecanismo extraño, Sara empezó a ver en aquel piso vacío el reflejo de su

propia realidad interior, y resolvió que, al igual que su vida, lo iría llenando sólo con cosas importantes de verdad. Estaba decidida a desprenderse de todo lo caduco y superfluo, para dar cabida a lo nuevo. De la casa donde había vivido con Carlos sólo había cogido alguna ropa, unos pocos libros y su ordenador portátil. No quería nada más. Por eso cuando se acostó aquella noche sintió una gran emoción por dentro. Sin poder contener las lágrimas, empezó a llorar. Pero por primera vez en mucho tiempo no lloró de pena, sino de alegría. Allí, metida en aquel saco y entre aquellas paredes vacías, Sara contempló su futuro con esperanza. El mundo había dejado de ser siniestro y hostil para convertirse en un lugar rebosante de vida. Ella podía verla en cualquier sitio a donde mirara. Y, lo que era más importante, se sentía parte de esa vida. Plenamente integrada en ella. Esa noche en su nuevo hogar durmió como no lo había hecho en mucho tiempo. Y hasta le pareció que la tristeza, sin abandonarla definitivamente, había decidido alejarse por un tiempo de ella.

Durante los días siguientes, Sara se dedicó a pasear por el barrio y a adquirir cosas para su nuevo piso. Disfrutaba con algo tan simple y cotidiano como ir a comprar alimentos y prepararse la comida para ella sola. Instaló el estudio y el dormitorio juntos, en la habitación más amplia y soleada de la casa, que además contaba con una terraza que llenó de macetas. Seguía durmiendo en el suelo, pero ya lo hacía en un colchón que había comprado. También había adquirido una silla con ruedas y había colocado el ordenador sobre una gran tabla sujeta por patas, que hacía las veces de mesa. No tenía prisa por empezar a escribir, pero notaba cómo en su interior iba germinando una historia. Sara siempre había pensado que los escritores no elegían las historias para sus novelas, sino que eran éstas las que los elegían a ellos. Y presentía que ese momento estaba a punto de llegar. Una mañana recogió del buzón una carta de su hermana. Comprobó en el matasellos que la había echado en León, pero al abrirla vio que había sido escrita, en días sucesivos,

desde varios puntos del Camino de Santiago. En la carta, Carmen le contaba lo “durísimo” que le estaba resultando hacer el Camino, y lo orgullosa que se sentía de sí misma al vencer las dificultades. “Después de todos estos días andando –le decía- el Camino ya me ha atrapado y también me ha aceptado. Porque es el Camino el que te acepta o te rechaza. No eres tú quien eliges. Es él el que te elige a ti. Somos muchos los que empezamos en Roncesvalles, pero yo ya he visto a mucha gente retirarse con tendinitis y con los pies llenos de ampollas, hechos una pura llaga. Y te hablo de gente joven, acostumbrada a hacer deporte. Pero no es sólo la buena forma física lo que exige el Camino; también examina la actitud con la que te acercas a él, y decide si eres o no merecedor de sus secretos. Al Camino, Sara, tienes que acercarte con humildad. Yo me di cuenta enseguida. Tú llegas aquí con mucha prepotencia, con los mismos modos y formas con los que te desenvuelves en tu vida cotidiana, pero eso aquí no te sirve. Esto es otra cosa y el Camino enseguida te baja los humos. Tú planificas las marchas, pero es él el que te marca los ritmos, y si no te amoldas a ellos, si no vas despacio, si no te paras a mirar, a escuchar, a oler, si no estás dispuesta a aprender y te tomas esto como un viaje turístico, el Camino te rechaza y no puedes seguir”.

Fascinada con la carta de su hermana, Sara continuó leyendo: “Desde que puse los pies en el Camino, me di cuenta de que es como la vida. De que hay días buenos y malos, de que hay momentos fáciles y difíciles y de que, mientras caminas, pasas por todos los estados de ánimo posibles. El Camino te saca todo fuera. Te limpia las cañerías del alma y no hay rincón en el que puedas esconderte ni posibilidad alguna de engañarte. Mientras subes y bajas montes, mientras penetras en oscuros y húmedos bosques, mientras soportas cómo el sol te quema la piel, o cómo la lluvia te cala los huesos, mientras caminas por las piedras, por estrechas sendas o por asfalto, mientras el cuerpo se agota y se purifica, hasta las más recónditas esquinas de tu alma y de tu

vida van desfilando por tu mente y desgranándose en múltiples y variados pensamientos. Y tú sigues andando, y te ríes, o de pronto te pones a llorar con un fuerte soponcio. A veces por tristeza, o a veces por emoción. Y el Camino te habla y tú le preguntas qué coño haces aquí. Y él te dice que sigas andando, que te ha aceptado, que no te pares y que él te irá contando sus secretos”. Sara continuó leyendo, con gran emoción, la carta de su hermana. Al final, Carmen le decía que había conocido en el Camino a un médico brasileño de 33 años, Paulo, de quien se estaba enamorando. “Pero lo mejor de todo, hermanita, es que los sentimientos son mutuos. Nunca me he sentido tan compenetrada con ninguna persona. Paulo es la antítesis de Miguel –añadía- y, si el apóstol Santiago no lo remedia, me veo viviendo en Río de Janeiro”.

Sara recibió con gran alegría la noticia que le comunicaba Carmen. Pensó en cómo había cambiado su hermana, y se alegró de que encontrase a alguien que la quisiera de verdad, y no que la utilizase, como el cretino de su ex marido. Guardó la carta y se asomó a la terraza caldeada por el sol tibio de mayo. Miró el bullicio de la calle y se fijó en la gente que pasaba por allí, cada uno enfrascado en su propia vida. Desde arriba, las imágenes que veían sus ojos se le antojaban como las de una película. Las casas parecían formar parte de un decorado, y las personas tenían un halo de irrealidad. Mientras seguía contemplando la escena, repasó mentalmente todo lo que le había ocurrido en los últimos meses. Pensó en Andrés y en cómo la relación virtual que iniciara con él había alterado totalmente su vida. Pensó en su madre, en Carlos, y también en la mujer de Andrés. En cómo el destino había ido tejiendo y destejiendo las madejas de sus vidas, jugando con ellas. Todos ellos eran muy distintos y, sin embargo, tenían algo en común. Todos habían creado vidas imaginadas para poder afrontar la realidad. Su madre había vivido siempre de cara al exterior, pendiente de qué dirán. Había hecho girar toda su existencia en torno a las apariencias. Seguramente para poder sobrellevar su auténtica

vida, triste y solitaria. También Andrés había recreado con ella un mundo imaginado, que ocultase la vida anodina y superficial que llevaba junto a su mujer. Y cuando Sara había querido llevar ese mundo al terreno de la realidad, él no había tenido el valor suficiente para hacerlo. Y la mujer de Andrés. También vivía en un mundo de ilusión. Se había creado una vida ficticia, donde ella y su marido habitaban felices. Y Carlos. El se había estado aferrando al trabajo, para no tener que afrontar el fracaso de su matrimonio y la separación anímica de su mujer. ¿Y ella? Sara recordó que ella quiso ser actriz para llenar su vida con las de los personajes que pudiera interpretar. Y luego se hizo escritora para poder crear mundos de ficción. Para poder entenderse a sí misma a través de esos mundos imaginarios. Y para alcanzar los sueños que no quieren hacerse realidad. Sara pensó que Inés tenía razón cuando la consideraba una persona afortunada, que poseía el don de escribir. Una frase le rondaba en la cabeza, pero no podía acordarse cómo era. Entró en la habitación, y rebuscando entre los libros que tenía en el suelo, encontró lo que buscaba. La frase era de Graham Greene, y sintonizaba perfectamente con sus reflexiones. Decía así: “Escribir es una forma de terapia. A veces me pregunto cómo se las arreglan los que no escriben o los que no pintan o componen música para escapar de la locura, de la melancolía, del terror pánico inherente a la condición humana”. Sara pensó que ahora ella conocía la respuesta. Se las arreglaban creando vidas imaginadas, que hacían discurrir de forma paralela a sus tristes existencias, para poder sobrellevarlas mejor. Pero ella no tenía por qué hacerlo. Ella podía escribir. Podía mezclar fantasía y realidad, creando en su imaginación cientos de vidas imaginadas que pudieran llenar ese vacío de la existencia. Ella no tenía por qué hipotecar ni disfrazar su vida real. Podía vivirla plenamente.

Con decisión, Sara conectó el ordenador portátil y se sentó frente a él. Los rayos del sol entraban por la ventana de la terraza y se derramaban sobre

la mesa. Por unos instantes se detuvo a contemplar las partículas de polvo flotando en el aire. Y luego empezó a escribir:

“Por fin iba a conocer a Andrés. Después de dos meses escribiéndose con él...



Esta novela  
se terminó de escribir en Albacete,  
en la madrugada del 23 de febrero del año 2001.  
Se imprimió en los talleres de Gráficas Cano en abril del año 2002,  
y se publicó  
con el ISBN 84-607-1947-2

La portada es de Sergio Bleda

[rosavillada@ono.com](mailto:rosavillada@ono.com)